

Andar con Jesucristo
El camino más excelente
Autor: H. L. Heijkoop

Serie de cartas sobre temas importantes de la vida cristiana.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

¿El hombre tiene que convertirse?	7
¿Por qué tenemos que convertirnos?.....	11
El hombre es pecador	11
La conciencia.....	12
Pecados involuntarios	13
¿Qué es pecado?	14
Pecado es cada acto en el que alguien no toma en cuenta la autoridad de Dios sobre su criatura.....	14
¿Qué es la conversión?	15
¿Cómo logro la paz con Dios?	16
¿Cómo sé que estoy totalmente arrepentido?	16
La justicia de Dios	17
La justificación	18
La resurrección, prueba de la justicia de Dios	18
Dios sabía quiénes éramos nosotros	20
Tenemos paz para con Dios	20
¡Pero yo no tengo paz!.....	21
La liberación del poder del pecado.....	22
La condición del hombre.....	23
Conforme a la imagen y semejanza de Dios.....	23
A la imagen y semejanza de Adán.....	24
La condenación de la fuente del pecado, nuestra mala naturaleza.....	25
La respuesta de Dios.....	25
El postrer Adán.....	26
Muerto con Cristo	27
La experiencia práctica.....	28
La liberación	29
¿Dios ha predestinado a algunos para que vayan a la perdición?....	31
La predestinación	31
La gracia, no solo para los judíos.....	32
La simiente de Abraham	32
Amé a Jacob, mas a Esaú aborrecí.....	33
Dios endurece a algunos hombres	33
Dios es libre de actuar como desea.....	34
Los vasos de ira preparados para destrucción.....	35
La Palabra de Dios no predestina para condenación.....	35

La elección	37
¿Qué dicen las Escrituras sobre la elección?	37
Llamados, justificados y glorificados	38
Nuestro Dios y nuestro Padre	39
Santos e irreprochables ante él en amor	39
La adopción de hijos para sí mismo	40
El cristianismo lleva un carácter eterno	40
Cristo es nuestro Sumo Sacerdote	42
Cristo como nuestro Sumo Sacerdote	43
Nuestro Sacerdote en el cielo	44
Él aprendió la obediencia	45
Las tentaciones del diablo	46
Su simpatía en las dificultades y en la aflicción	48
El nuevo nacimiento	50
El Hijo del Hombre que está en el cielo	50
La naturaleza del hombre	51
A menos que el hombre naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios	52
Nacido de nuevo	52
El Hijo del Hombre tuvo que ser levantado	53
La comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo	56
Lo que llena el corazón del Padre	57
Dios es luz y no hay tinieblas en él	58
Cristo es nuestro abogado	60
El pecado de un creyente	60
Juzgarse a sí mismo es el único medio para restablecer la comunión	60
Pecados inconscientes	62
Cristo nuestro abogado	62
El lavamiento de los pies	63
Pedro niega al Señor	64
La restauración	65
La santificación	67
¿Qué es la santificación?	67
La santificación por el Espíritu	69
La santificación práctica	70
El valor de la lectura de la Biblia	72
El nuevo nacimiento	72

El alimento para la nueva vida.....	73
La Palabra de Dios es nuestra guía	74
La Palabra es nuestra arma	74
La Palabra como medio de purificación.....	76
Lo bueno y lo malo en la práctica y la doctrina	76
Obediencia y sumisión.....	77
La oración	79
La oración es señal del nuevo nacimiento	79
Orar no es solo para los creyentes experimentados.....	80
La seguridad de ser oído	81
¿Qué significa: Orar en el nombre del Señor Jesús?	82
Condiciones para ser oído.....	82
Impedimentos para ser oído.....	83
Pedir según su voluntad.....	85
Orar sin cesar	85
¿Están ustedes bautizados?	87
¿Qué significa el bautismo?.....	87
Bautizados en el Señor Jesús crucificado	88
El mundo entero está bajo el maligno	89
La cruz de Cristo.....	90
La Cena del Señor	93
La institución de la Cena del Señor.....	94
El significado de la Cena del Señor	95
La muerte del Señor	96
¿Cuándo y con qué frecuencia debemos celebrar la Cena del Señor?	97
Juzgarse a sí mismo.....	98
La Mesa del Señor	99
La comunión de la sangre y del cuerpo de Cristo	100
El cuerpo de Cristo, la Iglesia	101
La Cena del Señor es la expresión de la unidad del cuerpo de Cristo	102
El carácter exclusivo de la Cena del Señor	103
La Mesa del Señor	105
La adoración	108
El verdadero lugar de adoración	108
Lo esencial del cristianismo	110
El Padre busca adoradores	111

Adoración en espíritu y en verdad.....	112
¿Dónde debemos adorar?	114
El servicio	116
Él llama a quien quiere.....	116
Estar con él	117
Enviado por él.....	118
La dependencia del Señor	120

¿El hombre tiene que convertirse?

Querido amigo:

El tema abordado por ti merece una seria meditación, por eso quiero ocuparme de él en seguida.

Tú escribes que, a menudo, en conversaciones personales y también en las reuniones cristianas te dicen que tienes que convertirte; pero tú no sientes tal necesidad. Te entregas completamente a tus ocupaciones, tienes un buen hogar y los mejores amigos, conservas la esperanza de recibir pronto un buen empleo y luego disfrutar del mundo. Tus circunstancias te satisfacen y, hablando francamente, las constantes exhortaciones a convertirte te resultan bastante superfluas y fastidiosas.

Lo comprendo muy bien. Hay gente que constantemente se mete en las cosas de otras personas y todo el día da buenos consejos o te dice que todo lo que haces lo haces mal. Tener que escuchar siempre algo así no es nada agradable, sobre todo porque en el fondo sabes que tienen razón.

Sin embargo, esto es de vital importancia: ¿Tienen razón o no la tienen? ¿Tienes que convertirte o no es tan necesario? Si se tratara de una pequeñez, no habría ninguna consecuencia grave que sufrir si más tarde se demostrara que eras tú quien estaba equivocado. Para la próxima vez ya estarías al tanto. Pero, en cuanto a la conversión, se trata de dónde habrás de pasar la eternidad. Eso es tan importante que deberías preocuparte en aclarar el asunto. ¿Ya has pensado alguna vez en la eternidad? Concuero contigo en que jamás la concebiremos en toda su magnitud hasta que hayamos llegado allí, pero sí vale la pena pensar una vez en ella, para que por lo menos tengamos una pequeña impresión de lo que es, ¿no te parece?

Cierta vez leí una leyenda acerca de un joven muy inteligente al que un rey quiso probar. Este le preguntó: «¿Cuánto dura la eternidad?». El joven contestó: «Oh rey, en una tierra lejana hay una montaña muy alta, cuya cumbre está por encima de las nubes. Esta montaña es de dura roca. Cada cien años un pajarito va a afilarse el pico en esa roca. Cuando este procedimiento haya gastado tanto la montaña que ya no se pueda ver, habrá pasado un segundo de la eternidad».

Esta respuesta da una idea de lo infinita que es la eternidad. Pero ni siquiera es exacta, porque en la eternidad no hay segundos. Allí mil años son como un día, y un día como mil años (2 Pedro 3:8). La eternidad no tiene fin, y por eso tampoco existe forma de medirla. Sin embargo, esta historia nos permite divisar algo de la relación que hay entre la vida terrenal y la eternidad que le sigue. ¿Qué son 10, 50, 80 o aun 100 años, en comparación con la eternidad? Por lo tanto, es muy importante saber dónde y cómo la pasaremos.

Esto me hace recordar otro cuento antiguo. En la Edad Media la mayoría de los príncipes solían tener un bufón. Estos generalmente eran personas que tenían un defecto físico, usaban ropas raras y tenían el deber de divertir a sus señores por medio de su jocosidad o de sus comentarios estúpidos. Eran los payasos de la época.

Hubo pues un príncipe que dio a su bufón un gorro (con borlas y campanillas atadas) y un cetro, como signo de su dignidad, con la condición de que se comprometiera a dar estas cosas a aquel que lo superara en tonterías. No mucho tiempo después el príncipe cayó gravemente enfermo. El bufón lo visitó y le preguntó si se iba a restablecer pronto. El príncipe respondió que los médicos habían dicho que no había esperanza de curación y que dentro de poco moriría.

—Entonces, dijo el bufón, me imagino que su señoría habrá efectuado preparativos para el gran viaje, de modo que todo esté dispuesto para su recepción.

—No, dijo el príncipe; y eso es precisamente lo espantoso: no sé cómo me recibirán.

—¿Acaso no sabía que algún día tendría que hacer este viaje?

—Lo sabía, pero nunca me preocupé por ello. Había tantas otras cosas que arreglar...

—Pero, dijo el bufón, cuando usted solía ir de viaje, adelante siempre cabalgaba un heraldo que se ocupaba de tener comida y bebida preparadas para su llegada. Cuando salía durante semanas o hasta meses, todo quedaba arreglado con mucho tiempo de antelación. Días antes del viaje, diversos criados se ponían en camino a fin de tener todo listo para su llegada. Y para este gran viaje hacia aquel lugar donde ha de permanecer para siempre, ¿no se ha preparado? Pues tenga, aquí mismo le devuelvo el gorro de bufón y el cetro, porque jamás he sido yo un tan gran bufón.

¿No tenía razón el bufón? Primero, fuiste a la escuela durante años, ahora trabajas todo el día y estudias de noche para obtener un buen empleo. De esa manera te estás esforzando mucho para poder ganar un buen sueldo, posiblemente durante unos cuarenta años y con el fin de disfrutar unos diez o, con una vejez excepcional, veinte años de tu pensión o de los ahorros. ¿Qué dirías de unos padres que no mandasen a sus hijos al colegio y que tampoco les hiciesen aprender algún oficio por tener la siguiente opinión: Hay que dejarlos que jueguen todo lo que quieran, porque los niños ni siquiera piensan en el futuro; cuando tengan edad para cuidarse ellos mismos, entonces verán cómo se las arreglan?

Si tanto te esfuerzas y sacrificas durante muchos años para gozar de una existencia que no dura más de ochenta o noventa años, resulta absolutamente irresponsable no pensar en la eternidad y evitar hacerte la pregunta: **¿Dónde pasaré la eternidad?** Además, no sabes en absoluto si el buen cargo al que aspiras efectivamente ha de ser para ti, si caerás enfermo o incluso si tendrás que morir antes de llegar a ese momento. Pero, que la eternidad te espera, esto sí es absolutamente seguro. “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez” (Hebreos 9:27). Nadie ha dudado nunca de esta sentencia bíblica, ni siquiera los más grandes escarnecedores y empedernidos ateos. Es una verdad que no pueden desmentir, pues la gente se mofaría de ellos, porque ¿quién no ha visto la muerte de cerca alguna vez?

Pero, ¿cómo prosigue este versículo de Hebreos 9? “Y después de esto el juicio”. Es, pues, una irresponsable necedad no preocuparse por nada y dejar, con toda tranquilidad, que todo se le caiga a uno encima. Sin duda alguna, un día percibirás por ti mismo dónde deberás pasar la eternidad. Pero durante toda la eternidad, ya no se podrá modificar nada. “En el lugar que el árbol cayere, allí quedará” (Eclesiastés 11:3).

Ahora dirás: –Claro, pero no tengo tanta prisa. De todas formas tengo mucho que hacer. Y tampoco quieres ocuparte en tus ratos de ocio de cosas tan lóbregas como la muerte. Juzgas que bien podrás hacerlo cuando tengas más edad, cuando hayas disfrutado de tu vida y encuentres más tiempo para reflexionar sobre la muerte. Pero, ¿acaso sabes si aún te quedan cincuenta años de vida? ¿O treinta? ¿O solamente diez? ¿O tan solo doce meses, o apenas doce horas?

Estoy pensando en un comerciante holandés que desde la puerta de su tienda escuchaba a un predicador callejero. Terminada la plática, el comerciante entró en su trastienda, se sentó en una silla y de repente se quedó muerto. Supongamos que todavía vivas mucho tiempo, ¿querrás, mientras tengas fuerzas y salud, hacer lo que te dé la gana y dejar de lado a Dios? Si así quieres obrar (y sigues viviendo), ¿esperas que Dios te acepte en un futuro? Por supuesto que Dios “quiere que todos los hombres sean salvos” (1 Timoteo 2:4). Él clama a todos los hombres: “Reconciliaos con Dios” (2 Corintios 5:20). Tanto al malhechor en la cruz como a miles más que aun en su lecho de muerte se convirtieron al Señor, él los aceptó. Yo mismo conocí a una mujer que se convirtió a los 85 años de edad.

En Job 33:14 está escrito:

En una o en dos maneras habla Dios; pero el hombre no entiende.

“

Después de que el Faraón se negase varias veces a escuchar, Dios le endureció el corazón, de manera que a continuación ya no pudo convertirse.

Igualmente, después del arrebatamiento de la Iglesia, a todos los que hayan oído el Evangelio pero no lo hayan creído, Dios les mandará “un poder engañoso... a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad” (2 Tesalonicenses 2:11-12). Dios también puede hacer lo mismo contigo si vuelves una y otra vez a rechazar su invitación a convertirte. “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hechos 17:30-31).

¿No deberías, pues, tomar a pecho esta cuestión e ir a Dios ahora mismo, confesando tus pecados y rogándole que te acepte?

“Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:20-21).

Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones



(Hebreos 4:7).

Con afectuosos saludos.

¿Por qué tenemos que convertirnos?

Querido amigo:

Me preguntas por qué tenemos que convertirnos, y qué es realmente la conversión.

La respuesta más sencilla a la primera pregunta es: **porque Dios así lo dice**. Cuando Dios dice algo, cualquier réplica queda excluida. Entonces a nosotros, sus criaturas, nos corresponde agachar la cabeza y escuchar. “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?” (Romanos 9:20). En Hechos 17:30 vemos que “Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan”. Sí, en unos 80 textos del Antiguo Testamento y en unos 70 del Nuevo Testamento se habla de la conversión.

Pero Dios en su Palabra también nos muestra con toda claridad por qué manda al hombre que se convierta.

“ Es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2 Pedro 3:9).

En Hechos 17 da como motivo de este mandamiento el convertirse porque “ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia”. Llegará el día en que cada hombre tendrá que rendir cuenta a su Creador por su manera de vivir. Y Dios, que conoce a los hombres, como juez dirá: “Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Por eso Dios quiere la conversión del hombre. “Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:3-4).

Esa es, pues, la razón por la cual Dios ordena al hombre que se convierta: el hombre no ha servido a su Creador, sino que es pecador y recibirá la justa sentencia de Dios.

El hombre es pecador

Esta es una horrible verdad. Muchas personas no piensan en ella, y aun hay quienes la niegan. Pero, ¿estarán convencidos de lo que afirman? Un hombre sincero debe reconocer que con frecuencia comete errores. Más de una vez pregunté a alguien (quien a voz en cuello se jactaba de

haber vivido siempre como buena persona y haber dado de lo suyo) si jamás su conciencia le había condenado después de hacer, decir o pensar algo. Casi nadie ha tenido el atrevimiento de afirmar que algo así nunca le haya sucedido.

Un pecador es alguien que ha pecado. No lo empieza a ser después de haber cometido muchas faltas. **Un solo pecado**, en el que se ha incurrido, **hace que el hombre sea pecador**.

En la vida social, todo el mundo lo reconoce. Nadie dirá: «Este o aquel no es asesino, pues solo ha matado una o dos veces». Sin embargo, tratándose de las relaciones con Dios, el hombre en su afán de autojustificarse quiere aplicar otra medida, porque de lo contrario, tiene que condenarse a sí mismo.

La conciencia

Dios ha dado a cada hombre una conciencia (Romanos 2:15) que le acusa de cosas malas que comete. La conciencia no destaca todo lo malo debido a que se ve influenciada y formada por el ambiente, pero siempre habla cuando alguien hace algo que se considera malo en el entorno en el cual él ha sido criado. Dios ha tomado sus medidas para que todos los hombres, incluso aquellos que nunca han oído hablar de Él ni conocen su Palabra, cuando conscientemente hacen cosas que saben que no son buenas, vuelvan en sí y se convenzan de que han obrado mal.

Si consideras tu vida, ¿cuántos pecados has cometido conscientemente? A lo mejor tienes 18 años de edad. Supongamos que durante los primeros 8 años de tu vida, **conscientemente** nunca hayas hecho nada malo. En realidad, esto no es exacto, pues de sobra sabes que tu conciencia ya te ha condenado con anterioridad. Pero después de ese tiempo, ¿cuántas veces te ha azotado tu conciencia? Supongamos que una vez al día. Eso daría 365 veces al año, y para ti ahora sumaría 3.650 veces. A los 28 años ascendería a 7.300 veces y a los 68 años, a 21.900 veces.

Como puedes ver, tu conciencia ya te ha llamado la atención sobre algún pecado por lo menos 3.650 veces (en realidad, ¿no habrá sido mucho más?). Una persona como tú, que ha cometido al menos más de un pecado, ¿podrá aún sostener que no es pecador? ¿Puede el **justo** Dios absolver a tal persona?

Con esto queda demostrado claramente que cada hombre es pecador y por lo tanto merece el juicio, que debe arrepentirse ante Dios, confesando haber pecado contra él, y creer en Jesús, para ser salvo de la perdición eterna.

Pecados involuntarios

Ahora surge otra pregunta: ¿Alguien es culpable solamente cuando peca conscientemente? Todo juez emitirá la sentencia de «culpable» cuando alguien infringe la ley, aun cuando la persona asegure ignorarla. Hubiera podido conocerla, ya que fue proclamada. Por eso es valedera la expresión jurídica: «La ignorancia de la ley no exime del castigo». A lo sumo, al establecer la medida del castigo, el juez tomará en cuenta el hecho si estima que el infractor no conocía la ley. Un abogado que infringe determinadas leyes será castigado con mayor severidad que un joven que haga lo mismo. No obstante, el veredicto «culpable» será fallado en ambos casos.

Este principio también lo encontramos en la Palabra de Dios: “Si una persona pecare, o hiciere alguna de todas aquellas cosas que por mandamiento de Jehová no se han de hacer, aun sin hacerlo a sabiendas, es culpable, y llevará su pecado” (Levítico 5:17). Eso se entiende fácilmente. El hombre, que como criatura es responsable ante su Creador y debe darle cuenta de sus actos, no tiene derecho a determinar por sí mismo en qué es culpable o inocente. Esto es imposible. El Creador, Aquel que ha hecho a su criatura y le ha dado una misión que cumplir, es el único que puede juzgar si su criatura efectivamente cumple con su responsabilidad. Solo Dios determina lo que es pecado. Si queremos saberlo, debemos buscar sus pensamientos en la Biblia.

Sobre este punto la Palabra de Dios se expresa con toda claridad. En Génesis 1:28 y 2:15-17 encontramos el mandato que Dios dio al hombre. Este fue colocado en el huerto de Edén “para que lo labrara y lo guardase”, y esto en la dependencia de Dios y en obediencia a él. Esta obediencia consistía en no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal.

¿Pero qué hizo el hombre? La primera ocasión en la que hubiera podido mostrar su obediencia y dependencia, no escuchó a Dios, sino que conscientemente le desobedeció. Eso fue tan solo el comienzo. Tres mil años más tarde Dios escribió en su Palabra: “Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Salmo 14:2-3). Y otros mil años más tarde dice la Palabra de Dios:

“ No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno (Romanos 3:11-12).

Resulta, pues, claro que la sentencia pronunciada por Dios como Juez diga: “Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

¿Qué es pecado?

Ahora dirás: –Debo reconocer que algunas veces hago cosas equivocadas, pero no puedo comprender que todo lo que los hombres hacen sea pecado. Hay una multitud de personas que cumplen buenas acciones. Basta pensar en aquellos que se juegan la vida para ayudar a los demás. Y cuando yo, por ejemplo, como y bebo, o voy a la escuela o al trabajo, no hago nada malo.

En sí no son cosas malas, pero pueden llegar a serlo. Comerse una manzana no es ninguna injusticia; pero un niño que se come una después de que su madre se lo ha prohibido, desobedece. Y con eso tocamos el fondo de la pregunta: «¿Qué es pecado?».

El hombre ha sido creado por Dios, y de él ha recibido la misión de servirle. Por lo tanto, todo lo que uno haga en contradicción con esta posición y misión, es pecado. Este principio lo encontramos en 1 Juan 3:4: “El pecado es infracción de la ley”.

Pecado es cada acto en el que alguien no toma en cuenta la autoridad de Dios sobre su criatura

De ahí, por ejemplo, es pecado comer si no se hace en la dependencia de Dios. El Señor Jesús quería comer tan solo cuando Dios lo mandaba (Mateo 4:4; ver también Juan 4:34). Por eso la Palabra de Dios dice: “Todo lo que no proviene de fe, es pecado” (Romanos 14:23).

Si aplicamos este principio a nuestra vida antes de convertirnos, ¿qué encontramos? Que todos los actos que hemos cometido, las palabras que proferimos y los pensamientos que han surgido en nosotros no se originaron en la obediencia a Dios ni en la pregunta: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”. Así llegamos a la conclusión de que todo lo que hemos hecho ha sido pecado.

La Palabra de Dios también así lo dice: “No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Romanos 3:12).

“ Todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal
(Génesis 6:5).

Por eso el Dios **justo** debe juzgar a todos los hombres. Entonces el Dios **misericordioso** manda a todos los hombres que se conviertan, porque él quiere salvarlos del horrible juicio que les espera.

¿Qué es la conversión?

Ahora contesto a la segunda pregunta: «La conversión, ¿qué es exactamente?».

No es tan fácil de explicar, pues las palabras “conversión” o “arrepentimiento” no son traducciones textuales de la voz griega “metanoia”, que se utiliza en los manuscritos originales de la Palabra de Dios. No hay ninguna palabra española que refleje la palabra griega con toda exactitud.

De 1 Tesalonicenses 1:9 se puede deducir que en ella está comprendida la palabra «volver». Hasta entonces los tesalonicenses habían dedicado sus vidas a los ídolos. Después se volvieron hacia Dios.

Pero versículos como Hechos 2:37-38; 17:30-31; Apocalipsis 9:20-21, etc., permiten discernir que con ello quedaban vinculados un enjuiciamiento y una sentencia propios sobre la vida y los actos personales ante Dios.

De esta manera podemos decir que la conversión es acercarnos a Dios para juzgarnos a nosotros mismos en su presencia, reconociendo que hasta entonces nuestra vida no ha estado sumisa a él y que, por lo tanto, ha sido mala y culpable. Eso supone que seamos afligidos.

Si bien desde el punto de vista lingüístico no resulta muy sencillo explicar la palabra “conversión”, para una persona que ha entrado en la luz de Dios y ha reconocido quién es ante Dios y cuál es el juicio que merece, no existe ninguna dificultad para comprenderla. Dios mira el corazón, la conciencia, y no la inteligencia. El recaudador de impuestos solo atinó a decir:

Dios, sé propicio a mí, pecador



(Lucas 18:13)

; pero Dios, que prueba los corazones y “discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12), sabía lo que encerraban estas palabras.

No son las palabras que se dicen, sino la condición del corazón con que se viene a Dios, lo decisivo para determinar si ha habido una verdadera conversión. Ahora te pregunto: ¿Te has convertido? ¿Fuiste a Dios con tus pecados y tu culpabilidad, confesando tu situación perdida?

¡Oh, no tardes en hacerlo, hazlo hoy mismo! Mañana puede ser demasiado tarde.

Con afectuosos saludos, tu amigo.

¿Cómo logro la paz con Dios?

Querido amigo:

Me alegró mucho oírte decir que te reconoces como un pecador perdido, en camino a la perdición eterna si hoy tuvieras que comparecer ante Dios. También has confesado tus pecados ante Dios, pero no sabes si estos te han sido perdonados. Agregas que sientes muy poco pesar por tus pecados confesados, y preguntas si tu conversión ha sido lo suficientemente profunda. Hay días en que ni siquiera piensas en ello o lo haces con indiferencia.

Puedo entender muy bien tus pensamientos, pues todo eso lo he experimentado yo mismo. Durante muchos años (era todavía muy joven) yo sabía que estaba perdido. En el día no pensaba mucho en ello; pero de noche, en la cama, me entraba el temor y pensaba: Si esta noche me muero, estoy perdido para siempre. Entonces confesaba mis pecados ante Dios y le rogaba que me perdonara. Sin embargo, nunca tenía la seguridad de que me hubieran sido perdonados. Un día mi hermana mayor me contó que había encontrado la paz. Le pregunté cómo la había conseguido, y en la noche hice lo mismo pero, claro, sin resultado.

Cuando tenía diecisiete años, una noche, sentado en mi cama y desanimado, pensaba: Después de todo, orar no ayuda para nada. Hace tantos años ruego a Dios que me salve y nada ha cambiado. En ese mismo momento Dios despertó en mí el siguiente pensamiento: sin embargo, está escrito:

“ Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:9).

¿Este versículo no ha de ser verdadero? Por supuesto que debe ser verdad, pues Dios no miente, pensaba yo. Entonces el Señor me hizo ver claramente lo que aquello significaba para mí. Mis pecados habían sido perdonados desde que, con toda rectitud, los confesé ante Dios la primera vez. En ese momento la paz entró en mí. Desde aquella noche, sé que mis pecados están perdonados. De eso no he dudado más en ningún momento, ¡pues es Dios quien lo ha dicho!

¿Cómo sé que estoy totalmente arrepentido?

¿De qué dependía que yo hubiera tardado tantos años en tener la paz? Sin duda, uno de los motivos había sido que mi sentimiento de culpabilidad y mi conciencia del pecado eran demasiado pequeños. No es que Dios establezca una medida y no perdone cuando nuestra conciencia de

pecado y nuestro arrepentimiento no alcanzan esta medida. Ningún hombre, en el momento de su conversión, ha tenido suficiente pesar y convicción de pecado. Solo después de la conversión comprendemos cuán malos somos.

Pero Dios quiere que tengamos un convencimiento muy concreto de nuestra situación perdida. Cuanto más profundo estemos convencidos, más «completa» será nuestra conversión; cuanto más comprendamos el juicio que merecemos, tanto más sincera será la confesión de nuestros pecados y más profundos serán el descanso y la paz que a continuación experimentaremos. Por eso el Espíritu Santo obra en el corazón de un pecador, intentando llevar su conciencia a la luz de Dios, para que vea su condición perdida, la multitud de sus pecados y comprenda un poco qué clase de juicio se ve obligado a pronunciar sobre él el Santo y Justo Dios.

Sin embargo, esta no era la clave del asunto. La cuestión era que yo me miraba a mí mismo en vez de mirar a Dios. Su Palabra no me bastaba. Al ver mis pecados y saber que había estropeado todo, debí haber escuchado la voz de Dios. La Palabra de Dios no carece de claridad: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados”. Yo había esperado que ocurriera algo en mi corazón y en mi vida que me hubiese dado seguridad en cuanto al perdón de mis pecados; pero hubiera debido creer la Palabra de Dios, la cual asegura el perdón de sus pecados a todo aquel que se los confiesa.

La justicia de Dios

Dios no es ningún juez terrenal con corazón blando, de quien se puede ganar la simpatía para recibir un castigo menos riguroso, pues el amor y la gracia de Dios jamás pueden actuar en contradicción con su justicia. Eso es lo maravilloso del Evangelio; el mismo Dios que **algún día** manifestará su justicia en juicio sobre cada pecador, **ahora** muestra su justicia perdonando y borrando todas las culpabilidades de cada pecador que deposita su fe en el Señor Jesús.

“ Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe
(Romanos 1:17). ”

“Con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Romanos 3:26).

La justificación

El hecho es que Dios solo puede obrar justamente en consonancia con su justicia. El hombre estaría perdido, sin posibilidad de salvación, si el Señor Jesús no hubiera cumplido la obra de redención en el Gólgota. El amor de Dios quería salvar de la condenación eterna al pecador, pero esto no era posible porque la justicia requería el castigo del pecador. Y el amor de Dios nunca puede obrar en contradicción con su justicia. Entonces tuvo lugar lo maravilloso, de lo cual leemos en Hebreos 10, en el Salmo 40, etc. La voluntad de Dios era salvar a todos los pecadores (1 Timoteo 2:4). El Señor Jesús se hizo hombre y dijo: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”. Él fue a la cruz a fin de resolver la cuestión del pecado respecto a nosotros. Allí fue hecho pecado, y el juicio de Dios sobre el pecado cayó sobre él, de modo que la justicia de Dios fue enteramente satisfecha en este juicio.

Pero el Señor no soportó el juicio a causa de sí mismo. Pues él es santo, puro, “no conoció pecado”. Llevó el pecado como sustituto por cada uno de aquellos que con fe le aceptan como su Salvador.

Ahora Dios puede decir a cada pecador:

Reconciliaos con Dios



(2 Corintios 5:20).

Y no solamente su amor, sino también su justicia, exige que todo el que viene a él con fe en el Señor Jesús reciba el perdón.

La resurrección, prueba de la justicia de Dios

Quiero entrar en este tema con un poco más de precisión. El Señor Jesús fue a la cruz y allí tomó sobre sí todos los pecados de aquellos que le han aceptado y de los que aún le aceptarán, llevándolos en su cuerpo (1 Pedro 2:24). También fue hecho pecado y juzgado como tal (2 Corintios 5:21; Romanos 8:3). “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23), es decir, estar alejado de Dios (Apocalipsis 20:14-15). Esto lo sufrió el Señor Jesús en la cruz. Durante las horribles horas de tinieblas fue abandonado por Dios, y al final de estas murió. Pero antes de morir pudo decir: ¡“Consumado es”! (Juan 19:30).

¿Podía el Señor quedarse en la tumba, después de haber cumplido la obra de redención? La misma justicia de Dios, que primero había traído sobre él el juicio, ahora exigía que no se quedase más tiempo en la muerte. Como la obra estaba cumplida, el juicio de Dios había sido perfecta-

mente aplicado y su justicia estaba completamente satisfecha. Por eso Dios lo levantó de entre los muertos (Efesios 1:20). Esto es, ante el mundo y para nosotros, la prueba de que Dios aceptó la obra sustituta del Señor Jesús. Por medio de ella quedó satisfecho (Juan 16:8-10). Si el Señor no hubiese resucitado, esto sería la prueba de que la obra no se había consumado. Entonces tampoco existiría ninguna salvación para nosotros (1 Corintios 15:17-18). Eso, pues, nos permite reconocer que el centro del Evangelio es la resurrección, y que cada ataque en contra de esta verdad lo arruina. Por eso Romanos 4:25 dice: “El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”.

En la época de la gracia, en la cual vivimos, Dios dice a cada hombre: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”. Mas también dice: “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Romanos 3:23-25).

El mensaje es para todos los hombres (Romanos 3:22). Solamente aquellos que aceptan el juicio divino –a saber, que están perdidos– y al mismo tiempo aceptan al Señor Jesús como Salvador, por la fe, se benefician de ese mensaje.

Ahora, pues, el Espíritu Santo ha obrado en tu corazón, has reconocido tus pecados y tu estado de perdición. Fuiste con ello a Dios y ante él reconociste lo que eres y lo que hiciste. Dios te dirigió al Señor Jesús y te dijo: «Él murió por los pecadores, si le aceptas, te acreditaré su obra como pago por tu deuda». Tú has aceptado al Señor Jesús. Ahora también debes creer que lo que Dios dice es verdad y que, por lo tanto, tus pecados son perdonados. No se trata de **tus sentimientos** (si ellos te dicen que todo está o no está en orden); lo importante es lo que Dios ha dicho. Eso es **exclusivamente** lo que cuenta. Cuando en la noche de pascua (Éxodo 12) el ángel destructor atravesó todo Egipto, pasó de largo todas aquellas casas donde vio la sangre. Si el primogénito y los suyos lo vieron con sus propios ojos o no, nada cambiaba. Con solo hacer lo que Dios había dicho, es decir, poner la sangre, todo quedaba arreglado; pero para obtener **la paz**, tenían que creer en el hecho de que estaban a salvo **porque Dios lo había dicho**.

Lo maravilloso de todo esto es que, en todos los aspectos, Dios es glorificado cuando recibe a un pecador. Que en ello se ven su misericordia, gracia y amor es absolutamente evidente; pero eso no es lo único. Si un pecador viene a Dios con fe en el Señor Jesús, Dios le toma en cuenta a su favor la obra del Señor Jesús. Como el Señor Jesús cargó perfectamente con el juicio debido a nuestro pecado, Dios ve al pecador sin ningún pecado por juzgar. **Dios, pues, es justo** cuando

absuelve de cualquier juicio a tal hombre y lo justifica. Así se glorifica la justicia de Dios, como también su verdad, pues en su Palabra dijo que quería salvar al pecador. Entonces el sentido de 1 Juan 1:9 llega a ser claro para nosotros:

“ Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.

Dios sabía quiénes éramos nosotros

Ahora dices: «No compruebo ningún cambio. Hago aun más cosas equivocadas que antes». Creo que ahora ves muchos más pecados en ti que antes. Eso no puede ser de otra manera, pues el Espíritu Santo te ha iluminado los ojos, pero cuando viniste a Dios, él ya te conocía. Conocía tu corazón, tu vida, todos los pecados que habías cometido y los que cometerás en el futuro. Él sabía y sabe mucho más de lo que tú llegarás a conocer en la tierra. “La bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres”, se manifestó cuando todavía éramos de aquellos de quienes está escrito: “Nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros” (Tito 3:3-4). “Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos... Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:6, 8; 2 Corintios 5:20). ¡Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios!

Tenemos paz para con Dios

Aunque Dios sabía perfectamente quién eras, entregó al Señor Jesús para que, creyendo en él, tuvieras la vida eterna. Él dice que serás justificado **gratuitamente** si con fe en la sangre del Señor Jesús acudes a Dios (Romanos 3:23-25). Te absolverá de toda culpabilidad si te acercas a él de esta manera, porque él es justo. Esto evidencia que desde que viniste a él confesando tu culpabilidad, Dios ya no tiene nada contra ti. A partir de entonces todo ha quedado en orden. ¿Todavía tienes tú algo contra Dios? Por supuesto que no. Viniste a Dios precisamente por haber reconocido que necesitabas el perdón.

Entonces, ¿por qué no tienes paz? Paz con Dios significa que ya no hay nada que arreglar entre Dios y yo, todo está en orden. Ahora Dios no tiene nada contra ti; él te ha justificado porque has creído en el Señor Jesús y tienes parte en la redención eterna que Cristo ha adquirido (Hebreos 9:12; Romanos 5:1). Tú tampoco tienes nada contra él; estás reconciliado con Dios (2 Corintios 5:20). ¡Por lo tanto tienes paz para con Dios! Romanos 5:1 también dice:

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios.



¡Pero yo no tengo paz!

Sin embargo, ahora dices: ¡Pero yo **no tengo** paz! Pues bien, es porque aún no **has aceptado** que hace mucho tiempo ya esta paz ha sido hecha. El Señor Jesús hizo la paz. Él es nuestra paz, y él nos proclama esta paz (Efesios 2:14-17). “Haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20). Desde que le aceptaste tienes parte en esta paz. Para disfrutar de ella debes creer esta verdad. **Tendrás** paz en cuanto creas que Dios dice la verdad, cuando afirma que el Señor Jesús hizo la paz vertiendo su sangre en la cruz. Estás actuando como aquellos soldados japoneses en una pequeña isla del Pacífico: cinco años después del fin de la segunda guerra mundial, todavía vivían en pie de guerra. Esperaban ataques enemigos, como si siguiese la guerra, porque no creían los mensajes de paz. El verdadero motivo de tu falta de paz es que no crees la Palabra de Dios incondicionalmente. Esto te ocasiona un enorme perjuicio. Y, ante todo, deshonras grandemente a Dios por no dar crédito a su Palabra. “Dios no es hombre, para que mienta” (Números 23:19).

Tan pronto como creas a Dios en este punto, podrás darle gracias por todo lo que él te ha dado, por su maravillosa gracia. Después (y no antes) sentirás la paz en tu corazón. El hombre dice: «Primero veo, luego creo», Dios dice: «Primero cree, luego verás».

La liberación del poder del pecado

Querido amigo:

De modo que tu conciencia ha encontrado la paz en la obra cumplida por Cristo. Has confesado tus pecados ante Dios y también has creído lo que Dios dice del Señor Jesús y su obra. Ahora sabes que nunca entrarás en juicio, y puedes decir: «¡Todos, absolutamente todos mis pecados han sido borrados por su sangre!».

A pesar de todo, tus palabras no expresan gran gozo. Quizá lo has experimentado, pero no lo tienes en este momento. No tengo necesidad de preguntar a qué se debe eso, pues mi propia experiencia me lo dice y la Palabra de Dios lo afirma.

Dicha situación te deja perplejo en gran manera. Estabas convencido de que tu vida sería completamente distinta desde que te convertiste y tienes paz con Dios. Pero comprobaste precisamente lo contrario. Los mismos pensamientos pecaminosos surgen aún en ti. Los mismos defectos de carácter siguen presentes. Te enfadas con tanta rapidez y vehemencia como antes. Crees que eso no debería ser así (y tienes razón), que Dios de ninguna manera puede aprobarlo. Aunque tú no lo quieres y lo resistes, todo es inútil. Las cosas van empeorando. Cuando algunas veces crees que andan un poco mejor, enseguida sobreviene una mala racha. Has orado mucho para que el Señor te ayude a vencer. Pero esto tampoco te ha servido. Quizá también hayas experimentado alguna vez lo que una señora creyente me decía: «¡Cuánto más oro por la mañana, tanto menos éxito tengo!».

Todo esto lo he conocido en mi vida personal. Los primeros dos años, después de haber encontrado la paz para mi conciencia, estaba tan profundamente hundido en la desdicha, que no me atrevía a confesar que me había convertido. En esos años a menudo mi madre me decía: «¡Tienes que convertirte!» Yo no osaba decirle que ya me había convertido. Estaba convencido de que ella no podría creerme al ver cómo me comportaba.

Si la condición normal de un hijo de Dios es que su vida se vea transformada luego de la conversión, ¿cómo explicar que a pesar suyo, a menudo continúa pecando, lo cual lo hace muy infeliz?

Existen dos motivos:

1. No conocemos o no comprendemos el pleno significado de la obra del Señor Jesús, como lo expone la Palabra de Dios.

2. O, conociéndolo, no nos lo apropiamos, y no lo vivimos, creyendo simplemente que esto también es la verdad porque así lo dice la Palabra de Dios.

La condición del hombre

En mi carta anterior señalé, según el primer capítulo de la epístola a los Romanos, el hecho de que todos los hombres han pecado y por eso son culpables ante Dios. Pero también que todo el que acepta al Señor Jesús recibe el perdón de sus pecados y, aun más, Dios lo justifica. Por eso, todos los que son convertidos pueden decir: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1).

Dios obra **a favor** del hombre culpable, y todo lo ha resuelto para él, a fin de que pueda ser salvo.

En Romanos 5, a partir del versículo 12, se trata de otro asunto. Allí ya no se habla de nuestros **pecados**, a saber, de nuestros hechos pecaminosos, sino de nuestro **estado**. ¿Por qué el hombre no hace más que pecar? Porque su naturaleza, su corazón, es malo. “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jeremías 17:9). “Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios” (Marcos 7:21). En Tito 3:3 el apóstol Pablo hace una descripción de nuestro estado: “Nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros”. Aquí no se hace una relación de hechos pecaminosos, sino que se describen nuestros sentimientos, nuestro estado, nuestra naturaleza.

Conforme a la imagen y semejanza de Dios

En Romanos 5:12-21 encontramos el motivo por el cual tenemos esta naturaleza pecaminosa: porque todos somos descendientes de Adán.

Adán fue creado conforme a la imagen y semejanza de Dios (Génesis 1:26; 5:1). “A imagen de Dios” indica la posición que el hombre ocupó en la creación. Como administrador de Dios, representaba a Dios en la tierra, y como tal, era jefe de la creación terrenal. A pesar de la caída ocasionada por el pecado, y su consiguiente confusión, en la obra de la creación Adán sigue siendo –y el hombre, como su descendiente– la imagen de Dios (1 Corintios 11:7). La expresión “a semejanza de Dios” o “conforme a nuestra semejanza” señala la pureza e inocencia de Adán. Un convenio ético tuvo lugar entre el Creador y su criatura; desgraciadamente, este no duró mucho. Adán transgredió el mandamiento de Dios, perdió su pureza y vino a ser un pecador culpable.

Nunca, después de su caída, se dice de Adán o de sus descendientes que respondan a la semejanza de Dios. Esta expresión tan solo se aplica a lo que Dios había hecho del hombre en el momento de la creación (Santiago 3:9).

A la imagen y semejanza de Adán

Génesis 5 habla de modo muy claro sobre este punto. En el versículo 1 leemos que Dios creó al hombre a su semejanza. Pero, cuando en el versículo 3 Adán engendró un hijo, este fue hecho conforme a su propia semejanza, y a su propia imagen. Es decir, conforme a la semejanza de un pecador culpable, una criatura caída lejos de Dios. Así que todo niño que nace es pecador desde su nacimiento, pues lleva la naturaleza de sus padres.

Esto lo expresó Job: “¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie” (Job 14:4). David dijo: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). De este estado de cosas, Romanos 5:12-21 saca la siguiente conclusión: Por la transgresión de Adán los muchos murieron, pues por la transgresión de uno reinó la muerte (v. 15, 17). Las consecuencias de la transgresión de Adán alcanzan a todos los hombres para condenación (v. 18) y por la desobediencia de Adán, todos sus descendientes han sido constituidos pecadores (v. 19). En otras palabras, el estado de cada ser humano que nace corresponde al estado de su antepasado Adán después de la caída; es un pecador que espera la muerte, expulsado del jardín de Edén y de la proximidad de Dios.

Aquí se habla, pues, de la **condición** del hombre y no de los **pecados** en que ha incurrido. Antes de que el hombre cometa un solo pecado, esta ya es su condición: es un pecador que recibirá la muerte para condenación. No es que sea **culpable** al nacer; lo será más tarde por sus hechos, los pecados que cometerá. En Apocalipsis 20:12 vemos que los muertos serán juzgados según sus obras y no conforme a su condición. Con todo, la condición del hombre le hace incompetente para alcanzar el cielo. Dios no puede soportar en su presencia a ningún hombre que tenga una naturaleza pecaminosa. El Dios santo se ve obligado a alejar de sí, para siempre, a cualquier hombre de semejante naturaleza. Dios, quien es luz y en quien no hay tinieblas (1 Juan 1:5), no puede admitir tinieblas en su presencia (Efesios 5:8). Las tiene que arrojar allí donde “será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 8:12; 22:13). Si el Señor Jesús no hubiese efectuado la obra de redención, ningún hombre habría entrado en el cielo, ni siquiera los niños que murieron tras nacer, sin haber cometido aún un solo pecado.

La condenación de la fuente del pecado, nuestra mala naturaleza

De esto se desprende que no basta tener el perdón de **los pecados**. Si el Señor Jesús llevó todos mis pecados en la cruz, ciertamente ya no seré juzgado por ellos. Sin embargo, si él no hubiese hecho otra cosa más por mí, estaría perdido eternamente. Porque Dios puede perdonar los pecados, pero no **un estado malo**, no una **mala y pecaminosa naturaleza**. De todas las maneras posibles, Dios dio al hombre la oportunidad de mostrar si había algo bueno en él. Así fue antes del diluvio, cuando Dios aún no había dado ninguna ley o prohibición; también lo hizo después del diluvio, cuando estableció la autoridad para refrenar el mal (Génesis 9:5-6). A continuación, apartó a Israel para ser pueblo suyo, entregándole sus decretos y estatutos, y en su bondad descendió para morar en medio de ellos (Deuteronomio 4:6-8). Después de eso les dio jueces, profetas y reyes. Los educó mediante su disciplina. Por fin se presentó él mismo, “Dios fue manifestado en carne” y vino en gracia a la tierra. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Corintios 5:19). ¿Y qué se manifestó? “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11). “La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella” (Juan 1:5).

Los hombres amaron más las tinieblas que la luz



(Juan 3:19).

Los hombres eran tan malos que rechazaron a Dios, pese a que él se manifestaba en gracia. Llevaron a la cruz a Jesús, al Dios que “fue manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16). En la cruz se demostró claramente que el hombre está corrompido, que no hay nada bueno en él, y que Dios no puede hacer otra cosa con él sino condenarlo.

Por eso el Señor Jesús, en Juan 3:3, no dice: «El hombre cuyos pecados no sean perdonados, no puede ver el reino de Dios», sino: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”.

La respuesta de Dios

En Romanos 5:12-21 encontramos la respuesta divina a esta dificultad. El primer Adán transmitió su condición, que había contraído tras su caída, a todos los que pertenecen a su familia (esto es, a todos los hombres). Entonces Dios puso sobre la tierra al Señor Jesús como segundo hombre, como el último Adán (1 Corintios 15:45-47), el cual desde que cumplió la obra en la cruz, ha dado su propia condición a todos los que están vinculados con él. Ahora llegamos a la pregunta: ¿Cuál es la esencia de esta condición o posición?

En la cruz, al comparecer en el juicio de Dios, el Señor Jesús llevó sobre sí mismo nuestros pecados (1 Pedro 2:24). Pero esto no es todo. Romanos 8:3 dice que “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”. Y en 2 Corintios 5:21 está escrito:

“ Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.

Estas dos citas no hablan de nuestros pecados, de nuestros malos actos, sino del pecado, del principio del mal, de la fuente del pecado, de nuestra mala naturaleza. Romanos 8:3 habla de la “carne de pecado” y del “pecado en la carne”. Con estas expresiones se describe, en Romanos 5-8, nuestra mala naturaleza. Al Señor Jesús, Dios lo hizo pecado en la cruz. El Señor no solo llevó allí nuestros pecados, sino que tomó el lugar de nuestra naturaleza pecaminosa (Romanos 6:6). Dios juzgó a Aquel que no conoció pecado como si hubiese sido un hombre pecador con naturaleza pecaminosa. El juicio de Dios, tanto por la naturaleza pecaminosa del hombre como por sus pecados (sus hechos malos) cayó sobre el Señor Jesús. Así murió el Señor, y fue sepultado.

El postrer Adán

Pero el poder de Dios le levantó de entre los muertos (Efesios 1:20) para testimoniar que su justicia queda perfectamente satisfecha, tanto con respecto a nuestros pecados como en lo concerniente a nuestra mala naturaleza. El Señor Jesús resucitó luego de haber pasado por el juicio. Ahora se mantiene de pie ante Dios en una nueva condición: como alguien que soportó plenamente el juicio por los pecados y por el pecado, quien fue resucitado por Dios para dar testimonio de que cumplió perfectamente la sentencia divina. Ahora vive una vida de resurrección. Esta es la condición del Señor Jesús como segundo hombre, como el postrer Adán, desde que vino a ser la Cabeza de la nueva familia, la familia de Dios.

Romanos 5:12-21 nos dice que todo el que está ligado a Cristo participa con él de esta condición.

“ Abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo (v. 15).

“Pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación” (v. 16). “Mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia” (v. 17). La obra del Señor Jesús basta para la justificación de vida; por su obediencia he-

mos sido colocados en la posición de “justos” (v. 18-19). La gracia reina por medio de la justicia para vida eterna (v. 21). “Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (Romanos 6:5). Efesios 2:5-6 va más allá: Dios “nos dio vida juntamente con Cristo... y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”.

Por lo tanto sabemos que la obra del Señor Jesús significa, para nosotros, mucho más que el perdón de los pecados. Cuando por la fe en el Señor Jesús un pecador acude a Dios confesando sus pecados, él le da un sitio en la familia de Dios, pertenece entonces a Cristo. Se le atribuye toda la obra del Señor Jesús, lo que significa que el castigo por sus pecados (los hechos pecaminosos) fue saldado en la cruz y, por lo tanto, estos están expiados. Pero su naturaleza pecaminosa también fue juzgada, y murió en la muerte del Señor Jesús en la cruz. Ahora él participa de la vida de resurrección del Señor Jesús. El postrer Adán (un espíritu vivificante: 1 Corintios 15:45) ha soplado en el creyente y le ha dado el Espíritu Santo, su propia vida de resurrección (Juan 20:22). Posee la vida eterna, posee al mismo Señor Jesús como su vida (Juan 3:15-16; 1 Juan 1:1-2; 5:11-13, 20).

Muerto con Cristo

Quien ha entendido esto, ya no busca mejorarse. Comprende que no puede mejorar algo que Dios declaró ser enteramente perdido. Pero sabe que Dios lo hizo morir en la cruz, en el Señor Jesús. Eso es lo que confesó en el bautismo. Fue bautizado en la muerte del Señor Jesús y, por el bautismo, fue sepultado juntamente con Cristo para muerte (Romanos 6:3-4). (¡Cómo se oculta esta verdad cuando el bautismo no se practica por inmersión, sino tan solo por aspersion!) Dios solo le ve en su nueva vida, la que no quiere y no puede pecar. Y el creyente se considera muerto al pecado, pero vivo para Dios en Cristo Jesús (Romanos 6:11). No puede luchar contra el pecado que hay dentro de él. En ninguna parte encontramos que el cristiano tenga que hacerlo. Por el contrario, debe considerarse muerto al pecado. (Hebreos 12:4 no habla del pecado que mora en nosotros, sino del pecado que se halla en el mundo, nuestro enemigo). Por cierto, el pecado que mora en el creyente querrá manifestarse y mostrar que aún vive, pero el creyente no debe tolerarlo. No debe prestarle atención, sino que ha de levantar la vista hacia el Señor Jesús. Cuando el pecado obra en mi corazón y quiere atraer sobre sí mi atención, no debo hacerle ningún caso, más bien tengo que dirigir mis pensamientos hacia el Señor. Entonces ya no pensaré en el peca-

do. Al dirigir la mirada hacia el Señor Jesús, la nueva vida puede manifestarse en mí: “Nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18).

Si lo hago así, el Espíritu Santo que mora en mí se encarga de la lucha contra la carne (la naturaleza pecaminosa, Gálatas 5:17). Esta no es mi tarea.

“ Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro (Romanos 6:11).

La experiencia práctica

Entonces, ¿cómo es posible que tantos creyentes giman bajo el poder del pecado, como lo escribí al principio de esta carta? Todo creyente conoce o ha conocido por experiencia propia este estado y la lucha asociada con él. Eso no quiere decir que esta lucha deba alargarse a través de toda la vida del creyente, como a menudo se dice. Gracias a Dios no es así. El Señor Jesús venció a Satanás y al pecado, de modo que todo aquel que tiene parte con Cristo puede mantenerse en la libertad (Gálatas 5:1, 13, 16) y vivir una vida victoriosa (Romanos 8:1-4). Todo el que realiza de modo práctico el punto de vista de Romanos 8:1-11 queda libre del poder de Satanás, del pecado y de la muerte. En este creyente se hallará el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22) y se cumplirán las exigencias de la ley (Romanos 8:4). La liberación se conoce solamente después de pasar por esta experiencia y esa lucha.

Cuando alguien se convierte, ve sus pecados y se ocupa de ellos, porque el juicio de Dios se erige delante de él. Recibe la nueva vida y tiene una voluntad renovada que anhela servir a Dios. Desea conocer Su voluntad y quiere cumplirla como si fuera ley. Pero en este camino aprende primero a conocer su naturaleza pecaminosa, su condición. Romanos 7 nos describe esta experiencia. En los cuatro primeros versículos vemos la doctrina, la condición: estamos muertos con respecto a la ley y estamos unidos a otro, al Cristo resucitado. Los versículos 5 y 6 desarrollan la transición hacia esta experiencia.

La primera constatación es esta: La ley no tiene ninguna fuerza. Es santa, justa y buena. Y aunque era “para vida”, pues “el que hiciere estas cosas vivirá por ellas” (Gálatas 3:12), por experiencia sé que ella resulta en mí para muerte, pues los mandamientos de la ley despiertan la codicia en mi corazón, y esa misma ley me prohíbe satisfacerla. Eso finalmente me conduce al certero conocimiento de mi propia naturaleza:

Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien (v. 18).

“

El hecho de que quiero hacer lo bueno y, sin embargo, practico el mal que odio (v. 15), me lleva a hacer una distinción entre mí mismo –que quiero hacer el bien, que me agrada en la ley de Dios según el hombre interior (v. 22)– y ese poder en mí, el pecado que me lleva a hacer el mal (v. 20). Entonces reconozco que estoy preso del pecado que mora en mí. Peco: esto es una «ley del pecado», una regla inflexible, y frente a ella quedo impotente. Soy prisionero de esta ley.

Entonces el Espíritu Santo me lleva al horrible descubrimiento de que estoy irremediablemente corrompido, y debo clamar: “¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?” (v. 24). En aquel momento viene la respuesta de la Palabra de Dios: “Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro” (v. 25).

La liberación

¡Soy salvo de este cuerpo de muerte! Mi pecado ha sido juzgado en la cruz, en Cristo (Romanos 8:3).

Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí

“

(Gálatas 2:20).

De manera que en Cristo estoy en la misma posición que él ocupa desde su resurrección. De ahí que ya no haya condenación para mí (Romanos 8:1). El Espíritu Santo ha creado una vida nueva en mí, la cual no peca, más aún, no puede pecar, sino que concuerda completamente con su Hacedor (Juan 3:5-6). Además, el mismo Espíritu Santo mora en mí; él es la fuerza que capacita a la nueva vida para que obre según su naturaleza (1 Corintios 6:14; Juan 4:14; 7:38-39). Él también es quien se encarga de la lucha contra la carne (Gálatas 5:17). De modo que la ley (la regla inmutable) del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte (Romanos 8:2; comparar con 7:23). Ya no vivo en la carne (en la vieja naturaleza), sino en el Espíritu. Mi posición se caracteriza por la posesión de la vida que el Espíritu Santo obró en mí en el momento del nuevo nacimiento (Juan 3) y por el hecho de que el Espíritu Santo mora en mí (Romanos 8:9). Pero eso al mismo tiempo implica que pertenezco a Cristo, que soy un cristiano.

La condición normal del creyente es estar libre de Satanás, del pecado y de la muerte, libre para servir a Dios y tener una comunión continua con él y un gozo perfecto (1 Juan 1:3-4).

Quiera Dios que tanto tú como yo estemos constantemente en esta condición normal.

Con afectuosos saludos tu hermano en Cristo.

¿Dios ha predestinado a algunos para que vayan a la perdición?

Queridos amigos:

Ustedes están preocupados porque alguien afirmó que en esta tierra no se puede saber si uno es salvo, pues nadie sabe si ha sido elegido.

Ustedes sencillamente hubieran podido contestar con la Palabra de Dios. Esta dice: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, **para que todo aquel que en él cree, no se pierda**, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Como Dios dice la verdad, según este versículo podemos tener la seguridad de nuestra salvación. Cada uno tendrá que reconocer que Dios nunca miente.

A alguien que afirmaba semejantes pensamientos le pregunté si él opinaba que el apóstol Pablo había ido a Dios para echar un vistazo al libro de sus designios. Y naturalmente, lo negó. Luego proseguí con otra pregunta: ¿Cómo, entonces, pudo escribir a los tesalonicenses: “Conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección”? ¿Y cómo en todas sus epístolas llama “santos” a las personas a quienes escribe?

El interrogado no supo qué responder, pero al día siguiente se acercó a mí y me dijo: «Ahora yo también sé que soy salvo».

De hecho, la Palabra de Dios habla muy claramente de una elección. ¿Qué hijo de Dios, al haber leído citas como Efesios 1:4-5; Romanos 8:29-30; 1 Pedro 1:2, lleno de respeto, no haya adorado a su Dios por haberle concedido tal gracia?

La predestinación

Por desgracia, el hombre no se mantuvo en lo que está escrito en la Palabra de Dios, sino que permitió a sus razonamientos ir más allá, a fin de llegar a pretendidas conclusiones lógicas. El resultado fue que llegó a hacer afirmaciones que van en contra de la Palabra de Dios y que en realidad constituyen una deshonra para Su nombre. La enseñanza de la predestinación de todos los hombres es una caricatura del glorioso cuadro de la elección que nos ofrece la Palabra de Dios.

Según esta doctrina de la predestinación Dios habría escogido a unos para eterna salvación, mientras que a los demás habría decidido rechazarlos. Leamos Romanos 9:8-23.

La gracia, no solo para los judíos

En los primeros ocho capítulos de la epístola a los Romanos encontramos descrita la condición del hombre y la respuesta de Dios. El hombre está perdido y sin ninguna esperanza:

“ No hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia (Romanos 3:22-24).

Si todos son salvos exclusivamente sobre la base de la gracia, ello no se limita a los judíos, sino que la gracia también es válida para las naciones, para los no judíos.

Pero esto no agradaba a los judíos. Ellos ocupaban un sitio de predilección e intentaban guardarlo. Por eso a menudo su gran enemistad se manifestaba precisamente cuando este Evangelio era predicado a los paganos (ver por ejemplo Hechos de los Apóstoles 13:45-50; 15:1; 17:5; 28:25-29). En Romanos 9-11 el apóstol trata la cuestión de cómo conciliar la igualdad de los judíos y los gentiles, bajo el Evangelio, con la posición especial que Dios había dado a los judíos.

La simiente de Abraham

Lo primero que los judíos reivindicaban era que solo ellos eran la simiente de Abraham (Juan 8:33). «Bien –dice el apóstol– entonces tendrán que reconocer a Ismael, pues él también era hijo de Abraham». Y si en este caso se pudiese objetar que la madre de Ismael era tan solo una esclava, de quien descienden los árabes, todavía quedaba Esaú, el padre de los edomitas. Jacob y Esaú tenían el mismo padre y la misma madre y aún por encima eran gemelos. Sin embargo Esaú, aunque era el mayor, no vino a ser el patriarca del pueblo de Dios. Y no porque Jacob fuese mejor. Desde antes del nacimiento, Dios había dicho que el mayor serviría al más joven.

Por lo tanto, no era por derecho que los judíos tenían esa privilegiada posición, sino en virtud del libre poder y de la libre gracia de Dios. Si querían apelar a su derecho, también tenían que reconocer a los árabes y a los edomitas como formando parte del pueblo de Dios, y era precisamente lo que no aceptaban. Pero, como solo eran el pueblo de Dios merced a la obra de la libre gracia y del poder de Dios, sin duda alguna, Dios tenía el derecho de extender la bendición también a otros.

Aquí vemos que no se trata de una elección o de un rechazamiento para la eternidad, sino exclusivamente de una situación privilegiada en la tierra.

Amé a Jacob, mas a Esaú aborrecí

Estas palabras de Romanos 9:13 también suelen ser utilizadas de modo especial como prueba para la enseñanza del rechazo. Quien lo hace confunde los dos versículos: el 12 y el 13. El versículo 12 cuenta lo que Dios realmente dijo cuando los niños aún no habían nacido, pero no antes de la fundación del mundo, como se dice de nosotros en Efesios 1:4. Aquí se trata de una posición terrenal; esto lo anunció Dios poco antes del nacimiento (v. 10).

El versículo 13, al contrario, se saca de Malaquías 1:2-3. Esto lo dijo Dios unos mil cuatrocientos años después de que Jacob y Esaú vivieran, cuando tanto la vida de ellos como la de sus descendientes se habían demostrado. En Hebreos 12:16-17 se llama a Esaú fornicario y profano, quien por un plato de comida vendió su primogenitura y no encontró oportunidad para el arrepentimiento. No debe sorprendernos si Dios dice que odia a tal hombre. “Aborreces a todos los que hacen iniquidad” (Salmo 5:5).

Entonces llegamos al versículo 15:

“ Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadezco del que yo me compadezca (cita de Éxodo 33:19).

El pueblo había construido el becerro de oro y rechazado a Dios (Éxodo 32:4). Merecía el juicio (v. 10); pero Moisés oró por él. Entonces Dios mostró una vez más su gracia y perdonó al pueblo. Estas palabras comunican, pues, la evidencia de que Dios se reserva el derecho de dispensar gracia, incluso cuando uno ha incurrido en conductas que merecen el juicio de Dios. Que Israel fuese el pueblo de Dios reposaba únicamente en la gracia. Así estas palabras no pueden ser una prueba a favor de la doctrina del rechazamiento. El versículo 15 establece el principio de la gracia. Allí donde todos hemos merecido el juicio, solo la misericordia de Dios puede dar una salida. Si a partir de hoy un hombre no pecara más (en caso de poder hacerlo), ¿de qué le serviría eso? Todavía tendría que someterse al juicio por aquellos pecados cometidos hasta entonces.

Dios endurece a algunos hombres

El versículo 17 es una cita de Éxodo 9:16. Dios dijo a Faraón que endurecería su corazón para manifestarle todo Su poder. Pero primero debemos leer lo que había ocurrido antes. En Éxodo 5:2 Faraón dice: “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel”. Luego agravó la servidumbre del pueblo (cap. 5:18). A pesar de

todas las señales y juicios que Dios mandó, Faraón no quiso obedecer la voluntad de Dios. Solo entonces Dios dijo: Ahora voy a endurecer tu corazón, para que todo el peso de mi juicio caiga sobre ti.

Es cierto que Dios ya había dicho que lo haría (Éxodo 4:21), pues sabía de antemano que Faraón no escucharía. Conocía el corazón de Faraón (cap. 3:19). Pero Dios no endureció el corazón del Faraón antes de haberle hablado varias veces y haberle enviado bastantes señales y plagas; cada vez Faraón se negó a dejar ir al pueblo de Israel y más bien siempre faltó a su palabra (cap. 9:12). Fue entonces cuando Dios pronunció las palabras de Éxodo 9:16.

Es verdad que a veces Dios endurece los corazones. Lo hizo en el caso de Faraón. También lo hace a veces hoy día. E inmediatamente, tras el arrebatamiento de la Iglesia, lo hará con todos aquellos que pese a oír el Evangelio no lo hayan aceptado (2 Tesalonicenses 2:11). Pero Dios jamás hace esto antes de dar al hombre la oportunidad para convertirse (Job 33:14-30). Eso es muy distinto de lo que dice la doctrina del rechazamiento.

Dios es libre de actuar como desea

En Romanos 9:19-21 esta cuestión se trata de modo muy general. ¿No tiene Dios el derecho de hacer con sus criaturas lo que quiere? Tendría derecho a hacer de un hombre un vaso para honra y de otro un vaso para deshonra. ¿Puede la cosa creada tener por responsable al Creador y pedirle cuentas? Dios, como Creador, tiene el derecho de hacer con sus criaturas lo que le plazca. Puede obrar en gracia hacia el uno y destinar al otro a la perdición eterna. Pero del último derecho mencionado, **Dios no ha hecho uso**. Él es luz y amor, nunca obra en contradicción consigo.

El versículo 21 habla precisamente de esto. Hace alusión a Jeremías 18. Allí Dios señala su derecho a hacer con Israel lo que le plazca. El alfarero hace una vasija de barro, pero si esta se estropea, hace una nueva con el mismo barro. “Entonces vino a mí palabra de Jehová, diciendo: ¿No podré yo hacer de vosotros como este alfarero, oh casa de Israel? Dice Jehová. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel” (Jeremías 18:5-6).

Pero, ¿cómo hace Dios uso de este derecho? “En un instante hablaré contra pueblos y contra reinos, para arrancar, derribar y destruir. Pero si esos pueblos se convirtieren de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles, y en un instante hablaré de la gente y del reino, para edificar y para plantar. Pero si hiciere lo malo delante de mis ojos, no oyendo mi voz, me arrepentiré del bien que había determinado hacerle” (Jeremías 18:7-10).

Si alguien se vuelve de su maldad, Dios se arrepentirá del juicio que tenía preparado y obrará en gracia. Para eso Dios utiliza su libre e ilimitado poder, su soberanía.

Los vasos de ira preparados para destrucción

Los versículos 22 y 23 de Romanos 9 prueban lo mismo, a pesar de que a menudo son usados como una prueba fuerte a favor de la enseñanza del rechazamiento. Pero en realidad constituyen una poderosa prueba en contra de esta enseñanza.

El versículo 22 habla de los vasos de ira; vasos preparados para destrucción. ¿Quién los ha preparado? Aquí no está dicho. Pero se deduce con toda claridad del contexto que Dios no lo ha hecho. ¿Podría uno decir que Dios los ha soportado con mucha longanimidad, si él mismo los ha preparado para perdición? Nótese también la diferencia con el versículo 23, donde leemos que Dios ha preparado de antemano los vasos de gracia. Claro está que los vasos de ira se han preparado ellos mismos:

“ Por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios (Romanos 2:5).

La Palabra de Dios no predestina para condenación

En las Escrituras no hay ni una sola evidencia a favor de la idea de que Dios haya decretado previamente la condenación de alguna persona, de que haya designado a determinadas personas para que se pierdan eternamente. Al contrario, eso contradice lo que Dios ha revelado de sí mismo en su Palabra.

¿Cómo podría ser posible que “Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos” –y quien dio a su Hijo Jesucristo “en rescate por todos”–, no permita a una parte de esos “todos” participar de ello, para que todos pudiesen ser salvos y que, al contrario, ellos tengan que ir a la perdición eterna? Si bien hay muchas citas, bastaría meditar en Juan 3:16, Romanos 3:22; 1 Juan 2:2.

No, gracias a Dios, hay una elección que ha designado a pobres pecadores para la gloria, pero en ningún sitio la Palabra de Dios habla de una elección para condenación. Al contrario, la Palabra dice: “El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17), y también: “Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:3-4).

Y si no logramos compaginar estas dos cosas: la elección de **una parte** con la invitación a venir formulada **a todos**, entonces recordemos lo que Dios dijo: “Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:9). ¿Qué hombre osaría pensar que por su propio entendimiento es apto para comprender o aun juzgar la sabiduría y los caminos de Dios? Pero para el creyente queda lo que ya decía Abraham:

El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?

“

(Génesis 18:25).

Con afectuosos saludos, su hermano en Cristo.

La elección

Queridos amigos:

Ahora podemos formularnos esta pregunta: ¿Cómo puedo saber si soy elegido?

En primer lugar debemos tener muy presente que la Palabra de Dios nunca habla a los incrédulos acerca de la elección. A estos les presenta su condición de perdición y el juicio de Dios, luego el llamado de Dios al arrepentimiento, señalando al Señor Jesús y su obra, a fin de que crean.

Una vez que se hayan convertido y creído en el Señor Jesús, se les revela que son elegidos. ¿Cómo pueden saberlo? La respuesta está en 1 Tesalonicenses 1:4-6. Allí el apóstol escribe: “Conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección”. Y luego da el motivo por el cual lo sabe: “Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros. Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo”. Ellos habían aceptado la Palabra; esa era la prueba. El que acepta el Evangelio y por medio de este obtiene la paz con Dios, tiene la prueba de su elección.

¿Qué dicen las Escrituras sobre la elección?

Aunque en muchos sitios de la Palabra de Dios se habla de la elección (por ejemplo en 1 Pedro 1:2; 2 Timoteo 1:9; Tito 1:2), la doctrina se encuentra principalmente en Romanos 8:23-30 y Efesios 1:3-14.

En Romanos 8:29-30 leemos:

“ A los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.

Ante todo Dios conoce a las personas de antemano. No se afirma que conocía su condición, su conducta, si se convertirían, etc. No, lo que conocía era a las **personas**. Efesios 1:4 nos dice que esto ocurrió “antes de la fundación del mundo”, esto es, en la eternidad pasada.

Estas personas, y ni una menos, **las predestinó** para ser conformes a la imagen de su Hijo. Esta es la elección. Antes de que nosotros nacióramos, antes de que Adán fuera creado, sí, aun antes de la creación de los cielos y de la tierra (Génesis 1), Dios pensó en nosotros y en su consejo determinó que habíamos de ser conformes a la imagen de su Hijo. La Palabra de Dios dice de Cristo: “Él es la imagen del Dios invisible” (Colosenses 1:15). Aquí leemos que nosotros seremos conformes a su imagen. Él es el primogénito entre muchos hermanos. Y aunque Cristo ocupe el primer lugar, seremos semejantes a él.

Aquí, naturalmente, no vemos al Señor en su calidad de Hijo eterno. El Hijo eterno es el Dios eterno, y en esta posición está solo. En esta cita se habla de él como el Hijo de Dios nacido en la tierra, quien llevó a cabo la obra en la cruz, y en quien todos los consejos de Dios han de cumplirse (Colosenses 1:19-21; Efesios 1:10, 20-23).

Aquí la fuente de nuestras bendiciones se relaciona con el resultado completo: la eternidad antes de la creación de los cielos y de la tierra con la eternidad después de que cielos y tierra hayan desaparecido; el consejo en el corazón de Dios con el perfecto cumplimiento, como queda presentado en 1 Juan 3:2: “Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”. Nosotros seremos manifestados como hijos de la resurrección (Lucas 20:36), como hijos de Dios, cuando él “transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Filipenses 3:21).

Llamados, justificados y glorificados

En el versículo 30 encontramos la relación de los consejos de Dios con el tiempo actual. Apenas nacimos, ya volvimos la espalda a Dios: éramos pecadores. Pero Dios nos llamó. No se trata del llamado general de Dios, el que dirige a todos los hombres para que se conviertan, sino del acto de creación de Dios, quien “llama las cosas que no son, como si fuesen” (Romanos 4:17). Y a quienes llamó, también los justificó.

Aquí todo se ve del lado de Dios y según su consejo. Cuando la epístola a los Romanos se escribió, todavía no habían sido llamados todos los elegidos. En realidad, muy pocos lo habían sido, pues aquí se trata de la elección **desde antes** de la fundación del mundo, lo que solo es válido para la Iglesia. Israel –y también los creyentes después del arrebatamiento de la Iglesia– son elegidos **a partir** de la fundación del mundo (Apocalipsis 13:8; 17:8; Mateo 25:34).

Tampoco han sido llamados aún todos los que deben serlo. Esto solo se realizará poco antes del arrebatamiento de la Iglesia, porque entonces el número de los que la componen estará completo. Según el designio de Dios, queda decretado que así ha de verificarse. Por eso, en el lenguaje profético se habla como si ya hubiese transcurrido todo. Incluso la glorificación se presenta como efectuada, aun cuando Romanos 5:2 llama a la gloria de Dios una esperanza, y el capítulo 8:11 dice que nuestros cuerpos mortales aún han de ser vivificados. Todo lo que es necesario para darnos la posición que ocuparemos, según la gracia electora de Dios, será hecho realidad por él, sin ninguna contribución nuestra. En esto estriba nuestra seguridad.

Nuestro Dios y nuestro Padre

En Efesios 1 encontramos detalles más precisos. En el versículo 3 se llama a Dios “el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Como hombre, el Señor Jesús habla del “Dios mío” (por ejemplo, Mateo 27:46). Como Hijo de Dios, Dios es su Padre (Juan 5:17-18; 17:1, etc.). Después de la resurrección, el Señor introduce a los suyos en esta relación con Dios:

Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios



(Juan 20:17).

Por cierto, subsiste una diferencia. No dice “nuestro” Padre y “nuestro” Dios. Él permanece como el primogénito entre muchos hermanos. Pero, así y todo, Dios ha venido a ser también nuestro Dios y nuestro Padre en el Señor Jesús.

En Efesios 1:4-5, la posición que hemos recibido por medio de la elección lleva el mismo carácter. En el versículo 4 encontramos nuestra posición ante Dios como Dios, en el versículo 5 la encontramos como Padre. Para que pudiésemos poseer este estado en toda perfección, hemos sido elegidos en Cristo. Él ocupa esta posición en virtud de su gloria personal y por medio de sus derechos personales. Nosotros la recibimos en Él.

Santos e irreprochables ante él en amor

El versículo 4 dice: “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él”. Aquí tenemos ante nosotros la naturaleza divina. Según su naturaleza, Dios es santo, irreprochable en su obrar, y su naturaleza es amor (1 Juan 1:5; 4:8, 16). Al querer tenernos en su cercanía, le era necesario hacernos corresponder a su naturaleza. ¿Cómo podríamos nosotros, seres corrompidos por el pecado, estar en presencia de Aquel que es demasiado santo para ver el pecado, y que algún día ha de arrojar al lago de fuego todo lo que

está relacionado con el pecado? Por eso nos eligió, para que correspondiésemos a su naturaleza. Pero no solo eso; debemos y podemos participar en los sentimientos de su corazón, en los pensamientos de un Dios que es amor. Por eso se dice: “delante de él, **en amor**”.

Cuando estemos con él, seremos “santos y sin mancha delante de él en amor”. Entonces todo lo que en nosotros recuerde el pecado –debilidades y transgresiones– será puesto a un lado. Ya no tendremos la carne en nosotros. Pero Dios nos ve así ahora. Nos ve solamente en nuestra nueva vida, la que el Señor Jesús nos ha dado. “Creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10).

“
Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados
(Hebreos 10:14).

“Como él es, así somos nosotros en este mundo” (1 Juan 4:17). ¡Cuánta gracia para con nosotros, pobres pecadores por naturaleza!

La adopción de hijos para sí mismo

Esto no es todo. Hubiésemos podido obtener todo lo mencionado y solo ser colocados como siervos ante Dios. Los ángeles, como siervos, también tienen que corresponder a la gloria y a la santidad de Dios. Pero, respecto a nosotros, se dice: “... habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos” (Efesios 1:5). Aquí vemos una determinada relación, la de un padre para con sus hijos y de hijos para con su padre. El Hijo de Dios nos llevó, tras su resurrección y en virtud de su obra en la cruz, a su propia posición: nos hizo hijos de Dios. Aquí, en Efesios 1, se nos indica que Dios nos había designado para ello desde antes de la fundación del mundo. Ya en aquel tiempo Dios había determinado que nosotros debíamos ocupar esta posición. ¿Y qué motivos tenía para eso? Era “según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo”. Su propio amor es la fuente de todas estas bendiciones.

El cristianismo lleva un carácter eterno

Estos versículos todavía queda una importante conclusión que sacar: Dios nos escogió en Cristo “antes de la fundación del mundo”. Esta elección es fuera del tiempo, se remonta aun desde antes de que el tiempo haya empezado; es para la eternidad y no para esta tierra. El versículo 3

también habla de bendiciones **espirituales** en lugares **celestiales**. Israel es el pueblo elegido para esta tierra (Éxodo 19:5; Levítico 25:2, 23; Deuteronomio 7:6). Además, a las ovejas de las que habla Mateo 25:34 se les dice:

“ Heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.

Estas son bendiciones terrenales (el reino), que se relacionan también con “el tiempo” (desde la fundación del mundo).

De esto se deduce la posición especial que ocupamos. Pertenecemos a un sistema (el cristianismo) y a un cuerpo (la Iglesia) que se sitúan fuera del tiempo. Su origen proviene desde antes de la fundación del mundo, cuando Dios los estableció en Cristo. No son de este mundo (Juan 17:14), y se perpetuarán después de que la apariencia de este mundo haya pasado. Llevan un carácter espiritual y de eternidad. Eso nos da una clara comprensión del carácter del cristianismo.

Así, en los versículos 3 a 5 no se habla de la responsabilidad ni de sus consecuencias, pues todo eso no empezó hasta que Adán fue creado y colocado en el jardín de Edén, y solo se acabará después del juicio delante del gran trono blanco (Apocalipsis 20). En el jardín de Edén había dos árboles: el árbol de la ciencia del bien y del mal, que representaba el principio de la responsabilidad: “Porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:17), y el árbol de la vida, que habla del principio de la vida. Adán comió del primero y ya no podía comer del segundo, pues como castigo recibió la muerte.

En la cruz encontramos los dos árboles reunidos. El Señor Jesús tomó sobre sí mismo las consecuencias de la responsabilidad de todos los que creen (la muerte) y, como resucitado, les regaló en su lugar la vida. Él es el árbol de la vida.

Pero todo eso se ubicó “en el tiempo”, sobre esta tierra; no forma parte de los consejos eternos de Dios. Mas como ello era necesario, ocurrió la elección en él, en Cristo, y se reveló todo el designio y consejo de Dios después de la cruz, cuando el último Adán vino a ser la cabeza de la nueva creación, de la familia de Dios. ¡Cuán maravilloso es ver la profundidad de los pensamientos de Dios y admirar su sabiduría! Y podemos recordar que **nosotros** éramos los objetos de estos pensamientos.

Con afectuosos saludos de su hermano en Cristo.

Cristo es nuestro Sumo Sacerdote

Queridos amigos:

Cuando alguien ha alcanzado el conocimiento de lo que como creyente posee, a saber:

- Que sus pecados han sido perdonados y que tiene paz para con Dios.
- Que por el nuevo nacimiento ha recibido una vida nueva, una nueva naturaleza, una vida divina que no puede pecar.
- Que Dios ha juzgado su naturaleza pecaminosa en la cruz y la ha puesto de lado, de modo que Dios lo ve, como creyente, solo en su nueva vida y, por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para él.
- Que el Espíritu Santo mora en él, que ha sido librado del poder de Satanás, del mundo y del pecado, liberado para servir a Dios.
- Que ha sido hecho agradable en el Amado Hijo y que ya puede gloriarse en la esperanza de la gloria de Dios, porque **sabe** que está preparada para él.

Entonces puede suponer que ya no necesita de nada.

Ahora bien, en lo referente a la eternidad y al cielo, se puede aplicar lo que acabamos de decir. Sin embargo, el creyente todavía tiene necesidades en la tierra. Por ser un hijo de Dios y ciudadano de los cielos (Filipenses 3:20), es forastero en la tierra. Y porque se halla en el camino hacia los cielos, es peregrino. Por lo demás, ha sido librado del poder del diablo y quiere servir a Dios, pues este es el anhelo de su corazón. A causa de ello incurre en flagrante contradicción con el diablo y la gente incrédula. La obra del diablo consiste precisamente en no dejar que el hombre obedezca a Dios. Para ello se valdrá de todo su poder y astucia, a fin de inducir, sobre todo al creyente, a desobedecer a Dios y caer en el pecado. En el caso de los incrédulos esto no le cuesta ningún esfuerzo. Ellos ni siquiera desean escuchar a Dios. No les importa pecar, y cuando lo hacen quedan satisfechos (Génesis 6:5; Marcos 7:20-23; Romanos 3:10-20).

Ese es el fundamento del mundo y de la convivencia de los hombres. Se han unido precisamente con el fin de no depender de Dios y poder obrar según sus propios pensamientos (Génesis 11:4-9). Pero, por no poder ser independientes, los hombres aceptaron al diablo como rey; al haber rechazado al Hijo de Dios, hicieron del diablo su dios (Juan 12:31; 2 Corintios 4:4).

La aspiración del cristiano se opone diametralmente al afán del mundo. Por eso los incrédulos encuentran en el cristiano una persona fastidiosa, a quien manifiestan sentimientos hostiles. En Juan 7:7 el Señor Jesús dice a los incrédulos: “No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo testifico de él, que sus obras son malas”. Pero de los creyentes dice: “El mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Juan 17:14). Y en el capítulo 16:33 dice a los discípulos: “En el mundo tendréis aflicción”.

El mundo dispensa su simpatía solamente al cristiano que no se manifiesta como tal, es decir, a quien participa en el afán del mundo y así se somete de modo práctico al señorío de Satanás. Pero eso es infidelidad a Dios. Hoy día, a semejante cristiano se le llamaría un «colaboracionista» (uno que trabaja a favor del enemigo y juntamente con él).

Aquí es donde empieza la lucha del cristiano. Satanás siempre intenta inducirle al pecado. Le susurra pensamientos impuros y pecaminosos. Le hace ver cosas pecaminosas. Le hace oír frases impías e intenta llevarle a lugares impuros. Además deja que el mundo muestre su hostilidad. Todo ello duele al nuevo hombre. La vieja naturaleza (la naturaleza que solo desea pecar, en la que Satanás encuentra bastantes puntos de contacto) todavía reside en el creyente. Por ello subsiste el gran peligro de que Satanás obtenga la victoria y logre hacer pecar al cristiano.

Pero para esto el amor de Dios también ha tomado medidas de prevención.

Cristo como nuestro Sumo Sacerdote

La epístola a los Hebreos nos presenta estas cosas. Allí vemos al cristiano como peregrino y forastero. Está de viaje hacia la gloria (cap. 11:40), pues tiene un “llamamiento celestial” (cap. 3:1). Pero ahora todavía está en el desierto, en medio de todas las dificultades y peligros inherentes a este. Luego se nos presenta al Sacerdote. El Señor Jesús es nuestro gran Sumo Sacerdote en el cielo; viendo los peligros y las dificultades que atravesamos, él intercede por nosotros ante Dios.

La mayoría de las veces se supone que el sacerdocio del Señor Jesús está relacionado con nuestros pecados, pero de un modo general esto no es correcto. Naturalmente, el comienzo de su intervención como Sumo Sacerdote estaba relacionado con nuestros pecados. Hebreos 2:17 dice:

“ Para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo.

Pero el capítulo 10:12 nos dice: “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios”. Y en el versículo 14 está escrito: “Porque con **una sola ofrenda** hizo perfectos para siempre a los santificados”.

La epístola a los Hebreos ve al creyente en su relación de criatura ante Dios. Como el Señor Jesús cumplió una obra en la cruz, a través de la cual Dios queda perfectamente satisfecho, la cuestión de los pecados queda resuelta para siempre. “Habiendo obtenido eterna redención” (cap. 9:12). El creyente fue hecho “**perfecto** para siempre” (cap. 10:14). Cristo quitó de en medio el pecado, “por el sacrificio de sí mismo” (cap. 9:26).

Entre Dios y los creyentes nunca más se vuelve a hablar de los pecados. Por eso en la epístola a los Hebreos no se trata más de ello. Los pecados en que un creyente incurre después de su conversión ya no son un asunto entre Dios y su criatura, sino entre el Padre y su hijo. Esto lo encontramos en la primera epístola de Juan.

Nuestro Sacerdote en el cielo

Aunque el primer servicio del Señor Jesús como Sumo Sacerdote se cumplió en la tierra, y precisamente en relación con los pecados, su servicio ahora ya no lleva este carácter. Tras haber cumplido la obra, “se sentó a la diestra de Dios” en **el cielo** para siempre. “Porque tal sumo sacerdote nos convenía... hecho más sublime que los cielos” (Hebreos 7:26).

Si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote (cap. 8:4).

“

Así, en el cielo tenemos un Sacerdote que, en lo que respecta a los pecados, lo arregló todo; “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (cap. 7:25).

¿Quién es este Sacerdote? Hebreos 1 nos lo dice: es el Hijo de Dios. Por eso puede interceder por nosotros ante Dios en todo tiempo. ¿Quién podría hacer esto, sino Dios? Pero, para poder interceder a favor del hombre, él mismo tuvo que hacerse hombre. Hebreos 2 dice que verdaderamente se hizo hombre. Es el Hijo del Hombre. Habiendo “nacido de mujer”, fue hombre incluso de una manera más real que Adán (Gálatas 4:4). ¡Qué maravilla! ¡Dios manifestado en carne! “Aquel Verbo fue hecho carne” (Juan 1:14). Él, el creador del cielo y de la tierra, el creador del hombre, se hizo hombre.

Hebreos 2 menciona dos razones por las que el Señor Jesús vino a ser hombre. Los versículos 14-17 dicen que se hizo hombre a fin de cumplir la obra de expiación por nuestros pecados y para librarnos del poder del diablo y de la muerte. Debía ser un “misericordioso y fiel sumo sacerdote” (v. 17). ¿No habla esto aún más a nuestros corazones?

El Señor Jesús sabía cómo seríamos. Conocía los peligros y las dificultades que encontraríamos en nuestro camino. Por eso vino a ser hombre y pasó por todas nuestras circunstancias, para que por experiencia propia pudiese conocer todas las dificultades, penas y tentaciones, a fin de que teniendo pleno conocimiento de todo lo que tendríamos que vencer, pudiese socorrernos.

Él aprendió la obediencia

Él sabe lo que para nosotros significa obedecer a Dios mientras vivimos en un ambiente hostil a Dios, puesto que aprendió la obediencia (Hebreos 5:8). Nunca había obedecido, pues era el Dios Altísimo. Pero como hombre en la tierra, aprendió lo que era la obediencia. Él dice: “Despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios. Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás” (Isaías 50:4-5). Pero también experimentó cuáles eran las consecuencias de esta obediencia en este mundo enemistado con Dios: “Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos” (v. 6). Incluso lo azotaban (Juan 18:23). ¡Cuánto debió haber sufrido él, el Santo Dios, cuando le dijeron: “¿No decimos bien nosotros, que tú eres samaritano, y que tienes demonio?”. Y: “Ahora conocemos que tienes demonio” (Juan 8:48, 52). Pero también experimentó la fuerza de Dios:

“
Jehová el Señor me ayudará, por tanto no me avergoncé; por eso puse
mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado. Cercano
está de mí el que me salva
(Isaías 50:7-8).

Nosotros tenemos que aprender la obediencia, porque somos criaturas desobedientes y pecaminosas; Él puede comprender perfectamente nuestro aprendizaje. Cuando la gente, como consecuencia de nuestra obediencia, se ríe de nosotros o nos insulta, cuando quizás hay perjuicios para nuestros ingresos o nuestras perspectivas profesionales, en fin, en cualquier asunto terrenal, el Señor Jesús puede tener perfecta simpatía con nosotros. Movido por esta simpatía, acude en nuestro socorro (Hebreos 2:13) e intercede por nosotros, para que alcancemos misericordia y hallemos “gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16).

La obediencia a Dios implica tener que separarnos de personas o de cosas que son muy apreciadas a nuestro corazón. Sí, quizá son cosas buenas en sí, que Él mismo nos ha dado. Por eso, a veces, él nos quita a quienes más amamos. El Señor conoce todo esto por experiencia propia.

Quizá la obediencia a él también requiera que nos separemos de personas queridas, porque no podemos seguir en el camino con ellas; tal vez tengamos que dejar nuestro círculo de trabajo, o aun la obra espiritual que queríamos hacer para el Señor y que él mismo nos había confiado. Entonces podemos tener la certeza de que el Señor Jesús lo sabe todo. Respecto a él leemos que fue “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8). En Getsemaní luchó y suplicó: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa” (Lucas 22:42). Su alma santa se estremeció con espanto ante aquel camino que le prescribía la obediencia a Dios.

Consideremos qué clase de camino era aquel, en el cual el Santo “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24) y fue hecho pecado por nosotros (2 Corintios 5:21), por lo que Dios tuvo que abandonarlo y desatar sobre él el castigo que nosotros merecíamos (Mateo 27:46; Zacarías 13:7; Romanos 8:3). Sí, él anduvo en un camino de obediencia sin par, que ningún hijo de Dios tendrá jamás que andar. De todos modos no estaríamos en condiciones de hacerlo. Por eso, cualquiera sea el sacrificio que hagamos por obediencia a él, él es capaz de conocer lo que sienten nuestros corazones y de entender nuestra lucha. Así como Jesús anduvo hasta el fin en el camino de obediencia y pudo decir: “Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42), también sabe por experiencia propia lo que Dios significa para el corazón en tales circunstancias y cuál es la ayuda que Dios brinda. A continuación leemos: “Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle” (Lucas 22:43). Por eso viene en nuestra ayuda, a fin de que hallemos “gracia para el oportuno socorro”.

Las tentaciones del diablo

Cuando Satanás llega con sus tentaciones, cuánto dolor nos causa. Cuánto sufre el nuevo hombre en nosotros cuando el diablo despierta en nosotros pensamientos impuros, cuando nos induce a desobedecer, cuando vuelve a arremeter contra nosotros, no permitiéndonos ningún descanso, cuando en la lectura de la Palabra distrae nuestros pensamientos, cuando él, mientras estamos orando, o en los momentos más sublimes de las reuniones, despierta en nuestros corazones pensamientos malos.

El Señor Jesús fue tentado por Satanás más que nadie. Estuvo sometido a la prueba cuarenta días (Lucas 4:2). Satanás atacó con todo su poder y su astucia a aquel Hombre puro y santo.

Después de que el hombre cayese en el pecado, se convirtió en un juguete de Satanás, quien encontró en el corazón pecaminoso del hombre caído (que naturalmente tiene su complacencia en el pecado) un poderoso aliado. “Todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Génesis 6:5). En el caso de Adán, antes de caer en el pecado, no era así. Él fue creado limpio por Dios. Sin embargo, aunque Satanás no encontrara ningún punto de contacto en el corazón de Adán, bastó la primera tentación para que cayera. Así vino a ser esclavo de Satanás.

En Jesús apareció un hombre nuevo en la tierra, el cual no tenía un corazón pecaminoso, y “no conoció pecado”. Contra este hombre Satanás también dirigió sus ataques; pero en la escena de Lucas 4:2, la lucha se desarrolló de otra manera.

Adán fue atacado en el jardín de Edén, donde todo testificaba de la grandeza y bondad de Dios. El Señor Jesús, en cambio, se encontraba en el desierto –la gran señal de la maldición que abruma a esta tierra– donde no había ningún recurso. Allí Satanás se valió de todo su poder y astucia para intentar hacer también del **Santo** un pecador. La batalla se libró durante cuarenta días, hasta que Satanás hubo aplicado todas sus armas, sufriendo no obstante la derrota. Fue Satanás quien se marchó, no el Señor Jesús. ¿Quién conoce las pruebas que el Señor Jesús tuvo que pasar? ¿Quién conoce todas las astucias de Satanás, todo el arsenal del príncipe de las tinieblas? Solo se nos comunican las tres últimas. ¿Qué habrá significado para el Puro, el Santo, el que “no conoció pecado”, contrarrestar todas estas armas de las tinieblas? ¿Cómo habrá sufrido su alma santa! Ciertamente, él puede comprendernos, puede simpatizar con nosotros cuando Satanás ensaya contra nosotros sus astucias. ¿Habrá para nosotros alguna tentación que Satanás no haya utilizado contra el Señor Jesús?

Por eso puede ayudarnos. Él rogó a favor de Pedro para que su fe no faltase. “En cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18).

“ Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (Hebreos 4:15).

Su simpatía en las dificultades y en la aflicción

Cuando perdemos un ser querido, ¿quién comprende nuestro sufrimiento como él, quien lloró al lado de la tumba de un amigo? (Juan 11:35). Cuando la soledad nos abrumba, ¿quién hubo más solitario que él, quien se lamentó: “Velo, y soy como el pájaro solitario sobre el tejado”? (Salmo 102:7). Cuando los amigos nos abandonan, ¿quién nos puede entender mejor que él, de quien las Escrituras dicen: “Todos los discípulos, dejándole, huyeron”? (Marcos 14:50). Cuando somos incomprendidos, o cuando aquellos a quienes confiamos nuestras dificultades no nos demuestran simpatía, ¿quién puede entendernos mejor que él, quien se halló más solitario que nadie y debió exclamar:

Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo?



(Salmo 69:20).

Cuando dijo a sus discípulos que esa noche sería entregado para morir por ellos, y que uno de ellos le traicionaría, apenas le prestaron oído, y disputaban sobre “quién de ellos sería el mayor” (Lucas 22:19-24). Si precisamos luz para ser guiados o tomar una decisión difícil, ¿quién puede ayudarnos como él, de quien está escrito que oraba durante noches enteras cuando tenía cosas importantes que hacer o decidir? (Lucas 6:12).

Este es nuestro Sumo Sacerdote en el cielo, quien vive “siempre para interceder” por nosotros (Hebreos 7:25). A él ya no le oprimen las dificultades; la lucha se acabó para él. Por eso puede, con todo el conocimiento que adquirió por experiencia propia en las luchas y necesidades, dedicarse a ayudarnos.

Si a mi encuentro vienen las dificultades y hay opresión en el camino, entonces tengo una ayuda: Cristo. Él intercede por mí con todo el conocimiento de la consolación que suministra la gracia de Dios, porque la experimentó en iguales circunstancias a lo largo su vida en la tierra. Él sabe cómo consolar a las almas; él me da todo y ruega a Dios por mí, según su pleno entendimiento con respecto a mi necesidad. Preciso luz, necesito dirección en mi camino, Dios puede darlo todo. Recibo todo lo que es bueno para mi necesidad. Y esto, solo gracias al servicio de mi “mediador”, a saber, Cristo.

¿Su servicio existiría solamente si yo oro? Por supuesto que no. El Señor Jesús rogó a favor de Pedro antes de que este tuviera conocimiento de lo que iba a acontecer. El hecho de que el Señor Jesús abogue a favor de nosotros no depende de las peticiones que le dirijamos. Es la gracia en su

propio corazón hacia nosotros la que realiza todo. Sin embargo, a él le agrada que exponamos nuestras necesidades y así nos anima para que lleguemos “confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16).

Afectuosos saludos, su amigo.

El nuevo nacimiento

Queridos amigos:

En una de las cartas anteriores vimos que los cristianos han muerto con Cristo. La vieja naturaleza del hombre es tan mala que lo único que Dios puede hacer con ella es juzgarla. Esto, y también la respuesta divina a ello, es lo que el Señor Jesús presenta a Nicodemo en Juan 3. La porción en realidad empieza en el capítulo 2:23. Allí vemos al Señor en Jerusalén. Cuando en la fiesta de la pascua hizo señales, “muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía”. Luego se dice: “Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre”. Y cuando uno de estos hombres vino al Señor Jesús, este pronunció las palabras contundentes: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”.

El Hijo del Hombre que está en el cielo

En los versículos 11 y 13 del capítulo 3, el Señor muestra el maravilloso secreto de su persona: es el Hijo del Hombre que está en el cielo. Juan 1:1 nos dice que él es Dios mismo, el Eterno. Pero en el versículo 14 está escrito: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”. “Dios fue manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16). Dios y hombre en una persona, ¡qué misterio!

El Señor Jesús es el Dios Eterno. Se humilló a sí mismo y vino a ser hombre. Pero eso no significa que haya dejado de ser Dios, pues sería imposible. Él participó de sangre y carne (Hebreos 2:14); vino a ser verdadero hombre (Gálatas 4:4; 1 Timoteo 2:5); pero era al mismo tiempo el Dios eterno (Isaías 9:6). Aunque era niño acostado en el pesebre, era al mismo tiempo sustentador y heredero de todas las cosas (Hebreos 1:2-4). Cuando cansado del viaje, hambriento y sediento, pidió agua a la mujer samaritana, se reveló como el Todopoderoso, quien da el Espíritu Santo; y como el que todo lo sabe, le reveló la vida a esta mujer (Juan 4:7-18). Como verdadero hombre durmió en el barco, luego se levantó y reprendió al viento y a las olas. Pronunció su nombre y los soldados cayeron a tierra (Juan 18:6). Pero inmediatamente después, lo ataron, le escupieron y se mofaron de él.

Mientras estaba hablando con Nicodemo en la tierra, también se hallaba en el cielo. Podía decir: “Lo que sabemos hablamos” (Juan 3:11, 13). Él hablaba lo que sabía, pues tan solo Dios «sabe» de verdad. Jamás ningún hombre había estado en el cielo. Por lo tanto, nadie podía hablar de cosas celestiales. Pero él, el Hijo del Hombre, había bajado del cielo. Sí, todavía estaba en el cielo. Cuando hablaba de cosas celestiales, hablaba de lo que había visto y aun veía. Hablaba de lo que

sabía, pues era **su** cielo y **su** gloria. En él se unían Dios y hombre; Jesús era Dios y hombre en una persona. Por eso, cuando nació, los ángeles pudieron decir: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lucas 2:14). Él conocía a Dios y su gloria. Conocía también al hombre.

La naturaleza del hombre

En Juan 2:23-25 encontramos el juicio del Señor sobre el hombre. No tenía que vérselas con unos impíos que le rechazaban en abierta enemistad. Lo reconocían, pues a través de sus milagros quedaban convencidos de que él era el Mesías. Ellos creían en su nombre. En una lectura superficial uno podría suponer que estos eran de los hombres de los cuales el capítulo 1:12 dice: “Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Sin embargo, acerca de esta gente está escrito:

“ Pero Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre.

Estos hombres estaban convencidos, pero no **convertidos**. Creían en el nombre de Jesús, pero no lo **recibieron** (cap. 1:12). Habían visto sus señales, y por este medio su entendimiento y su sentir estaban **convencidos** de que él era el Mesías. En aquel entonces había muchos de estos hombres, y hoy en día hay millones. Estos no dudan de las verdades cristianas; su entendimiento y su sentir les permiten apreciar lo lógico y lo excelente que hay en ellas, por lo que han aceptado el cristianismo. El hombre natural está bien dispuesto a ello, porque así se coloca por encima de la verdad y de Dios. Le causa satisfacción haber juzgado lo que es justo; y lo que su entendimiento o su sentir aprueba, eso es lo que cree.

Pero, ¡cómo cambia todo cuando la conciencia se somete a la luz de Dios! Entonces uno ve su pérdida y culpabilidad. Ya no piensa en juzgar a Dios o lo que él ha revelado. No queda más que el juicio propio y suplicar a Dios para que él me acepte como un pecador arrepentido.

Que se requiera un nuevo nacimiento para los idólatras y para la gente que vive en pecados groseros, el hombre natural lo acepta de buen grado. Pero que **cada uno** deba nacer de nuevo, incluso quienes se hallen bien dispuestos hacia el Señor, que creen en su nombre, como el mismo Nicodemo, un fariseo jefe de los judíos, un maestro de Israel, que testificaba de Jesús al decir: “Has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”, que hasta tal hombre tuviera que nacer de nuevo (v. 7), esto, el hombre natural no lo puede concebir. Pero quien lo afirma es Aquel que dice lo que **sabe**, pues es el Dios eterno.

El hecho de que exija el nuevo nacimiento no solo de sus enemigos, sino también de los que le reconocen, deja patente la total perdición del hombre, la completa incapacidad del hombre natural para acercarse a Dios.

A menos que el hombre naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios

Aquí el Señor Jesús habla del reino tal como era revelado en aquella época. Pronto, cuando sea manifestado ese reino en gloria, toda la tierra lo verá. Pero ahora, en lo que llamaré el carácter cristiano del reino, tal como está representado en tantas parábolas, impera otra situación. Cuando el Señor Jesús vino a la tierra, el reino vino en **él**. Tan solo los que le reconocieron, los que le vieron tal como era en realidad, como Hijo de Dios, estos vieron el reino. Solamente aquellos habían nacido de nuevo.

¿Alguna vez nos ha llamado la atención el hecho de que los hermanos del Señor Jesús no creyesen en él? Sí, en Marcos 3:21 incluso está escrito: “Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí”.

Con todo, ¡conocían al Señor! Todos esos años en Nazaret, día a día, de hora en hora, habían visto Su vida perfecta y santa. ¿No les habrían contado María y José acerca del ángel que había anunciado su nacimiento, y de todo lo maravilloso que, por ejemplo, está descrito en Lucas 2? ¿Acaso no habían oído lo que su primo, Juan el Bautista, testificaba al respecto? ¿No veían sus milagros? Juan escribe: “Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre” (Juan 1:14). Y mientras el cielo se abría sobre él y una voz celestial le decía: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (Marcos 1:11), sus familiares decían que estaba fuera de sí y querían prenderle. Qué prueba a favor de la veracidad de las palabras del Señor Jesús:

“ De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Nacido de nuevo

Nacer de nuevo no significa lo que Nicodemo se imaginaba; tampoco es lo que a menudo narran las filosofías de los paganos y las fábulas, a saber, que un anciano volverá a nacer como niño, o será transformado en un joven. Un recién nacido tiene la misma naturaleza que sus padres, nada mejor. Set, hijo del Adán caído, era la imagen de su padre pecaminoso, había sido hecho a su semejanza (Génesis 5:3). Job dice:

¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie



(Job 14:4).

Y Romanos 5:19 declara que por la desobediencia de Adán, todos sus descendientes son pecadores. “Lo que es nacido de la carne, carne es” (Juan 3:6). Aunque Nicodemo hubiera nacido diez veces de la misma manera que la primera (de padres pecaminosos), nada habría cambiado en cuanto a su relación con Dios.

Un hombre tiene que **nacer de nuevo** (v. 3), de una manera completamente nueva, de una nueva fuente de vida. En el versículo 5 el Señor dice lo que es esta fuente de vida: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”. En las Escrituras el agua es la conocida figura de la Palabra de Dios aplicada al hombre por el Espíritu Santo. Efesios 5:26 lo dice expresamente, como también Juan 13:10 y 15:3. El agua tiene la propiedad de limpiar aquello en lo cual es aplicada. La Palabra de Dios aplicada por el Espíritu Santo purifica las tendencias, los pensamientos y los actos del hombre. Al mismo tiempo, el Espíritu obra en él, por la Palabra, una vida nueva, una vida muy distinta que no lleva el carácter de sus padres naturales, sino el carácter de Aquel que comunica esta vida. “Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:6). La Palabra afirma repetidas veces que el nuevo nacimiento es operado por la Palabra de Dios. Pablo escribe a los corintios: “En Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio” (1 Corintios 4:15). En Santiago 1:18 está escrito: “De su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad”. Pedro escribe: “Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad... siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios” (1 Pedro 1:22-23). En 1 Tesalonicenses 1:5 encontramos la Palabra y el Espíritu Santo mencionados juntos.

El Señor enseñaba acerca de la necesidad de nacer de nuevo para poder ver y entrar en el reino, pues él hablaba con Nicodemo, un jefe de los judíos. Pero, por la manera en que el Señor se expresaba podemos deducir un principio general, como en casi todos los escritos de Juan. Desde que el hombre cayó en el pecado, hasta el fin del mundo, es necesario el nuevo nacimiento para entrar en relación con Dios.

El Hijo del Hombre tuvo que ser levantado

A partir del versículo 12, el Señor empieza a hablar sobre cosas celestiales, adelantando otra necesidad a un primer plano. El Hijo del Hombre que está en el cielo conoce la gloria del cielo, la morada de Aquel que “es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1 Juan 1:5). Y si los hombres han

de entrar en la gloria, primero debe resolverse la cuestión del pecado. Entonces Dios, quien ha sido tan grandemente ofendido, tiene que ser satisfecho respecto al pecado. El hombre debe ser purificado de todo aquello que le hace inepto para entrar en la gloria de Dios. El hombre, mil veces más pecador que en el momento en que fue expulsado del paraíso terrenal por motivo de un solo pecado, ¿cómo podría entrar en el Paraíso celestial, en la misma morada de Dios?

Esto no podía ocurrir sin que Dios, siendo Dios y hombre a la vez, cumpliera una obra por la cual se hiciera todo lo necesario.

“ Es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna (Juan 3:14-15).

Eso es lo más elevado que Dios nos podía dar.

Oh, todavía hay muchas cosas relacionadas con ello. Nosotros podemos decir: “Abba, Padre”, porque el Espíritu Santo juntamente con la nueva vida en nosotros testifica que somos hijos de Dios (Romanos 8:15-16). Somos coherederos con Cristo, y pronto regiremos con Él el mundo entero y lo juzgaremos (Romanos 8:17; Efesios 1:10-11; 1 Corintios 6:2-3; etc.). 1 Juan 3:1 nos coloca con el Señor sobre un mismo nivel, como desconocidos del mundo. Y cuando sea manifestado, “seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (v. 2). 1 Juan 4:17 dice que nosotros, en lo que respecta al juicio, ya en esta tierra somos semejantes a él en el cielo. El versículo 19 declara: “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero”. Sí, tenemos la naturaleza divina, que es amor. Nosotros vencemos al mundo (cap. 5:4). Así las Escrituras enumeran todavía muchas cosas más.

Sin embargo, la comunión con el Padre y con el Hijo ciertamente es lo más alto de todo (1 Juan 1:3). Y eso para nosotros, quienes según las palabras del Señor Jesús en Juan 3, ni siquiera podíamos ver el reino terrenal o entrar en él, porque éramos pecadores perdidos, sin otra esperanza que la perdición eterna; los que éramos enemigos de Dios y aborrecibles a sus ojos, ahora **conocemos** al Padre y al Señor Jesús (1 Juan 5:20), pero no conocemos a Dios y al Señor Jesús como cualquier criatura a su Creador, sino tal como son en realidad. Tenemos comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Y esto no sucederá solo cuando estemos en el cielo, sino ya, desde ahora, mientras permanecemos en la tierra, sin que se nos pueda diferenciar exteriormente de la gente que nos rodea y que está bajo el poder de Satanás.

Si eso nos resulta claro y lo realizamos en la práctica, entonces nuestro gozo será perfecto.

Afectuosos saludos.

La comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo

Queridos amigos:

Hemos visto que todo el que cree en el Señor Jesús no solamente tiene el perdón de los pecados, sino que también ha recibido una vida completamente nueva. Ha nacido de Dios y por eso posee la vida divina, la naturaleza divina (Juan 1:13; 2 Pedro 1:4). Esta vida se llama, en realidad, la “vida eterna”. 1 Juan 5:20 dice del Señor Jesús: “Este es el verdadero Dios, y la vida eterna”. El Señor Jesús mismo es nuestra vida.

Este hecho conlleva inmensas consecuencias benditas para nosotros. Hemos sido hechos aceptos “en el Amado” (Efesios 1:6) y trasladados “al reino de su amado Hijo” (Colosenses 1:13). Así nos mantenemos de pie ante Dios de la misma manera que Aquel a quien Dios llama “el Amado”. Pero la primera epístola de Juan va más allá. Somos hechos a su semejanza. El mundo no nos conoce, **porque** no le ha conocido a él (cap. 3:1). En este mundo somos como él **es** (ahora en el cielo, cap. 4:17). Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es (cap. 3:2). Compárese también el capítulo 4:12-13 con Juan 1:18. Y 1 Juan 5:20 dice:

“ Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero.

En la creación, Dios dio a Adán el entendimiento. En esto reside la diferencia que hay entre el hombre y la bestia. Pero el entendimiento del hombre era terrenal, de ahí que solo podía entender cosas terrenales. Aunque los ángeles pertenecen a un orden de creación más elevado que el hombre, tampoco pueden conocer a Dios. Son siervos poderosos, siempre dispuestos a ejecutar la voluntad de Dios; pero ellos anhelan indagar en las cosas que nos han sido anunciadas (1 Pedro 1:12).

A sus enemigos de antes, que ahora han aceptado al Señor Jesús, Dios les ha dado a su Hijo como nueva vida y, en él y por él, al mismo tiempo les ha dado el entendimiento que les permite conocer a Dios. No solo podemos ver su gloria revelada, tal como pronto la verá el mundo, cuando el Señor Jesús venga del cielo en las nubes, y todo ojo lo vea. **Nosotros** le veremos tal como él es (1 Juan 3:2), no solamente como se manifiesta. Sí, ya podemos comprender sus pensamientos. Vemos su gloria interior y nuestros corazones se llenan con ella. Con Dios tenemos sentimientos y pensamientos en común. Él nos habla de lo que se ocupa y está lleno su corazón. Podemos entender sus palabras y compartir sus sentimientos. Tenemos, pues, comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo.

Lo que llena el corazón del Padre

¿Qué ocupa el corazón del Padre? Indiscutiblemente su Hijo Jesucristo y toda la gloria de su persona y de su obra. Cuando el Hijo estaba en la tierra, agradó al Padre que en él habitase toda la (divina) plenitud (Colosenses 1:19). Tanto al principio del ministerio público del Señor (Lucas 3:22) como cerca al final de su obra (Mateo 17:5), el Padre habló: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”. Después de eso vino la obra del Gólgota. ¡Cuánto debe haber significado esta obra para el Padre! “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar” (Juan 10:17). El Padre ama a Aquel que voluntariamente fue a la cruz, a Aquel que murió para glorificar el nombre de Dios y hacer su voluntad, a Aquel que para lograr esto llevó en su cuerpo nuestros pecados (1 Pedro 2:24) fue hecho pecado, tuvo que soportar el juicio de Dios y ser abandonado por él. El Padre ama al que se mostró perfecto en todo:

“Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios (Hebreos 9:14).

El Padre nos dice: “Este es mi Hijo amado”. Y nosotros contestamos: Este es nuestro amado Salvador. El Padre dice: Por amor hacia mí llevó todos los sufrimientos en el Gólgota y cumplió la obra (Éxodo 21:5; Juan 14:31). Nosotros contestamos: “Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros” (Efesios 5:2). Y yo personalmente digo: “El cual me amó, y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

La misma persona maravillosa que llena el corazón del Padre también llena mi corazón. El Padre nos enseña la gloria del Hijo, y nosotros decimos al Padre todo lo que hemos encontrado en el Hijo. Eso es comunión: sentimos que tenemos en común los mismos intereses, la misma persona que llena el corazón con agrado y gozo.

Sucede lo mismo con el Hijo. Él nos ha revelado al Padre. Le hemos oído decir: “Abba, Padre” (Marcos 14:36); y nosotros también decimos ahora: “¡Abba, Padre!” (Romanos 8:15).

Esto es lo más elevado: escuchar la voz de Dios, conocerlo y disfrutar no solo de sus bendiciones y de las cosas de Dios, sino de él mismo. ¡Además en esto podemos tener comunión con Dios Padre y con el Hijo! Más alto que eso no existe nada. Ser conscientes de esto y ponerlo en práctica hace que el corazón sea completamente feliz desde ahora en esta tierra. Por eso el apóstol dice: “Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido” (1 Juan 1:4).

Dios es luz y no hay tinieblas en él

Esta comunión con el Padre y con su Hijo solo puede realizarse evidentemente si estamos en armonía con la naturaleza de Dios. Dios es luz. Por lo tanto, hemos de estar en la luz para tener comunión. En otro tiempo éramos tinieblas, pero ahora somos luz en el Señor (Efesios 5:8). Andamos en la luz, y por lo tanto tenemos comunión unos con otros; la sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, es la base de esta nuestra posición y la prueba de su legitimidad.

En 1 Juan 1:7 no se trata de cómo andamos, sino de **dónde** andamos. Cuando hablamos de una marcha que esté en armonía con la luz, obviamente aludimos a nuestro andar práctico. Pero aquí debemos preguntarnos dónde andamos. Todo el que ha nacido de nuevo, que ha sido libertado del poder de las tinieblas y hecho idóneo para “participar de la herencia de los santos en luz” (Colosenses 1:12), anda en luz. La sangre que limpia de todo pecado es la prueba de que allí se halla mi legítima posición. Empleando una figura, doy el siguiente ejemplo: cuando trabajo con mis manos en un cubo lleno de agua jabonosa, ellas no pueden ensuciarse. La fuerza del agua jabonosa, que al principio limpió mis manos, hace imposible que mis manos se ensucien. ¿Cómo pueden ensuciarse mientras se encuentran en un líquido que tiene la propiedad de limpiar todo lo sucio? Así es también la fuerza de la sangre que reina en la luz, lo cual prueba que estoy en armonía con la luz.

Pero eso no cambia el hecho de que mi vieja naturaleza todavía existe. Si lo niego y digo que no pecco, entonces me engaño a mí mismo, y la verdad no está en mí. Y si digo que nunca he hecho nada malo, que nunca he pecado, entonces hago a Dios mentiroso, pues él dice: “Todos pecaron” (Romanos 3:23).

1 Juan 1:10 no dice: «Si decimos que no pecamos», sino: “Si decimos que no hemos pecado”; forma gramatical que indica algo ocurrido en el pasado. La Escritura jamás supone en el caso de un creyente, la necesidad de pecar. Tenemos una nueva naturaleza que no puede pecar, y una fuerza divina en nosotros, el Espíritu Santo, que nos capacita para andar en la nueva vida. Nuestro andar se halla en la luz, donde podemos ver con una claridad perfecta todo lo que no armoniza con la luz.

Desgraciadamente tenemos que decir:

“ Todos ofendemos muchas veces
(Santiago 3:2),

sin que por ello haya disculpa.

Espero tratar este punto en la siguiente carta.

Cordiales saludos.

Cristo es nuestro abogado

Queridos amigos:

Continúo mi carta anterior, pues ahora quiero hablar acerca de:

El pecado de un creyente

Cuando pecamos siendo creyentes, ¿qué sucede? ¿Cambia nuestra posición como hijos de Dios? ¿Somos alejados inmediatamente de la presencia de Dios?

En Hebreos 9 y 10 hallamos la respuesta. Cristo ha creado una liberación eterna. “Porque con **una sola ofrenda** hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:14). La relación entre Dios y nosotros, sus criaturas, ha sido arreglada de una vez para siempre: somos llevados a la relación de hijos con el Padre. Este vínculo ya no se modifica por ningún motivo.

Pero, ¿acaso Dios hace caso omiso de los pecados de sus hijos? Nuestro Padre es luz, el Dios en quien no hay tinieblas. Él es demasiado santo para soportar la visión del pecado, y debe ser santificado en aquellos que se acercan a él. Puede soportar los pecados de los incrédulos, del mundo que le es hostil, pero nunca los pecados de sus hijos. ¿Cómo podría él, el Santo, tener comunión con el pecado o con alguien que estuviera manchado por el pecado? Por eso, cada pensamiento pecaminoso, cada palabra impura, corrompida o deshonesto, cada acto independiente –y por ende pecaminoso– interrumpe inmediatamente la comunión con el Padre y con su Hijo. Y esta comunión no se restablece hasta que el pecado sea quitado según el pensamiento de Dios. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Solo podemos ser limpiados al confesar nuestros pecados y al juzgarnos a nosotros mismos.

Juzgarse a sí mismo es el único medio para restablecer la comunión

Este es un principio que encontramos en todas las Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Consideremos unos ejemplos típicos del Antiguo Testamento. En Levítico 4 y 5, y en parte también en los capítulos 6 y 7, encontramos las prescripciones para un israelita que hubiera pecado. En este caso no se trata de un pecador que llega a la conversión, aunque un evangelista bien podría servirse de estos textos para exponer los principios del Evangelio. Estos capítulos contemplan a Israel como un pueblo que, por medio del sacrificio en el gran día de la expiación (Levítico 16), es llevado a Dios y entre el cual Dios mora en virtud del holocausto diario (Éxodo 29:38-46). Pero ahora que el pueblo de Dios ha sido llevado a su cercanía y puede

descansar en el conocimiento de haber sido hecho “aceptos en el Amado” (Efesios 1:6; Levítico 1:9, 13, 17; 7:18), ahora que ha recibido un objeto para su corazón durante el viaje por el desierto (ofrenda vegetal, Levítico 2) y que puede tener comunión con Dios, participando y disfrutando del mismo objeto (el sacrificio de paz, Levítico 3; 7:11-34), entonces tiene que tratarse la cuestión de la contaminación diaria.

Levítico 5:1-4 cita primero los tres grandes grupos de contaminación que existen en la vida diaria. Versículo 1: cuando uno deja de testificar, sea **contra** el mal o **a favor** del bien. El dejar de hacer algo también puede ser pecado. Los versículos 2 y 3 hablan de contaminaciones que acontecen por influencias exteriores porque no nos hemos separado completamente de las cosas de este mundo. El versículo 4 habla de las consecuencias de la insensatez y de la carencia de dominio propio, esto es, de las contaminaciones que proceden de nuestro propio corazón. Versículo 15: cuando uno atenta contra cosas que Dios ha reservado para sí mismo. En Levítico 6:1-7, se trata del robo o la retención de un objeto perdido que encuentro y que no me pertenece.

¿Cómo podía purificarse un israelita cuando había transgredido? El único camino se enuncia en el capítulo 5:5-6: “Cuando pecare en alguna de estas cosas, **confesaré** aquello en que pecó, y para su expiación traeré a Jehová por su pecado que cometió... ofrenda de expiación”. A eso todavía podían añadirse más cosas (por ejemplo, debía agregarse a lo restituido la quinta parte, cuando se había quitado algo a Dios o a un hermano, capítulo 5:16; 6:4-5); pero lo primero, la condición básica, era confesar el pecado y traer una ofrenda por la culpa.

El juicio de uno mismo –la declaración de los propios pecados, es decir, la confesión de sus propias faltas– es el requisito indispensable para todo perdón y restauración (véase 1 Corintios 11:31; 1 Juan 1:9). Para que lleguemos a un verdadero juicio de nosotros mismos, juzgando no solamente la falta sino también nuestra condición, como lo hizo David en el Salmo 51:5-7, Dios dirige nuestros ojos hacia la cruz a fin de que entendamos lo que significa el pecado. No como si fuera necesario volver a aplicarnos la sangre de Cristo –eso ya se hizo una vez para siempre–, sino para que reconozcamos cuán horribles son los pecados (incluso el que acabo de cometer) al ver lo que el Señor tuvo que sufrir en la cruz por nuestros pecados (ofrenda por la culpa). En Levítico 1-7 no encontramos la cruz misma, sino una figura. La cruz propiamente dicha, como base que nos permite estar en la cercanía de Dios, la encontramos en Levítico 16 y Éxodo 29.

Sí, solamente al echar la mirada sobre lo que el Señor Jesús tuvo que sufrir por nuestros pecados en el Gólgota, aprendemos a comprender cuán aborrecibles son los pecados. Allí él tuvo que ser abandonado por Dios, soportar el juicio de Dios y morir, porque “llevó él mismo nuestros pe-

cados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24). Entonces llegamos al verdadero juicio de nosotros mismos, a un real arrepentimiento por lo que hemos hecho. Nunca intentemos pasar con ligereza por encima del pecado, y tampoco olvidemos que la confesión de la culpa es el **único** camino para la restauración y la comunión con Dios; **primero la confesión ante Dios**, pero también ante los hombres si estos han sido perjudicados.

Pecados inconscientes

Ahora se presenta una gran dificultad; a menudo cometemos pecados de los cuales ni siquiera llegamos a ser conscientes de haberlos cometido, a veces incluso cuando creemos haber hecho algo bien. Sin embargo la ignorancia no nos exime de culpabilidad. “Si una persona pecare, o hiciere alguna de todas aquellas cosas que por mandamiento de Jehová no se han de hacer, aun sin hacerlo a sabiendas, es culpable, y llevará su pecado” (Levítico 5:17).

Por eso David ruega en el Salmo 19:

Límpieme de los pecados encubiertos (V. M.).



Para poder confesarlos, alguien debe llamar nuestra atención sobre estos pecados. Por eso en Levítico 4:23, 28 (V. M.) se dice: “Si se le hiciere conocer el pecado que ha cometido...”.

¿Pero quién se lo mostrará si se trata de pensamientos, palabras o hechos ignorados por los demás? ¿Quién nos convencerá cuando creemos que tenemos razón? El amor de Dios también ha previsto esta situación. “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1). Ante todo, debemos leer bien este versículo y meditarlo.

Cristo nuestro abogado

La palabra griega “*parakletos*”, que aquí se traduce por “abogado”, aparece solamente en Juan 14, 16, y en esta cita. Allí es traducido por “Consolador” y se aplica al Espíritu Santo.

El Señor Jesús cumple este servicio de abogado **a favor nuestro** en el cielo, no ante Dios –pues, en lo que se refiere a Dios, nuestra causa ha sido completamente resuelta en la cruz– sino ante el Padre.

En una de las cartas anteriores vimos que el Señor Jesús es nuestro Sumo Sacerdote, quien intercede por nosotros ante Dios en relación a nuestras debilidades y circunstancias en esta tierra. Aquí vemos lo que el Señor Jesús es en relación a nuestros pecados diarios. Cuando pecamos, él es nuestro intercesor, nuestro abogado ante el Padre. No lo es solo cuando estamos tristes y confesamos nuestros pecados. En el mismo momento en que pecamos, él es nuestro abogado en el cielo, quien me defiende y defiende mis intereses ante el Padre.

¿Quién es este abogado? Es Jesucristo el Justo. Él responde perfectamente a la justicia del Padre, y al mismo tiempo es mi justicia (1 Corintios 1:30). Pero no solo eso. Él cumplió una obra tan perfecta que no solamente es la víctima propiciatoria por nuestros pecados, sino también por todo el mundo. En lo relacionado con su persona y su obra, es absolutamente agradable a los ojos del Padre, y también lo es cuando obra como abogado mío cada vez que peco.

Con todo, ya hemos visto que hay perdón **solamente** después de la confesión. Por eso, la segunda parte del servicio de abogado del Señor Jesús estriba en que él se ocupa de **nosotros** y nos lleva a reconocer nuestra culpa.

El lavamiento de los pies

La noche en que el Señor “fue entregado”, presentó este servicio por medio de un acto simbólico. Su deseo era instituir la Cena, el símbolo de la comunión del Salvador muerto con todos los miembros del cuerpo de Cristo (Mateo 26:26-29; 1 Corintios 10:16-17). Pero, ¿cómo podía haber comunión entre los discípulos manchados prácticamente y el Señor que moría precisamente para aniquilar el pecado? Es evidente que solo podía significar condenación o juicio sobre los seres contaminados (1 Corintios 11:26-32). Por eso el Señor, plenamente consciente de lo que él era, tomó la posición de esclavo y lavó los pies de sus discípulos, mostrando su amor extremo, un amor sin fin. Dios se valió de la incomprensión de Pedro (no discernía que todo lo que el Señor hace es bueno, y que nosotros, aun cuando no entendamos el porqué, debemos someternos) para aclararnos el significado del lavamiento de los pies. Los discípulos estaban limpios, porque habían sido lavados enteramente (en el nuevo nacimiento). Pero, para tener **parte** con el Señor, esto es, para vivir en comunión práctica con él, también tenían que ser limpiados de las mancillas del andar diario.

Pedro niega al Señor

También a través del caso de Pedro, los evangelios nos describen de qué modo el Señor desempeña el servicio del lavamiento de los pies. En la escena de Mateo 26:30-35 se nota que Pedro había perdido la comunión práctica con el Señor. El mismo no lo sabía, y nadie le había llamado la atención al respecto. Pero cuando el Señor dijo que todos se escandalizarían de él, Pedro manifestó la buena opinión que tenía de sí mismo; estaba convencido de que **su** amor y **su** fidelidad superaban a la de los demás. “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré”. Si Pedro hubiese estado en verdadera comunión con el Señor, no hubiera podido decir eso, porque en este estado la carne y el orgullo no tienen ninguna oportunidad para obrar. El Señor utilizó estas palabras de Pedro para advertirle, pero también para mostrarle que Él sabe todo, a fin de que Pedro se acordara de ello después de negarle. Así Pedro podría ser restaurado al pensar que el Señor conocía todo, y que a pesar de ello no le había rechazado. Entonces podría tener la confianza de que ahora tampoco lo rechazaría. ¡Cuánta gracia y bondad! ¡Qué solicitud! Antes de que Pedro pecara, el Señor rogó por él; pero no para evitar que Satanás lo tentara. A Pedro le era necesaria esta caída a fin de que aprendiera a conocerse a sí mismo. Las suaves y amistosas palabras del Señor no habían logrado dicho propósito, e incluso este inequívoco aviso procedente de la boca del Señor tampoco surtió ningún efecto (v. 34). Por eso el Señor no rogó que la tentación se alejara de Pedro, sino que su fe no le faltara. Además, para guardarlo de un desaliento exagerado después de la caída, el Señor le dio un encargo para el tiempo posterior a su restauración (Lucas 22:31-32).

Pero Pedro estaba tan ocupado en sí mismo que nada podía alcanzar su conciencia. Las palabras que el Señor Jesús le dirigió personalmente:

“¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?

“ (Mateo 26:40),

sin duda le dolieron; sin embargo no lo llevaron al conocimiento de sí mismo; tampoco sucedió cuando él huyó y dejó al Señor solo en poder de los enemigos. Sí, incluso cuando renegó del Señor, cuando empezó a maldecir y a jurar: “No conozco al hombre” (el mismo Pedro que había dicho: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”), aun en aquel momento Pedro no llegó a la restauración (v. 74). ¡Cuán corrompido está el corazón humano!

Pero, ¡oh amor maravilloso! mientras los soldados le golpeaban dándole bofetadas y escupiéndole la cara (v. 67), el Señor se volvió y miró a Pedro (Lucas 22:61). En ese momento aquella mirada, ligada a las palabras del Señor Jesús, recordadas nuevamente por el canto del gallo, le abrieron los ojos. “Y saliendo fuera, lloró amargamente”.

La restauración

Pero el servicio del Señor tampoco terminó ahí. A raíz de su resurrección, el Señor envió un mensaje en el cual mencionó expresamente a Pedro (Marcos 16:7), y tras esto tuvo un encuentro especial con él (Lucas 24:34). ¿De qué hablaron?, las Escrituras no nos lo dicen. El Señor tiene palabras especiales para cada uno de los suyos, dirigidas exclusivamente a uno mismo. Después de eso tenemos el encuentro narrado en Juan 21, tan doloroso pero también tan bendito para Pedro.

Nosotros hubiésemos considerado que aquella humillación pública de Pedro ya no hacía falta. Quizá nosotros la encontremos un tanto falta de caridad. Pedro ya había vuelto en sí, ya **había** llorado amargamente.

Pero Aquel que, además de tener un perfecto conocimiento del corazón humano, tiene un singular amor hacia los suyos y en su sabiduría lo demuestra, sabía lo que mejor le convenía a Pedro.

Cuando Pedro se juzgó a sí mismo, cuando llegó a condenar no solamente el hecho perpetrado por él, sino también a sí mismo, cuando reconoció que hacía falta la omnisciencia de Dios para descubrir en él el amor hacia el Señor... entonces el Señor pudo restaurarlo plenamente y encomendarle la misión de guardar y pastorear sus ovejas y sus corderos.

Este es el servicio del Señor como abogado en la presencia del Padre. Y **nosotros**, ¿dónde estaríamos si no lo tuviésemos **a Él** como abogado? Cada pensamiento pecaminoso, cada palabra ociosa, cada acto independiente interrumpe la comunión, y esta solo se restablece por medio de la confesión del mal y el juicio de sí mismo.

Mi Abogado o intercesor ruega por mí antes de que yo peque, para que mi fe no falte. Me habla a través de su Palabra, para que yo llegue al juicio de mí mismo antes de perpetrar un acto pecaminoso. Me echa una mirada en el momento oportuno y se vale de los hermanos, de libros, de circunstancias, y si es preciso, aun de un gallo, para recordarme sus palabras. Él me guía hacia el juicio propio y la confesión, para que la comunión con el Padre y con el Hijo sea enteramente res-

tablecida. Es mi abogado, mi intercesor en presencia del Padre. No descansa hasta que yo vuelva por el buen camino y sea enteramente restaurado. Incluso ahora, en la gloria, me sirve y me lava los pies a fin de que yo pueda tener parte con él y para que en la tierra ya mi gozo sea cumplido.

Con afectuosos saludos, su amigo.

La santificación

Queridos amigos:

Primero debemos buscar en la Palabra de Dios lo que significa la santificación. En el lenguaje corriente se suele entender por “santo” un hombre sin pecado y sin debilidades, o por lo menos sin pecados o debilidades que se hayan hecho públicos. Por eso algunos creyentes, desencaminados por la así llamada doctrina de la santificación, afirman que han progresado en la santificación porque no han caído en pecados visibles.

Respecto a esto Pablo dice en 1 Corintios 4:4: “Aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado”. Y en el Salmo 19:12 David pide que sea purificado de pecados **ocultos** (véase 1 Juan 3:20; Levítico 5). Cuando el Señor venga, él “aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Corintios 4:5). Si ya no vemos cosas malas en nosotros, eso no significa que no quede el mal. Pero, ¿quién no ve muchas cosas malas en sí mismo cuando, a la luz de Dios, compara su vida con la medida de la Palabra de Dios?

Además, la Palabra de Dios nos muestra que la pureza y la santidad no es lo mismo. En Éxodo 28:38 se habla de las faltas cometidas en las cosas santas y en 1 Crónicas 23:28 se habla de la purificación de las cosas santificadas. En Efesios 1:4 y Colosenses 1:22 se dice: “Para que fuésemos santos y sin mancha”.

¿Qué es la santificación?

Se puede notar una clara diferencia entre pureza y santidad. Si seguimos las numerosas citas de las Escrituras en las que se habla de “santo” y de “santificación”, resulta claro que la santificación significa separación; y aplicada a nosotros mismos significa la separación de todo aquello con lo que estábamos ligados hasta entonces, con el fin de entregarnos a Dios. Pero ella también supone que llevemos las señales de esta relación con Dios y de esta entrega. Lean por ejemplo Números 6:1-11. La medida de la santidad no se encuentra dentro de nosotros. “No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de ti” (1 Samuel 2:2). “Pues solo tú eres santo” (Apocalipsis 15:4).

Sed santos, porque yo soy santo



(1 Pedro 1:16).

Solo el Señor es la medida de la santidad. Quien se mide consigo mismo, yerra, como dice la Escritura: “Pero ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos” (2 Corintios 10:12). Por lo tanto resulta claro que solo Dios tiene capacidad para juzgar hasta qué punto correspondemos a la medida divina.

En Juan 17:17 el Señor Jesús ruega al Padre: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”. La verdad es lo que Dios ha revelado de sí mismo; de ahí se desprende cuál es, o debe ser, nuestra relación con él. Por eso el Señor Jesús dice de sí mismo que él es la verdad (Juan 14:6). Él nos reveló a Dios (Juan 1:18). Asimismo la Palabra, en la que Dios se ha revelado, es la verdad. Por medio de la verdad –es decir, por medio de lo que Dios ha revelado de Sí mismo y de sus derechos sobre nosotros– quedamos separados de todo aquello con lo que habíamos estado vinculados hasta entonces, para en lo sucesivo pertenecer a Dios.

En el Antiguo Testamento todavía no encontramos la completa revelación de Dios. Allí él se revela como Jehová, quien tenía un templo terrenal en medio de su pueblo, en el cual quería morar. Por eso, en el Antiguo Testamento la santidad está relacionada con ese templo. El monte, el arca del pacto, la ciudad de Jerusalén y el templo, los sacerdotes, los levitas, todo el pueblo, los utensilios del culto, las ofrendas, etc., todo se santificaba. Todo estaba en relación con Jehová como quien moraba entre su pueblo.

La santidad conviene a tu casa



(Salmo 93:5).

“En los que a mí se acercan me santificaré” (Levítico 10:3).

Pero ahora Dios se ha revelado plenamente en el Señor Jesús, quien es Dios manifestado en carne. Aunque el Señor Jesús fue verdadero hombre, su servicio estuvo marcado por esta señal, a saber, que solo él revelaba a Dios. Pero cuando le hubo revelado plenamente en la cruz, llevando a cabo una eterna redención, se levantó de entre los muertos y ocupó su sitio a la diestra de Dios. Y esto lo hizo siendo hombre (Juan 17:4-5).

Siendo Dios, poseía la gloria eterna desde antes de que el mundo existiera; sin embargo, habiendo cumplido la obra en la cruz del Gólgota y habiendo glorificado perfectamente a Dios, también pudo reclamar esta gloria como hombre. Ahora está sentado como hombre glorificado a la diestra de Dios en el cielo. ¡Un hombre en el cielo!

El propósito eterno de Dios es que nosotros seamos hechos conformes a la semejanza de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos (Romanos 8:29). En Juan 17:19 el Señor Jesús dice: “Por ellos yo me santifico a mí mismo”. Él se pone a parte en el cielo para estar enteramente consagrado a Dios, y hace eso “para que también ellos sean santificados en la verdad”. Aquí tenemos la medida de nuestra santificación y, al mismo tiempo, el medio para ser santificados: Cristo en la gloria.

La santificación por el Espíritu

Si leemos el Nuevo Testamento, vemos que de nuestra santificación se habla de dos maneras. Por una parte, se dice que somos santificados (1 Corintios 6:11; 2 Tesalonicenses 2:13; 1 Pedro 1:2, etc.). Por eso en varios pasajes se nos llama “santos” (ver, por ejemplo, el comienzo de las epístolas). Esta santificación se efectuó por medio del nuevo nacimiento. El Espíritu Santo nos separó del mundo, al que pertenecíamos, dándonos una vida nueva: la naturaleza divina (Juan 3; 2 Pedro 1:4; Efesios 4:24). Por otra parte, se dice que debemos santificarnos de modo práctico (Hebreos 12:14; Efesios 5:25-27, etc.).

Estos dos aspectos se unen en Apocalipsis 22:11: “El que es santo, santifíquese todavía”.

Dicho principio lo encontramos aplicado en varias porciones de las Escrituras. Como hemos visto en Romanos 8:29, Dios nos ha predestinado “para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo”. En Efesios 1:4-5 el mismo pensamiento está expresado en otras palabras. 1 Corintios 15:49 dice: “Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial” (el Señor Jesús). 1 Juan 3:2 indica cuándo se verificará esto: “Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”.

En cambio, en otros pasajes de la Escritura, ya somos identificados con Cristo (igualados). En 1 Juan 3:1 leemos que el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él, y el capítulo 4 versículo 17, dice que ya en este mundo somos como él es en la gloria. Su explicación es que todo se basa en la obra del Señor Jesús. Gracias a nuestra posición ya poseemos todo (1 Corintios 1:30). Por medio del nuevo nacimiento somos separados del mundo y poseemos la vida eterna. Hemos sido hechos perfectos por **un solo** sacrificio y a través de él somos justificados ante Dios. Somos hijos y herederos de Dios y en Cristo estamos en los lugares celestiales (Efesios 2:6). En lo referente a nuestra alma, lo poseemos todo pero nuestro cuerpo todavía no participa en todo; la vieja naturaleza aún permanece. Por eso nuestra condición práctica todavía no corresponde a la posición a la que hemos sido llevados en virtud de la obra del Señor Jesús.

La santificación práctica

Todas las exhortaciones nos llaman a manifestar desde ahora lo que un día seremos; esta es la meta de todo ministerio (Efesios 4:11-16; Colosenses 1:28). ¿Y cómo hemos de ser? Debemos asemejarnos a Aquel hombre glorificado en el cielo. Por lo tanto, Él también es la medida para nuestra marcha práctica. Por eso se dice:

“ Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro
(1 Juan 3:3, léase también 1 Tesalonicenses 3:12-13).

¿Cómo podemos ser más semejantes a él en la práctica? ¿Acaso luchando por ello? ¿O tratando de cambiar nuestra vida y vivir una vida más santa? En Romanos 7 hallamos a alguien que hace eso, pero al final tiene que exclamar: “¡Miserable de mí! ¿quién me librerá de este cuerpo de muerte?” (v. 24).

La Palabra de Dios nos indica un camino mejor: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18). Mirando al Señor Jesús, tal como se halla ahora glorificado en el cielo, leyendo y meditando todo lo que está escrito sobre él en la Palabra de Dios, nuestra vida cambiará. Entonces seremos moralmente transformados según su imagen. Aquello que ocupa nuestros corazones imprimirá su sello en nuestra vida. Así ocurre también con la santificación. Lo que un día seremos, a saber, semejantes al Señor Jesús glorificado, es la medida de nuestra santificación aquí en la tierra. La mirada fija en Jesús obra esta santificación. La santidad es, en su naturaleza y carácter, lo que emana de nosotros cuando Cristo se manifiesta en nuestro ser. Por eso el Señor Jesús dice: “Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad” (Juan 17:19). Ahora ya él está sentado como hombre glorificado en el trono de Dios: “Santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos” (Hebreos 7:26), para que mirándolo seamos santificados. La verdad, la Palabra de Dios nos lo describe. Ella nos lo presenta en la gloria de su persona y nuestro corazón se llena de sus perfecciones y de todo lo que se relaciona con él. Entonces ya no hay lugar en él para el mundo y sus cosas. Así nuestra vida se hace más parecida a la suya y se separa cada vez más de aquello que pertenece a esta tierra, para estar exclusivamente dedicada a Dios. Esta es la santificación.

En este camino podemos contar con la fidelidad de Dios. “Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén” (Judas 24-25; ver también Mateo 19:26).

Con un afectuoso saludo, su amigo.

El valor de la lectura de la Biblia

Queridos amigos:

Quisiera preguntarles si de veras leen la Biblia con regularidad. No hablo de la lectura que se suele hacer antes de las comidas, estando reunida toda la familia, sino de la lectura en tranquilidad, cuando se hallan solos. Es muy importante que lo hagan. Si un creyente deja de hacerlo, no permanece en la comunión íntima con el Señor y no puede ser verdaderamente feliz.

Es imposible medir el verdadero valor de la Biblia, pues es **la Palabra de Dios**. Solo por ella aprendemos a conocer a Dios y discernir su voluntad. Él se reveló en el Antiguo Testamento a través de las palabras que pronunció y mandó escribir. En él declaró quién era, lo que hizo, lo que haría y cómo el hombre debía servirle. En el Nuevo Testamento Dios se revela por medio de su Hijo venido a la tierra (Juan 1:18); nos da a conocer su nacimiento, su vida, su muerte, sus palabras y sus hechos. Todo esto lo conocemos exclusivamente por la Palabra.

Ahora el Espíritu Santo está en la tierra y mora en cada creyente. Él nos revela todo por la Palabra. Por lo tanto, es anormal que un creyente no ame la Biblia. Su crecimiento en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo está estrechamente ligado a su amor por la Palabra y al uso que de ella hace.

El nuevo nacimiento

Si, por ejemplo, leemos el Salmo 119, vemos cómo cada fase en la vida espiritual del salmista está vinculada a la Palabra de Dios. En primer lugar notamos que la nueva vida, el nuevo nacimiento, se produce por la Palabra de Dios (v. 93): “Nunca jamás me olvidaré de tus mandamientos, porque con ellos me has vivificado”. Ver también los versículos 25, 37, 40, 50, 88, 107, 116, 144, 149, 154, 156, 159, 175. Esto también se dice expresamente en otros pasajes: “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Santiago 1:18). “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23). En Juan 3 el Señor Jesús también lo dice: “El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”. De Efesios 5:26 y de otras citas sacamos como conclusión que en las Escrituras, el agua es figura de la Palabra aplicada al hombre por el Espíritu Santo.

La Palabra de Dios dirige la conciencia del hombre pecador hacia la luz de Dios. Por ella el hombre ve quién es y se juzga a sí mismo, confesando sus pecados ante Dios. Esto es arrepentimiento. El corazón del hombre es limpiado a través de este juicio de sí mismo, y el Espíritu Santo produ-

ce en él, por medio de la Palabra, una vida nueva y divina. De ahí que, cuando llevamos el Evangelio a los incrédulos, tenemos que conocer la Palabra de Dios. Nuestras propias palabras nunca llevarán a una persona a la conversión; solo la Palabra de Dios puede hacerlo:

“ Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios
(Romanos 10:17).

El alimento para la nueva vida

La Palabra de Dios también es el alimento para la nueva vida.

“ ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca
(Salmo 119:103).

“Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal” (Salmo 19:10). El Señor Jesús dice: “No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Ver también Hebreos 5:12-14; 1 Pedro 1:25; 2:2.

La nueva vida, que ha sido producida por medio de la Palabra, necesita un alimento acorde con ella. Es el Señor Jesús:

1. Como el Redentor que ha muerto (Juan 6:56).
2. Como Aquel que en esta tierra anduvo cual santo y verdadero hombre (Juan 6:33-35).
3. Como el Señor glorificado en el cielo, el trigo de la tierra (Josué 5:11).

Solamente en la Palabra encontraremos al Señor Jesús. En el Antiguo Testamento lo vemos por medio de figuras y también en varias profecías. En el Nuevo Testamento nos es revelado perfectamente: en su vida en esta tierra (en los evangelios, los Hechos de los apóstoles y las epístolas) y como Señor glorificado (en los Hechos de los apóstoles, en las epístolas y en Apocalipsis).

No es de extrañar que la vida espiritual de muchos cristianos sea débil y enfermiza, que solamente puedan ingerir leche en vez de alimentos sólidos (Hebreos 5:12-14), debido a que durante la semana no escudriñan la Escritura individualmente, no se congregan y tampoco asisten a los estudios de la Palabra.

Solo podemos crecer y mantener una vida espiritual sana si con regularidad la alimentamos.

La Palabra de Dios es nuestra guía

¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra.



(Salmo 119:9).

“En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti”. “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino” (Salmo 119:11, 105).

Dios dijo a Josué: “Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas. Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien” (Josué 1:7-8).

En Hechos 20:32, en vista de los grandes peligros, Pablo encomienda a los ancianos de Efeso a “Dios, y a la palabra de su gracia”. A Timoteo escribe acerca de las “Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación” (2 Timoteo 3:15).

¿Cómo podemos saber lo que es el pecado si no conocemos la Palabra de Dios? La ignorancia no nos libra de la culpabilidad (Levítico 5:17). ¿Cómo podríamos saber lo que hemos de hacer y lo que es conforme al pensamiento de Dios, si no escudriñamos su Palabra, en la cual él nos comunica todo? ¿Cómo podríamos saber qué decisión tomar en determinados casos y en qué camino andar si no conocemos la Palabra?

“La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples”. “Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos, porque siempre están conmigo. Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus testimonios son mi meditación. Más que los viejos he entendido, porque he guardado tus mandamientos” (Salmo 119:130, 98-100).

La Palabra es nuestra arma

La espada del Espíritu, que es la palabra de Dios



(Efesios 6:17).

“Y daré por respuesta a mi avergonzador, que en tu palabra he confiado” (Salmo 119:42). ¡Cómo utilizó el Señor esta espada! A cada arremetida de Satanás, Jesús respondió con un “Escrito está” (Mateo 4:4, 7, 10), y consecuentemente Satanás tuvo que huir, pues frente a la Palabra de Dios no tenía ningún poder.

Pero el Señor también se valía de la Palabra para confrontar a los hombres: “¿No está escrito?” (Juan 10:34). “¿Qué, pues, es lo que está escrito?” (Lucas 20:17). “La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:12-13).

Es la única arma que tenemos a nuestra disposición, tanto para la defensa contra Satanás y el mundo como para atacar. Nunca debemos olvidar que ella es la Palabra del Dios vivo, y que por eso posee fuerza. Cuando la empleamos todo aquel contra quien la utilizamos experimenta su fuerza divina. Aun cuando la persona a quien hablamos no lo reconozca, y exteriormente permanezca en la indiferencia u hostilidad, no obstante su conciencia la convence de la veracidad de lo que se ha dicho. Una vez, cuando todavía era muy joven, yo mismo lo experimenté con toda claridad. Mientras repartía tratados en un tren, un hombre empezó a discutir conmigo sobre el cristianismo. Eché mano de mi Biblia y leí un texto que refutaba sus afirmaciones. Cuando hu- be hecho eso dos o tres veces, él exclamó: «Caballero, no quiero debatir con la Biblia, sino con usted». Le contesté que no sabía otra cosa que lo que estaba escrito en la Biblia. El hombre hizo uno o dos intentos más, pero luego, airado, se dio la vuelta y empezó a leer. Nadie puede resistir a la Palabra de Dios.

Aproximadamente en la misma época experimenté otro caso parecido. Sin embargo, esta vez no tomé mi Biblia, sino que me puse a discutir con mi interlocutor. No tardé mucho en comprobar que me había derrotado.

Hace algunos años me encontraba viajando en la plataforma de un tren atestado de gente; un hombre se quejaba de los malos tiempos, afirmando que nunca mejorarían. Me metí en la conversación y dije que tenía la certeza de que sí que vendrían tiempos mejores y que yo mismo los disfrutaría. Acto seguido le leí unas porciones de la Palabra. Él se rio de mí y profirió palabras burlonas, a raíz de lo cual le leí ciertos pasajes acerca del estado del hombre y de la salvación en Cristo. El viajero se dio la vuelta y empezó a hablar con otro individuo.

Un cuarto de hora más tarde me rogó que le acompañase un momento. En un rincón, y con lágrimas en los ojos, me rogó que por favor le diese una Biblia, pues también quería tener aquello de lo cual yo acababa de leer.

La Palabra como medio de purificación

La Palabra de Dios también es el único medio por el cual podemos ser limpiados y santificados. “Así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:25-27). “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17:17). Solo aplicando constantemente la Palabra de Dios a nuestra marcha y a nuestros caminos permaneceremos limpios y separados de todo mal. Por medio de esta palabra, Cristo, nuestro abogado ante el Padre, lava nuestros pies. (1 Juan 2:1; Juan 13). Pero nosotros tenemos la responsabilidad de dejar que nos los lave.

“En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmo 119:11). “Tu siervo es además amonestado con ellos; en guardarlos hay grande galardón. ¿Quién podrá entender sus propios errores?” (cap. 19:11-12).

Lo bueno y lo malo en la práctica y la doctrina

La Palabra de Dios es la única que nos muestra lo bueno y lo malo en la práctica y la doctrina. “He guardado tus mandamientos y tus testimonios, porque todos mis caminos están delante de ti” (Salmo 119:168). “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias” (Apocalipsis 2-3). En la asamblea, tanto en lo que concierne a la doctrina como a la práctica, debemos probar todo a la luz de lo que el Espíritu dice a las iglesias, es decir, con la Palabra de Dios. “Los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen” (1 Corintios 14:29).

Pero también debemos verificar nuestra propia marcha y nuestras opiniones con la Palabra de Dios. Nuestros propios pensamientos no tienen ningún valor. Solo lo que la Palabra de Dios dice es determinante (véase, por ejemplo, Levítico 5:14-19). En Hechos 17:11 los judíos de Berea son llamados más nobles que los de Tesalónica, porque cotejaban las palabras del apóstol con la Palabra de Dios. En 1 Corintios 15:3-4 el mismo apóstol señala las Escrituras como fuente de su doctrina.

“ Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para re-
dargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre
de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra
(2 Timoteo 3:16-17).

Obediencia y sumisión

“Tú encargaste que sean muy guardados tus mandamientos” (Salmo 119:4). “En guardarlos hay grande galardón” (Salmo 19:11). “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:10).

“ El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendre-
mos a él, y haremos morada con él
(Juan 14:23).

“Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3).

En esto vemos el valor que Dios atribuye al conocimiento de su Palabra y a la obediencia a ella. ¿No sería también lógico para nosotros preguntarle: «Señor, ¿qué quieres **tú** que yo haga?». El primer pecado fue una desobediencia a la Palabra de Dios. Sí, el pecado significa hacer o dejar de hacer algo, sin pensar en la autoridad que Dios tiene sobre nosotros; esto se llama infracción de la ley o iniquidad (1 Juan 3:4). Todo lo que hacemos sin preocuparnos por la voluntad de Dios, y sin someternos a ella, es pecado.

En el Señor Jesús vemos una vida de obediencia. Vino a la tierra para hacer la voluntad de Dios (Hebreos 10:7). Para eso tuvo que aprender la obediencia (Hebreos 5:8); pues para él, siendo el Dios eterno, obedecer le era cosa que aprender. Pero en la tierra pudo decir: “Yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:29). “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34).

¡Cuánto gozo habrá experimentado Dios al ver, en un mundo de hombres que obraban según su propia voluntad, a este Hombre que solo hacía la voluntad de Dios, aunque su propia voluntad era perfecta y santa! ¡Qué alegría sentirá Dios al encontrar ahora hombres cuyo anhelo y gozo sea servirle; hombres que estudian diligentemente su Palabra para aprender a conocerlo y hacer su voluntad! ¡Qué gran valor práctico tiene para nosotros leer la Palabra y por este medio aprender a conocer a Dios! Nuestros corazones se llenarán de gozo porque en ella vemos la gloria del

Señor y lo que el amor de Dios ha preparado para nosotros. A medida que aprendemos a conocerla, entendemos mejor los pensamientos de Dios y, al mismo tiempo, obtenemos un arsenal lleno de armas que podemos utilizar tanto para protegernos contra los ataques de Satanás como para tomar una actitud ofensiva, esto es, para hablar con alguien acerca de la salvación de su alma.

Si alguien se queja de que su memoria es como un colador en el que nada queda, pues bien, pese a que el colador no retiene el agua, en todo caso el agua que pasa lo deja bien limpio. El agua se lleva toda la impureza. Así ocurre con la Palabra de Dios. No la leamos solamente, sino meditémosla y reflexionemos sobre ella aprovechando los buenos escritos (comentarios, estudios bíblicos, etc.) que existen. Pero examinemos minuciosamente todo a la luz de la misma Palabra. No permitamos que ningún estudio tome el lugar de la Palabra de Dios.

“Hijo mío, si recibieres mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinares tu corazón a la prudencia, si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios” (Proverbios 2:1-5).

Con mis afectuosos saludos, su amigo.

La oración

Queridos amigos:

En mi última carta les hablé acerca de la lectura de la Palabra de Dios. Ahora quiero preguntarles qué tal anda su vida de oración. Estas dos actividades tienen una importancia incalculable en la vida espiritual, sobre todo porque están en estrecha relación la una con la otra. Si leemos la Palabra de Dios pero descuidamos la oración, la consecuencia será un frío orgullo. Si por el contrario oramos, pero dejamos de lado la lectura de la Palabra de Dios, tendremos como resultado el fanatismo con toda la ceguera que suele acompañarlo, pues no conoceremos los pensamientos de Dios. Sí, el hecho de no escudriñar la Palabra es señal de que uno no tiene interés por los pensamientos de Dios y por **sus** derechos. Por eso, en tal caso, la vida de oración será dominada por la propia voluntad. En el punto central se hallará el «yo», el cual se complace en hacer brillar su propia religiosidad, como por ejemplo, siendo muy activo en la evangelización u otras actividades. Pero si la oración va acompañada de una verdadera búsqueda en la Palabra de Dios, redundará en gran bendición para la vida espiritual.

En las Escrituras se hace mucho énfasis en la oración. El Señor Jesús inició su ministerio con la oración (Lucas 3:21). Después de una reunión de oración que duró diez días, (Hechos 1:13-14) tres mil personas fueron convertidas y se constituyó la Asamblea. La gran obra entre los paganos empezó con la oración (Hechos 13:2-3) e igualmente la entrada del Evangelio en Europa se liga estrechamente a la oración y al ministerio de la Palabra (Hechos 6:4; 16:9-13). Al leer Hechos da la impresión de que Pablo no hacía más que predicar y cuando leemos las epístolas parece que no hubiera hecho otra cosa sino orar. Ver, por ejemplo, Romanos 1:9-10; 1 Corintios 1:4; Efesios 1:16; 3:14; Filipenses 1:4; Colosenses 1:3, 9 y 1 Tesalonicenses 1:2. Y a nosotros la Palabra de Dios nos exhorta:

Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu
“ (Efesios 6:18).

“Orad sin cesar” (1 Tesalonicenses 5:17). Así nos hablan las Escrituras en muchos pasajes.

La oración es señal del nuevo nacimiento

“Orar” no es lo mismo que rezar. Diariamente se dicen miles de rezos. El Señor Jesús dijo: “No uséis vanas repeticiones” (Mateo 6:7); además advierte a los fariseos sobre la actitud de los escribas que “por pretexto hacen largas oraciones” (Marcos 12:40).

En realidad solo pueden orar los que son verdaderamente creyentes. La oración es la expresión de la nueva vida, la cual es de Dios. Ellos reconocen la dependencia de su Creador. Esto no significa que Dios nunca escuche la oración de un incrédulo. Dios oye hasta el graznido de un pequeño cuervo y le da su alimento. Del mismo modo, Dios a veces oye la oración de un incrédulo, si este es sincero en su oración. Para no ir más lejos pensemos en Génesis 21:17 y Jonás 1:14.

Aunque Pablo como fariseo debió haber pronunciado centenares de oraciones, y sin la menor duda, con toda sinceridad, el Señor dijo a Ananías, después de que Pablo hubo nacido de nuevo: “He aquí, él ora” (Hechos 9:11). Esa era la prueba de su cambio, la señal de que había recibido una nueva vida dependiente de Dios.

La nueva vida siente su dependencia y la exterioriza a través de la oración, de la misma forma que un recién nacido se expresa con el llanto o sonidos incomprensibles para los adultos, y no precisamente agradables de escuchar. Pero Dios entiende los ruegos mal expresados y a menudo incomprensibles de sus hijos. Para él son la señal de que el creyente es consciente de que su nueva vida depende de Dios. Y según las riquezas de su amor de Padre da buenas dádivas al que se las pide.

Orar no es solo para los creyentes experimentados

Cuando los recién convertidos no saben **cómo** orar, ni si sus ruegos son acertados, ¿les vendría mejor dejarlo para más tarde?

Hacia pocos meses que los tesalonicenses se habían convertido cuando Pablo les dirigió la primera epístola. Sin embargo, les dijo: “Orad sin cesar” (cap. 5:17). Sí, ¡aún más! Él, el gran apóstol, por cuya predicación ellos se habían convertido y quien ahora les instruía en los pensamientos de Dios, conocía el valor de sus oraciones: “Hermanos, orad por nosotros” (cap. 5:25).

Eso nos permite reconocer el valor de la oración y ver con claridad hasta qué punto Dios la aprecia. ¿Qué padres preferirían que su hijo no les hablara ni les pidiera algo, debido a que todavía no sabe hablar bien y a veces pide cosas que ellos no pueden darle porque le harían daño? Dios se alegra cuando sus hijos se le acercan confiadamente para presentarle todas sus dificultades. Para él es un gozo escuchar las oraciones; y si su amor no puede consentir algo porque sería perjudicial para el que pide, no obstante permite que quien ora tenga paz en su corazón.

“ Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4:6-7).

La seguridad de ser oído

Romanos 8:31-32 dice:

“ Si Dios es por nosotros ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?

Y en Juan 16:27 el Señor afirma: “El Padre mismo os ama”.

Si el Dios todopoderoso está por nosotros, si nos ama y quiere darnos todas las cosas, ¡cuán grande es el poder de la oración! ¡Pero no se trata solamente de eso! En Juan 14:13-14 el Señor Jesús nos permite rogar en su nombre, y al mismo tiempo nos promete escuchar la oración. En Juan 16:23 añade: “Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará”. No existe, pues, ninguna limitación, ni la más mínima duda de que Él nos oye.

Eso también se hace patente cuando leemos sobre la vida del Señor Jesús en la Palabra de Dios. En el Salmo 109:4 se dice que, en su vida en la tierra, él oraba, actividad que lo caracterizaba. Cuando estaba en la tierra, era un verdadero hombre, y la verdadera humanidad depende de Dios. Dios el Creador no creó al hombre como ser independiente, y debido a que el hombre no quiere depender de Dios, depende del diablo. En el Señor Jesús encontramos al verdadero y perfecto hombre, y por eso también la más completa dependencia. En Isaías 50:4 dice de Dios: “Despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios”. En los evangelios hallamos su vida de oración. Lucas nos presenta de modo muy especial al Señor Jesús como verdadero hombre, como Hijo del hombre. En este evangelio lo vemos orando nueve veces, algunas durante toda la noche (cap. 3:21; 5:16; 6:12; 9:18, 29; 11:1; 22:41; 23:34, 46). Siete veces lo vemos orar durante su ministerio y dos veces mientras estaba clavado en la cruz. Es maravilloso meditar en las circunstancias en que el Señor oró, pues están llenas de enseñanzas para nosotros y nuestro corazón rebosa de adoración; pero sobre ese punto no quiero extenderme ahora. Solo

quiero indicar que el Señor Jesús, quien tanto oraba, pudo decir: “Yo sabía que siempre me oyes” (Juan 11:42). Cada una de sus oraciones era escuchada, y Jesús lo sabía de antemano, aun cuando fuera cuestión de resucitar a un muerto que ya hacía cuatro días que estaba en la tumba.

Dios testificó dos veces acerca de él: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (Lucas 3:22; 9:35; compárese con Mateo 17:5 y Marcos 9:7). Y el Señor Jesús dijo: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Juan 4:34). “Yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:29). Por eso Dios pudo oír todas sus oraciones, pues todo lo que él pedía armonizaba perfectamente con el pensamiento de Dios y tenía como meta la gloria de Dios.

Por lo tanto, si oramos en el nombre del Señor Jesús, es seguro que Dios nos oye, pues nuestra oración sube ante Dios como si fuera la oración del mismo Señor Jesús, y esta es oída en todo tiempo.

¿Qué significa: Orar en el nombre del Señor Jesús?

Bien cabe hacernos esta pregunta, pues ya hemos visto qué resultado da tal oración. ¿Quiere decir esto que al final de una oración, en la que pedimos por todo lo que nosotros estimamos conveniente, debemos decir: «Esto te lo pedimos en el nombre del Señor Jesús»? La mayoría de las veces se cree y se hace así, pero no por eso es correcto. Orar en el nombre del Señor Jesús significa orar **en lugar suyo**, revestidos de su autoridad y de sus derechos. Precisamente por eso la oración debe llevar el carácter de la oración del Señor Jesús.

Si alguien va a una librería y pide una Biblia, en nombre de un caballero conocido como un creyente de la mayor seriedad, el librero fácilmente creerá al que pide. Pero si, por lo contrario, esa persona pidiera en nombre del mismo creyente por ejemplo una novela impura, no le creería. Como el librero conoce al creyente, sabe que este no suele hacer semejantes pedidos y que, por consiguiente, el que pide no es mandado por él.

Así también, la oración hecha en el nombre del Señor Jesús debe llevar el carácter de la oración del mismo Señor. Para ello se requiere, en primer lugar, una completa dependencia; luego, que tales ruegos tengan la gloria de Dios como única meta; y por último, que estén en perfecta armonía con su voluntad.

Condiciones para ser oído

En Juan 15:7 el Señor dice:

“ Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.

Aquí tenemos una certeza de largo alcance: Dios nos da lo que pedimos. En eso no hay excepción. ¿Puede existir más que “todo lo que queréis”? Pero esta promesa viene después de la condición: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros”. Esa es, pues, la condición previa para ser oído. Si permanecemos en el Señor Jesús, cada vez nos pareceremos más a él. Si sus palabras **permanecen en nosotros**, nuestros sentimientos, las cosas que estimamos y lo que **queremos** estarán en armonía con sus sentimientos, sus intereses y su voluntad; y sabremos que todos ellos concuerdan perfectamente con la voluntad de Dios. Por eso, en Juan 16:27 tenemos la misma promesa: “Porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios”.

Hebreos 11:6 menciona otra condición: “Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay”. “Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor” (Santiago 1:6-7). Dios responde a la fe. ¿Cómo puede él oír una oración si el que pide no confía en él lo suficiente como para creer que Dios lo hará? En Mateo 21:20-22 el Señor dice algo parecido. Pero también añade que debe existir la prueba de la fe. Cierta vez un equilibrista se desplazaba sobre una cuerda que cruzaba las cataratas del Niágara. Pasó una segunda vez con una carretilla y otra vez llevando una muñeca de tamaño natural en la carretilla. Cuando preguntó a los espectadores si creían que él podría llevar a un hombre vivo hasta el otro lado, todos gritaron que sí. Pero cuando pidió un voluntario que se dejara llevar hasta el otro lado, nadie se animó.

Por eso el Señor no solamente habla de fe, sino también de la **prueba** de nuestra fe que alegamos al decir a un monte: “Quítate y échate en el mar” (Mateo 21:21).

Impedimentos para ser oído

¿Por qué, entonces, tantas oraciones no son escuchadas? Las Escrituras señalan varias causas. Daniel 10 nos muestra que algunas oraciones, buenas en sí mismas, a veces no tienen respuesta porque Satanás, con todas sus fuerzas, intenta impedirla. Al final no puede hacerlo; pero logra, si Dios se lo permite, aplazar momentáneamente la respuesta. A veces Dios deja que esto suceda para poner a prueba nuestra fe y paciencia.

Además, en nosotros también puede haber motivos por los cuales Dios no responde a nuestras oraciones. En Isaías 59:2 se dice a Israel: “Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír”. El salmista dice:

“ Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado (cap. 66:18).

En 1 Juan 3:21-22 está escrito: “Si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él”.

Las Escrituras nombran explícitamente varias cosas por las cuales nuestro corazón nos juzga, de manera que nuestras oraciones no pueden ser oídas. En Marcos 11:22-26 se nombra la falta de disposición para perdonar (ver también Efesios 4:32). El poder acercarnos a Dios se basa en el hecho de que, en Cristo, Dios ha perdonado todos nuestros pecados. ¿Cómo, pues, podemos tener confianza si no **olvidamos** las ofensas que otros nos han hecho?

Santiago dice: “Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (cap. 4:3). Si pedimos algo a Dios para satisfacer las concupiscencias de nuestro corazón y los deseos de la **vieja naturaleza**, ¿cómo puede Dios darnos semejantes cosas? Dios odia a la vieja naturaleza y la ha juzgado en la cruz (Romanos 8:3). Nos exhorta a considerarnos muertos al pecado (Romanos 6:11) y a hacer morir nuestra carne en esta tierra (Colosenses 3:5-17). “Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24). La petición de estas cosas es la prueba de que las palabras del Señor Jesús no han permanecido en nosotros (Juan 15:7) y que nuestro modo de pensar es diametralmente opuesto al del Señor Jesús y a los sentimientos de Dios.

1 Pedro 3:1-7 suma otras razones. Las relaciones de la vida familiar entre esposo y esposa, padres e hijos o entre los mismos hijos pueden ser tales que impidan la respuesta a las oraciones. ¿Cómo podemos tener libertad ante Dios si en la familia no hay orden, si todavía hay asuntos sin arreglar?

Pedir según su voluntad

Sí, primero debemos juzgarnos a nosotros mismos a la luz de Dios y confesar al Señor, como también a otros –en la medida en que los hayamos afectado– todo lo que no ha estado bien, y así limpiarnos mediante el juicio de nosotros mismos. Entonces podremos hablar abiertamente a Dios. Pero luego, para estar seguros de recibir lo pedido, tenemos que pedir según su voluntad. ¿Cómo sabemos cuál es la voluntad del Padre? En su Palabra él nos transmite sus pensamientos. Y si estamos en comunión diaria con él aprenderemos a conocer sus pensamientos en su Palabra por medio del Espíritu. Por eso resulta tan sumamente importante escudriñar las Escrituras diariamente. ¿Cómo podrá Dios responder a una oración en la que se pide algo que hace mucho tiempo ya lo ha dado? Si, por ejemplo, se pide por el derramamiento del Espíritu Santo, ¿cómo responderá, dado que las Escrituras enseñan terminantemente que ya ha sido derramado y que mora aquí abajo, en la Asamblea como conjunto y en cada uno de los creyentes que la componen? ¿O si se pide la liberación del pecado que mora en nosotros, cosa que Dios ya juzgó en Cristo en la cruz? (Romanos 8:3; 2 Corintios 5:21).

Por medio de la Palabra y de la comunión diaria con el Señor aprendemos a conocer Su voluntad; entonces pedimos conforme a ella, seguros de que responderá nuestras oraciones.

Orar sin cesar

¿Entonces solo los creyentes maduros, los que han escudriñado atentamente y a fondo la Palabra de Dios, pueden orar? ¡No, a Dios gracias! Como ya hemos dicho, ¿dirán los padres a su hijo que por ser aún pequeño, por hablar torpemente y pedir a veces cosas descabelladas, no debe pedir nada más hasta su mayoría de edad? ¡Ni hablar! Están contentos de que el niño venga a ellos con sus ruegos. Para ellos es la prueba de que el niño está persuadido de que son sus padres y de que sin ellos no puede valerse. Con ello muestra que tiene confianza en ellos, y, si bien a veces inconscientemente, que cuenta con su amor y solicitud.

Dios, nuestro Padre, nos escucha con profundo gozo cuando nos acercamos a él, pues somos sus hijos. Del recién convertido Pablo, el Señor dice: “He aquí, él ora”. Más tarde manda a ese mismo Pablo escribir a los recién convertidos tesalonicenses “Orad sin cesar”. Y este gran apóstol, por cuya predicación en aquel entonces probablemente millones ya habían llegado a convertirse, quien había tenido revelaciones especiales, a través de las cuales Dios le participó todo su consejo, el que estuvo en el tercer cielo oyendo palabras inefables (2 Corintios 12:2-4), este apóstol estaba tan convencido del poder de la oración de estos recién convertidos que les rogó:

Hermanos, orad por nosotros



(1 Tesalonicenses 5:17, 25).

La más clara prueba de que un creyente está progresando es, indudablemente, que reconoce cada vez más cuán importante es la oración, que sin ella todo carece de valor.

Dios, nuestro Padre, nos dice: “Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”. Y si quizá le pedimos cosas necias, que su amor no puede concedernos, así y todo él ha prometido: “La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:6-7).

¡Quiera el Señor que ustedes y yo seamos más y más conscientes del valor de la oración y hagamos más uso de nuestro derecho ilimitado! ¡Cuán felices serán entonces nuestros corazones y qué testimonio presentará nuestra vida!

Con afectuosos saludos, su amigo en el Señor.

¿Están ustedes bautizados?

Queridos amigos:

Antes de hablarles de la Cena del Señor, tengo una pregunta muy importante: ¿Han sido bautizados? La Palabra de Dios dice: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo” (Marcos 16:16). En 1 Pedro 3:21 leemos, por ejemplo: “El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva”. En otros términos, en estos pasajes se habla de una salvación que está ligada al bautismo.

Este pensamiento seguramente les parece extraño y está en aparente contradicción con lo que escribí anteriormente acerca de la necesidad de arrepentirse ante Dios y de tener fe en el Señor Jesucristo para ser salvo. La dificultad proviene del hecho de que, a menudo, solo entendemos como salvación el «ir al cielo» o «ser convertido y tener el perdón de los pecados», pero las Santas Escrituras aún relacionan con ello otro pensamiento expresado muy claramente en Hechos 2:40: “Sed salvos de esta perversa generación”. En este pasaje es imposible que la palabra salvación o salvo pueda significar «ir al cielo» o «recibir el perdón de los pecados». Para eso también se puede consultar Romanos 10:9-10.

El bautismo no tiene nada que ver con el hecho de ir al cielo. Nuestra eterna relación con Dios, la posición que ocuparemos en la eternidad, depende de si creemos en el Señor Jesús y hemos confesado nuestros pecados a Dios (Romanos 10:9). El ladrón en la cruz nunca se bautizó, sin embargo, el Señor le dijo: “Hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). Después de él miles de personas se han convertido al Señor Jesús estando en su lecho de muerte; han ido a Cristo sin haber sido bautizadas jamás. Pero para nuestra posición en la tierra, el bautismo reviste una gran importancia.

¿Qué significa el bautismo?

El bautismo era generalmente conocido entre los judíos. Por el llamado **bautismo de prosélito**, el pagano se separaba de su propio pueblo y se agregaba a Israel. En el caso de Juan el Bautista también encontramos este pensamiento. Él predicaba que el juicio sobre los judíos estaba a la puerta (Lucas 3:7-9, 16-20). Los que aceptaban su palabra eran bautizados y así se separaban del pueblo incrédulo. El Señor Jesús se bautizó para hacerse uno con el residuo creyente. Entró por la puerta en el redil de las ovejas (Juan 10:1-3). Este mismo pensamiento también lo encontramos claramente expresado en el llamado **bautismo cristiano**.

En el evangelio según Mateo encontramos al Señor presentado como Rey de Israel. Cuando envió a sus discípulos para que predicasen el Evangelio (Mateo 10:5-6) les dijo: “Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel”.

Pero Israel rechazó a su Rey. Entonces el Señor dijo que “el reino de los cielos” todavía no sería establecido en gloria sino solo de una forma provisional, en la que el rey estaría ausente y el enemigo aún tendría poder para actuar (Mateo 13). Al mismo tiempo el Señor muestra que el reino ya no debe limitarse solo a Israel: “El campo es el mundo”. “El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre” (v. 37-38). Cuando el Señor fue definitivamente rechazado y crucificado, convocó la reunión de sus discípulos en Galilea, lejos de Jerusalén. Allí les confió la misión de predicar a **todas** las naciones. Los que reciben este Evangelio ya no tienen que ser agregados a Israel, sino que han de ser bautizados en el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Como ahora el reino ha venido en la persona del Rey, queda perfectamente manifestada la Trinidad. Así que el único camino es venir a Dios (la Trinidad). Pero en la tierra Dios solo puede ser conocido por medio del Señor Jesús; por eso vemos a menudo en las Escrituras que los creyentes se bautizaban en su Nombre (Hechos 2:38; 19:5).

Bautizados en el Señor Jesús crucificado

En 1 Corintios 10:2 se nos aclara el significado de «bautizar en», que quiere decir estar unido a alguien, ser puesto en la misma posición. Los israelitas fueron bautizados en la nube y en el mar **en Moisés**. Del mismo modo, nosotros somos bautizados en el Nombre del Señor Jesús (Hechos 19:5), pero no somos bautizados en un viviente y glorificado Señor en el cielo. Por supuesto que estamos unidos al Señor: ya ahora podemos tener comunión con él; además compartiremos su gloria eternamente en todo lo que él poseerá en virtud de su obra en la cruz. Pero este mundo no le conoce como el Resucitado, el Glorificado. El **mundo** le vio por última vez cuando murió en la cruz y fue sepultado. Para este, Cristo es aquel hombre que sufrió la despreciable muerte de la cruz y fue enterrado, aquel a quien el mundo llevó a la muerte.

Pues bien, nosotros hemos aceptado a este Crucificado. Dios nos ha dicho que **solo** en su Nombre, en el Nombre de este Rechazado, se puede hallar la salvación (Hechos 4:11-12). Por medio de él tenemos el perdón de los pecados y hemos recibido la vida eterna. Participaremos eternamen-

te con él de su lugar en la gloria. Ahora también debemos participar de su lugar de rechazo en esta tierra. Esto corresponde al pensamiento de Dios: “Si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (Romanos 8:17).

El mundo entero está bajo el maligno

Dios creó a Adán en inocencia y pureza, pero Adán no lo escuchó y le desobedeció, haciéndose pecador. Sus descendientes se unieron para hacerse grandes, para tener poder frente a Dios y anular los efectos de la maldición que pesa sobre esta tierra. Caín edificó la primera ciudad. Sus descendientes fueron inventores e hicieron la vida más cómoda. Por último, en Babel las gentes se unieron para ser poderosas (Génesis 11:4). Así entró en existencia el mundo, la convivencia organizada de los hombres.

Dios prodigaba su atención a este mundo. Por medio de Noé le advirtió del juicio. Después del diluvio dispuso un comienzo nuevo en la tierra purificada. Pero como el conjunto de la humanidad volvió a desviarse y se entregó a la idolatría, Dios tomó aparte a Abraham, habló con él, separó su familia de todos los pueblos, le dio sus leyes y decretos, celebró un pacto con él y le llevó a su tierra, la tierra de Canaán (Génesis 12:5).

Ya conocemos el resultado: los descendientes de Abraham también se desviaron de Dios, aunque Él, por medio de su disciplina, sus jueces, sus reyes y profetas les iba hablando.

Entonces Dios envió a su Hijo. Quería perdonar los pecados del hombre y ofreció al Señor Jesús como reconciliador:

“ Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados (2 Corintios 5:19).

Pero el mundo, en vez de aceptar la mano extendida por Dios, rechazó al Señor Jesús. “No queremos que este reine sobre nosotros” (Lucas 19:14). Lo condenaron por ser el Hijo de Dios, le dieron muerte de la manera más vil, crucificándole, y esto bajo su propia responsabilidad.

Junto a la cruz, el mundo entero se alió en contra del Señor. Herodes y Pilato se hicieron amigos. El sumo sacerdote y los escribas, el poderío religioso más grande sobre la tierra, se unieron con el imperio romano, el poder civil y político más alto y poderoso. La inscripción sobre la cruz fue hecha en los tres idiomas mundiales. En su lucha contra Dios, todos fueron guiados por Satanás.

Allí, en la cruz, se manifestó plenamente la condición del mundo; no solamente la de aquellos que estaban presentes, sino también la de toda la convivencia organizada de los hombres. Todos los medios a disposición de esta sociedad se emplearon en la lucha contra Dios.

Ahora **para el mundo** ya no hay gracia. Después de la cruz, Dios ya no tiene más para ofrecer. Para el mundo, solo queda el juicio, el que Dios pronto ejecutará sin clemencia. El Apocalipsis nos describe eso (cap. 6 a 20).

Si Dios todavía no envía el juicio es porque para cada persona individualmente todavía Dios ofrece la gracia. A individuos en particular les ordena que se conviertan, y les exhorta: ¡Reconcíliaos conmigo!

La cruz de Cristo

Cuando Jesús fue crucificado, Dios miró con ira a este mundo. ¿Cómo podía ser de otra manera, viendo el desprecio y el ultraje desplegados contra su Hijo? Sin embargo, Dios podía mirar con amor y perfecto agrado al Señor Jesús que murió en la cruz por cada uno de nosotros. Mientras todo el mundo se juntaba contra Jesús en la cruz, Dios no dejó ninguna duda acerca de qué lado estaba, a saber, del lado del Crucificado.

Así es la situación en la tierra desde la crucifixión: por un lado, el mundo que dio muerte a Cristo y que solo le conoce como el crucificado y enterrado; por otro lado, la cruz y los que están unidos a ella.

Individualmente, Dios todavía ofrece su gracia a todo aquel que quiera aceptarla, pero **solamente** por medio de Jesús. Dios lo ha resucitado y “le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:36). Solo por la fe en el Salvador crucificado, y aceptándole como Señor, es posible ser salvo, esto es, ser liberado del juicio. “Nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:23-24).

Ahora ustedes han reconocido al Señor Jesús como el único camino por el que un pecador puede acercarse a Dios y recibir el perdón de sus pecados. También le han aceptado como Señor de sus vidas, por lo tanto siempre estarán unidos a él y tendrán parte en todos los resultados gloriosos de la obra hecha en la cruz.

¿Pero, qué significado tiene eso para la vida en la tierra? Significa que ustedes reconocen que el mundo obró injustamente al crucificar al Señor y que han pasado del grupo de este mundo al del Señor Jesús, que pertenecen a la familia de Dios; pero esto ha de reconocerse públicamente. No basta haberlo hecho en el corazón, pues aun exteriormente deben estar separados del mundo. Por eso no era suficiente que Israel se pusiera al abrigo de la sangre del cordero; también tenía que salir de Egipto y solo cuando hubo atravesado el mar Rojo –dice la Palabra de Dios– fue libre. En 1 Corintios 10 vimos que el trayecto a través del mar Rojo sirve como figura del bautismo.

De la misma manera, es necesario que nos coloquemos públicamente, por medio del bautismo, del lado del Señor Jesús, quien fue rechazado y crucificado por el mundo. Esa es la verdadera confesión de fe, porque así proclamamos públicamente que reconocemos al Cristo crucificado como Señor y que nos colocamos de Su lado, en contra del mundo.

“ ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?
(Romanos 6:3).

Al bautizarnos, Dios, en su gobierno, nos ve como salidos de este mundo sobre el cual pesa el juicio, y colocados bajo la autoridad del Señor que es el Salvador que ha muerto y que llevó el juicio en nuestro lugar. Allí ya no hay juicio, sino la liberación del poder del pecado, del mundo, de Satanás y de la ley. Por eso Ananías dice a Saulo: “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hechos 22:16). ¿No habían sido ya lavados los pecados de Saulo? Ananías lo llama “hermano” (v. 14). Ante Dios, en lo referente a su salvación eterna, por supuesto que sí. Si hubiera muerto antes de ser bautizado, habría entrado en el cielo. Pero, con respecto a la tierra, sus pecados aún no habían sido lavados públicamente. Visto desde el exterior, Saulo todavía pertenecía al mundo, mundo que tendrá que comparecer en el juicio.

El bautismo cristiano, del cual el agua del diluvio es figura, ahora nos salva. La Biblia nos lo dice en 1 Pedro 3:21-22. Así como Noé atravesó las aguas del juicio para pasar del lugar del juicio al de la complacencia divina, la tierra purificada (Génesis 8:21), de la misma manera nosotros, por el agua del bautismo que habla del juicio de Dios sobre el pecado ejecutado en la cruz, pasamos hasta donde se encuentra el Cristo muerto, en quien descansan los ojos de Dios con complacencia. Por eso Pedro también dice en Hechos 2:40: “Sed salvos de esta perversa generación. Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados”.

Ahora les vuelvo a preguntar: ¿Ustedes se han bautizado?

Si ese no es el caso, en la tierra todavía no son cristianos, pues aún no han sido introducidos públicamente en la profesión cristiana que reconoce la Palabra de Dios. Y si en verdad han conocido al Señor Jesús como Aquel por cuya muerte han recibido el perdón de los pecados y la vida eterna, como Aquel con quien estarán eternamente unidos en la gloria, también deberían estar unidos a él públicamente aquí en la tierra, a pesar de que el mundo odia y desprecia tal posición.

Naturalmente que no he tratado todos los aspectos del bautismo. Me he limitado a este primer significado, pero no cabe duda de que es el más importante.

Afectuoso saludo.

La Cena del Señor

Queridos amigos:

Como lo dije la última vez, quiero escribirles algunas cosas referentes a la Cena del Señor.

Nótese que las dos grandes instituciones permanentes de la cristiandad, el bautismo y la Cena del Señor, señalan la unión con el Señor muerto. Como ya lo hemos visto, el bautismo está relacionado con nuestra posición exterior en este mundo, de ahí que es absolutamente personal. Aunque tres mil almas se bauticen el mismo día, como en Hechos 2, para cada una de ellas el acto es un asunto **personal**.

La Cena del Señor, por el contrario, aunque se celebre en esta tierra, se relaciona con nuestra posición interior como miembros del cuerpo de Cristo. Por eso aquí **la comunión** es una característica de gran importancia. Alguien que tomase solo, sin nadie más, el pan y la copa para celebrar la Cena del Señor, estaría en completa contradicción con la Palabra de Dios.

El apóstol Pablo, quien recibió la misión especial de revelar la verdad de la Iglesia y su unión con Cristo, dijo: “Pues no me envió Cristo a bautizar” (1 Corintios 1:17), aunque Pablo mismo fue bautizado y bautizó a algunas personas. Pero en esta misma epístola habla de la revelación especial que recibió de parte de Dios en cuanto a la Cena del Señor (cap. 11:23) y a este tema consagra dos capítulos.

Lo individual ocupa mucho espacio en las Escrituras. Es necesario que cada hombre se convierta individualmente a Dios, que personalmente crea en el Señor Jesús y en su sangre redentora; además, él mismo debe tomar el lugar de rechazo con el Señor crucificado (en el bautismo). Una de las grandes equivocaciones del catolicismo es negar lo personal, haciendo de todo un asunto de la Iglesia («la única que salva», según dicen ellos). En cambio, uno de los grandes errores del protestantismo es omitir el aspecto de la comunión. Argumentan que todo es personal y que cada uno ha de obrar según sus propios pensamientos, juntamente con aquellos que tienen un mismo parecer. Sin embargo las Escrituras muestran que, además de las bendiciones personales, también hay grandes bendiciones que resultan de la comunión y de la vida colectiva de los creyentes.

No era por mera casualidad que los discípulos se hallaban **reunidos** cuando el Señor instituyó la Cena; correspondía al principio de la Cena del Señor, cuya meta es proclamar la muerte del Señor en su memoria. La Cena del Señor **solo** puede ser realizada en relación con todo **el cuerpo de Cristo** (1 Corintios 10:16-17). Cada pretensión de celebrarla, sin dejar lugar a cada miembro

del cuerpo de Cristo que ande conforme a su posición de creyente, destruye el carácter de la Cena del Señor. Al instituirlo, el Señor siempre habló en plural, a saber, a todos los discípulos en conjunto, y esto lo encontramos de igual modo en 1 Corintios 10 y 11, únicos pasajes en los que, a excepción de los evangelios, se menciona la Cena del Señor.

La institución de la Cena del Señor

Mateo 26, Marcos 14 y Lucas 22 nos describen la Cena del Señor. Las dos primeras citas nos muestran que fue establecida inmediatamente después de que el Señor hablara de la traición de Judas y después de que este saliera. Por el evangelio de Lucas podríamos deducir que Judas salió después de la celebración de la Cena; no obstante, debemos tener en cuenta que Lucas no suele dar el orden cronológico. En su evangelio vemos todo unido por relación moral.

A través de todas estas citas se puede ver que el Señor instituyó la Cena al final de la fiesta de la Pascua. La Pascua era el memorial del cordero sacrificado una vez por medio del cual el pueblo quedó resguardado del juicio de Dios (Éxodo 12). Ahora había llegado el momento en que el verdadero cordero pascual debía morir (1 Corintios 5:7); su sangre debía ser derramada para perdonar los pecados de muchas personas (Mateo 26:28). El Señor Jesús sabía que esa misma noche lo arrestarían para clavarlo en la cruz. Sabía que iba a llevar nuestros pecados en su cuerpo (1 Pedro 2:24) y sería hecho pecado por nosotros (2 Corintios 5:21). Era consciente de que eso significaba ser abandonado por Dios. Conocía todo el precio que debía pagar por nuestro rescate. Vemos lo que eso representaba para él unas horas más tarde en Getsemaní, cuando Satanás desplegaría todos estos sufrimientos ante su vista para inducirle aún a la desobediencia.

En ese instante, pues, el Señor buscaba la comunión de sus amigos. Un poco más tarde, en Getsemaní, les rogó: “Quedaos aquí, y velad conmigo”. Cuando luego los encontró durmiendo, se lamentó: “¿Así que no habéis podido velar conmigo **una** hora?” (Mateo 26:38-40). El Señor, pues, instituyó la Cena “la noche que fue entregado” (1 Corintios 11:23).

Eso no era nada extraño para los discípulos. Como en el caso del bautismo, el Señor tomó una práctica establecida y le dio un nuevo y profundo significado al relacionarla consigo mismo y con su muerte. Por el pasaje de Jeremías 16:5-7 vemos que era una costumbre judaica celebrar comidas de luto, en las que se comía y bebía en memoria de un difunto. Dios mismo había establecido la fiesta de la Pascua como recuerdo del cordero inmolado y de la maravillosa liberación del juicio de Dios, del poder de Faraón y de Egipto en virtud de la sangre del cordero. En el

Antiguo Testamento no encontramos, en la celebración de la Pascua, ninguna copa, pero aquí el Señor la añade a la comida, según la costumbre (Lucas 22:17). Terminada esa celebración de la Pascua con esa copa, el Señor instituyó algo totalmente nuevo: la Cena del Señor.

“ Tomó el pan y dio gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí. De igual manera, después que hubo cenado, tomó la copa (v. 19-20).

El significado de la Cena del Señor

“Haced esto en memoria de mí”. La Cena es, pues, un memorial del Señor; pero no de su gloria antes de que llegase a ser hombre, ni de su marcha en la tierra, ni siquiera de su crucifixión y de todo lo que tuvo que sufrir en aquellos momentos.

“ Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis (1 Corintios 11:26).

Los símbolos utilizados confirman esto plenamente. El pan, que según las mismas palabras del Señor representa su cuerpo, lo entregó **partido** a sus discípulos, y después de eso les pasó la copa como figura de su sangre. La separación del cuerpo y de la sangre habla de un Salvador **muerto**.

Sí, ese es el significado de la Cena del Señor. Es una comida tomada en común que se celebra en memoria de Aquel que una vez estuvo **muerto**.

Cuán comunes y de uso diario son los elementos que la conforman. ¿Hay en el mundo un alimento más corriente que el pan? Y en las tierras meridionales, ¿qué hay más usual que el vino¹⁾? Sin embargo, ¿qué significado más importante ha dado el Señor a esta comida!

Observemos que es verdaderamente una comida. **Comemos** del pan y **bebemos** de la copa. Es bueno que seamos conscientes de ello para que realmente comamos y bebamos, y no tomemos solo dos migas de pan y una gota de la bebida de la copa. El pan es y sigue siendo pan ordinario y el vino es y sigue siendo vino común. No se modifican por medio de las gracias que se dan antes de tomar el pan y la copa. Por los pasajes de 1 Corintios 11:24 y Lucas 22:19 vemos que el hecho de bendecir en Mateo 26:26 y Marcos 14:22 significa dar gracias, alabar. Esto también lo vemos en Efesios 1:3, donde el apóstol alaba a Dios. En Mateo 14:19 el Señor también bendice, y nadie afirmará que los cinco panes y los dos peces no hayan seguido siendo panes y peces.

Esto es importante para reconocer que la doctrina romana de la transubstanciación (es decir, por las palabras litúrgicas pronunciadas por el sacerdote, el pan y el vino se transforman realmente en el cuerpo y en la sangre del Señor) y la enseñanza luterana de la consubstanciación (es decir, Cristo está corporalmente presente, con y en el pan) están en flagrante contradicción con las Escrituras. Las consecuencias de dichas doctrinas son la negación de la obra cumplida por Cristo una vez para siempre.

El Señor, con respecto a sí mismo, repetidas veces se sirve de figuras. Por ejemplo, dice: “Yo soy la puerta de las ovejas”. “Yo soy el buen pastor”. “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida” (Juan 10:7, 11; 14:6). De ahí queda muy claro que en la Cena el Señor también se vale de figuras.

La muerte del Señor

¿Quién puede entender el significado de estas palabras? Él, el Señor, entraba en la muerte. ¡Qué amor, qué gracia y misericordia, qué designios de Dios! ¡El Príncipe de la vida, la Fuente de la vida, murió y fue enterrado! ¡Qué prueba más grande de que él tomó perfectamente nuestro lugar! No solamente llevó nuestros pecados en su cuerpo, sino que fue hecho pecado. ¡Qué sentimientos de gratitud, alabanza y adoración se despiertan en nuestros corazones cuando le vemos así! Por **nosotros** entró en la muerte. Su amor hacia nosotros era tan grande que quiso pagar este precio por nuestro rescate. “Fuerte es como la muerte el amor; duros como el Seol los celos; sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama. Las muchas aguas no podrán apagar el amor, ni lo ahogarán los ríos. Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor, de cierto lo menospreciarían” (Cantares 8:6-7; véase también Salmo 69:1-2).

¡Qué obediencia manifestó el Señor Jesús hacia Dios! Prefirió morir –¡y qué clase de muerte!– antes que no cumplir con la voluntad de Dios. ¡Qué determinación al querer tomar esta posición que lo condujo “hasta la muerte, y muerte de cruz”! (Filipenses 2:8).

Por eso el Señor Jesús, como anfitrión u hospedero, nos invita a sentarnos a su Mesa para anunciar su muerte en memoria de él. Allí no llegamos para recibir algo. La Cena del Señor no es ningún medio para obtener gracia (sacramento). En ningún pasaje de las Escrituras se dice eso. El Señor glorificado nos invita a su Mesa para que recordemos su muerte que sufrió hace alrededor de dos mil años. También lo haremos en la eternidad.

En Apocalipsis 5 vemos al Cordero en el cielo “de pie, como inmolado” así como el Señor lo estuvo una vez en la tierra. En el futuro, el cielo estará lleno de agradecimiento y adoración ante la contemplación del Cordero inmolado. Asimismo sucede con nosotros ahora, en la tierra, cuando

anunciamos su muerte. Al contemplarlo nuestros corazones arden y se llenan. En los cánticos, las acciones de gracias y los silencios que separan cada acto, nuestros sentimientos de gratitud, asombro y adoración suben hacia él.

Está claro que solo podemos reunirnos para la Cena como creyentes nacidos de nuevo. Únicamente quienes **saben** que sus pecados han sido perdonados y tienen paz con Dios pueden tener esta posición. Por medio de su participación proclaman que tienen parte en el Señor y en su obra (1 Corintios 10:16). Allí cualquier desasosiego en cuanto a los pecados personales constituye una negación de la obra perfecta por la cual Cristo hizo **perfectos** para siempre a los suyos (Hebreos 10:14).

De ahí que en esta celebración no se ponga en actividad ningún don, pues solo nos reunimos como sacerdotes para ofrendar sacrificios de loor y agradecimiento, el “fruto de labios que confiesan su nombre” (Hebreos 13:15). En la Mesa del Señor un apóstol se presentaba como un simple creyente; del mismo modo los que ocupan puestos principales en la Asamblea, los que poseen los mayores dones para el servicio del Señor, se reúnen sencillamente como adoradores entre otros adoradores.

¿Ya han percibido ustedes la invitación del Señor y le han prestado atención?

¿Cuándo y con qué frecuencia debemos celebrar la Cena del Señor?

En la eternidad alabaremos y adoraremos al Cordero en todo momento. En los bendecidos primeros días de la Asamblea, los creyentes celebraban la Cena del Señor diariamente (Hechos 2:46). Pero como más tarde las circunstancias cambiaron, de modo que ya no podían reunirse todos los días, lo hacían el primer día de la semana. Dios, quien desea que conozcamos su voluntad en todas las cosas, lo relató en su Palabra para que nosotros lo pudiésemos saber. En Hechos 20:7 vemos que el primer día de la semana los hermanos estaban reunidos para partir el pan. No se congregaron con el fin de escuchar a Pablo, aunque él era apóstol. Se habían reunido para un propósito más elevado. Sin embargo, en esta reunión hubo oportunidad para que Pablo hablara. La manera en que se nos comunica esto revela que era costumbre reunirse con el propósito de celebrar la Cena del Señor.

Si hemos comprendido algo del maravilloso privilegio de ocupar este sitio y poder anunciar la muerte del Señor hasta que él venga, y si además hemos oído la invitación de nuestro amado Señor, “del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”, que nos ruega: “Haced esto en memoria de mí”, nuestro corazón debería anhelar hacerlo tan a menudo como sea posible.

¿Qué día es más admirablemente apropiado para ello que “el día del Señor”, el día en que él resucitó y se presentó dos semanas consecutivas en medio de los hermanos reunidos?

Juzgarse a sí mismo

En relación con esto las Escrituras nos llaman al juicio de nosotros mismos, no para averiguar si merecemos ocupar este lugar, pues todo cristiano como tal es digno de ello. Vacilar al respecto significaría dudar del valor de la obra del Señor Jesús.

Aquí se trata de examinarnos a nosotros mismos para verificar si ocupamos este sitio **de una manera digna**. Si bien es cierto que la Cena del Señor es una comida, y que allí se utilizan pan y bebida corrientes, así y todo se trata de la “Mesa del Señor”. El Señor es el anfitrión. El pan partido y la copa son los símbolos de su cuerpo entregado y de su sangre derramada por nosotros. Cuando acudimos a este lugar y cumplimos este servicio, tenemos que ser conscientes de lo que dicho acto significa y para eso se necesita el examen y el juicio de uno mismo. Todo lo que no concuerda con este santo lugar en la tierra, primero tiene que ser puesto de lado por medio del juicio de uno mismo.

Los corintios lo habían olvidado. Obraban como si fuera su propia comida, “sin discernir el cuerpo del Señor”. Por eso el Señor tuvo que intervenir con su disciplina: “Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen” (1 Corintios 11:30). Si no pensamos en la gloria del Señor, él mismo tiene que salvaguardarla. ¡He aquí un pensamiento serio!

Con afectuosos saludos, su hermano en el Señor que pronto viene.

La Mesa del Señor

Queridos amigos:

En mi carta anterior vimos lo que la Palabra de Dios dice en los evangelios y en 1 Corintios 11 acerca de la Cena del Señor. Vimos que es una comida para recordar la muerte del Señor Jesús. Ahora quisiera hablar sobre otro aspecto de la Cena del Señor: la comunión (1 Corintios 10).

El apóstol Pablo en 1 Corintios da respuesta a varias preguntas que le habían formulado. Le habían preguntado si un hombre podía comer carne, en particular aquella que había sido ofrendada a los ídolos. La respuesta a esta pregunta se halla en el capítulo 8 y la continuación en el capítulo 10.

En Corinto había creyentes que razonaban de la siguiente manera: «Un ídolo no es más que un pedazo de madera o de piedra, por lo tanto podemos comer con toda tranquilidad de las ofrendas hechas a los ídolos e igualmente podemos entrar en el templo del ídolo y comer allí. Puesto que **solo hay un Dios**, no puede haber ídolos. Es pura formalidad, sin ninguna importancia, por lo tanto podemos comer para no causar escándalo entre los paganos».

El apóstol sabía que un ídolo no es nada. **Sin embargo**, hizo constar que **detrás** del ídolo los demonios andan ocultos. Así lo dice Dios en Deuteronomio 32:17. En realidad es a los demonios a quienes se ofrendan los sacrificios. Tanto entre los paganos como entre los israelitas, mediante los sacrificios un hombre tiene comunión con el altar en el que sacrifica o del cual proviene lo que está comiendo. Esto nos enseña que se puede participar en algún mal que uno mismo no practica. En tales casos, la verdadera sabiduría estriba en mantenerse alejado. Tomar parte en cosas que son falsas en el ámbito del culto, e incluso solo dar la impresión de que se participa en ellas, es hacer mal uso del conocimiento. Que no se alegue que el corazón no participa en lo que el hombre hace exteriormente; esto no solo sería falta de rectitud, sino también menospreciar a Cristo y no tomar en serio las astucias de Satanás. El cristiano ha sido libertado del poder de Satanás a fin de que sirva al Dios vivo y verdadero. Ha sido comprado por un precio alto para glorificar a Dios.

El Espíritu Santo se sirve del ejemplo de Israel y los paganos como introducción para hablarnos de la Cena del Señor y presentarnos un aspecto no dado en los evangelios. Este lado no podía presentarse, porque todavía no existía la Iglesia ni había sido revelada la enseñanza sobre esta.

La importancia de este tema es comprobada por el hecho de que la Palabra lo trata primero y solamente después (cap. 11) habla de la celebración de la Cena del Señor.

El orden de sucesión en que las Escrituras presentan los temas es de suma importancia. Si uno desconoce la doctrina de 1 Corintios 10:15-22 le es imposible celebrar verdaderamente la Cena del Señor.

La comunión de la sangre y del cuerpo de Cristo

“ Como a sensatos os hablo; juzgad vosotros lo que digo. La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? (1 Corintios 10:15-16).

Las Escrituras apelan primeramente a nuestro entendimiento espiritual. Hemos recibido una vida nueva y la unción del Santo (1 Juan 2:20), es decir, el Espíritu Santo que nos conducirá a toda verdad (Juan 16:13; 1 Corintios 2:9-15). La Palabra de Dios supone que cada creyente actúa con discernimiento, que sabe lo que hace. El cristiano que hace lo que no entiende u obra por impulsos ciegos está en completa contradicción con el espíritu del cristianismo.

Ahora bien, todo el que participa en la Cena del Señor declara, al hacerlo, que tiene parte en el cuerpo y en la sangre del Señor Jesús, de lo cual el pan y el vino son símbolos. Pero no es solo eso, sino que al mismo tiempo atestigua que está vinculado con todos los que poseen la misma parte. En estos versículos, comunión significa participación, coparticipación en todos los derechos y deberes de los asuntos correspondientes.

La sangre y el cuerpo están separados el uno del otro. Se nos presenta, pues, al Salvador muerto. En esta cita se menciona primero la sangre, desviándose del orden de secuencia en que se celebra la Cena del Señor, porque la sangre del Señor Jesús es la base de todo.

Así, pues, hay una comunión entre las personas que tienen parte en el Señor muerto. Ellas tienen parte en su sangre. ¡Qué privilegio! Hemos sido lavados en su sangre (Apocalipsis 1:5), rescatados (Efesios 1:7; 1 Pedro 1:18), justificados (Romanos 5:9), santificados (Hebreos 13:12), redimidos para Dios (Apocalipsis 5:9) y hechos cercanos (Efesios 2:13). Su sangre nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7) y por su sangre tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo (Hebreos 10:19); con su sangre el Señor adquirió la Iglesia (Hechos 20:28).

La expresión “cuerpo de Cristo” aparece en 1 Corintios 10:16; 12:27 y Efesios 4:12 como distintivo de la Iglesia. También se usa en Romanos 7:4 y Hebreos 10:10. En estas últimas citas parece estar relacionado con el hecho de que estamos muertos con Cristo y señala que el hombre según la

carne encontró su fin en la cruz. Todo lo que éramos, en nuestra condición de pecadores, terminó en la muerte de Cristo. Colosenses 1:21-22 dice: “Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte”.

Se trata, pues, de una comunión entre personas que tienen parte en las gloriosas consecuencias de la obra del Señor Jesús, que también han muerto con Cristo y que, ahora como hombres nuevos, están ligados los unos a los otros. Aunque esta comunión se realiza en la tierra, en ella el “viejo hombre”, lo que somos por naturaleza, no tiene absolutamente ningún sitio.

El cuerpo de Cristo, la Iglesia

“ Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan (1 Corintios 10:17).

Aquí se expresa enfáticamente lo que ya encontramos en el versículo 16. Todos los que tienen parte en la sangre del Señor Jesús y en su cuerpo dado por nosotros están ligados por una comunión, forman un cuerpo. En esta parte no continúa la enseñanza de un solo cuerpo, porque aquí el tema es la comunión y su carácter exclusivo. En el capítulo 12, al igual que en la epístola a los Efesios y en otras porciones, se habla extensamente de ello.

1 Corintios 12:13 nos muestra cómo llegó a establecerse esta comunión. La base, el fundamento, es la obra cumplida por el Señor Jesús en la cruz, pero es realizada por medio del bautismo del Espíritu Santo. Las Escrituras nos dicen claramente cuándo tuvo lugar este hecho. Juan el Bautista anunció que el Señor Jesús bautizaría con el Espíritu Santo. Y en Hechos 1:4-5 el Señor Jesús dijo a los apóstoles que dentro de no muchos días recibirían el derramamiento del Espíritu Santo.

Las Escrituras hablan de dos maneras respecto a la Iglesia como cuerpo de Cristo. A veces muestran su existencia según el consejo de Dios, a saber, cómo será en el cielo (Efesios 1:22-23). Está compuesta por todos los creyentes que en el día de Pentecostés fueron bautizados en un solo cuerpo (Hechos 2) y por todos los que más tarde han sido y serán añadidos a ella (Hechos 2:47), hasta que sea arrebatada hacia la gloria. En ese momento, durante un instante, el conjunto de la Iglesia estará numéricamente completo en la tierra. Los muertos en Cristo serán resucitados, y nosotros, los que aún estemos vivos, seremos transformados “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos” (ver 1 Tesalonicenses 4:15-17; 1 Corintios 15:51-54).

En general –y siempre que se trata de nuestra responsabilidad, de nuestra marcha en la tierra– las Escrituras muestran a la Iglesia como el conjunto de creyentes que en un momento dado viven en la tierra. Los que fallecieron y duermen en el Señor ya no están en la tierra, por lo tanto no precisan exhortaciones respecto a su andar.

En 1 Corintios 12:27 encontramos el carácter del cuerpo de Cristo desde este punto de vista, presentado con toda claridad. A los corintios les fue dicho: “Sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular”. Sin embargo, debemos rechazar la idea de que los creyentes de un determinado lugar constituyan el cuerpo de Cristo. Si así fuese, habría tantos cuerpos de Cristo como localidades en las que viven creyentes. Por lo que hemos visto en 1 Corintios 10:16-17 es evidente que esto no puede ser verdad. En el versículo 28 del capítulo 12 también se aclara eso. Allí, cuando se dice qué dones ha dado Dios a la Asamblea, en primer lugar se nombra a los apóstoles, y sabemos que estos **no estaban** en Corinto. La asamblea de Dios en Corinto no era más que la expresión local de aquel único cuerpo, el cuerpo universal de Cristo. Pero volvamos a 1 Corintios 10:16.

La Cena del Señor es la expresión de la unidad del cuerpo de Cristo

Hemos visto que la unidad del cuerpo de Cristo se forma mediante el bautismo del Espíritu Santo (1 Corintios 12:13), así que no es por la participación en la Cena del Señor. Si así fuera, la Asamblea solo estaría formada por los que participan en la Cena del Señor, lo cual estaría en total contradicción con la enseñanza general de la Palabra. El versículo que acabamos de citar tampoco habla de eso. Así como el Señor Jesús cuando dio el pan a los discípulos les dijo: “Esto es mi cuerpo”, y con eso dio una señal visible, una representación visible de su cuerpo dado por nosotros, aquí las Escrituras añaden que el pan y la copa, señales visibles, son la expresión del cuerpo de Cristo, de la Asamblea. Todo el que bebe de la copa y come del pan implícitamente expresa que pertenece a la categoría de aquellos que tienen parte en todas las maravillosas consecuencias del derramamiento de la sangre del Señor Jesús y del sacrificio de su cuerpo en la cruz. Es miembro del cuerpo de Cristo. En el capítulo 10, en relación con la Cena del Señor, las Escrituras nos enseñan **lo que somos**, mientras que en el capítulo 11 y en los evangelios encontramos **lo que hacemos**.

Así, no celebramos la Cena del Señor de manera individual, sino juntos, como miembros del único cuerpo. Siempre se dice “nosotros”. Precisamente por el partimiento del pan expresamos nuestra unidad con **todos** los miembros del cuerpo de Cristo. Resulta claro que **todos** los miem-

bros pueden tomar la Cena, pero únicamente ellos, los miembros. Si se admite a incrédulos, esto es, cuando por principio se admite a personas sin tener la seguridad de que sean miembros del cuerpo de Cristo, entonces no se trata de la Cena del Señor, sino de la cena del grupo de personas que la ha organizado. Lo mismo ocurre si se niega la participación a creyentes que verdaderamente pertenecen al cuerpo de Cristo, y a quienes no se puede acusar de ninguna cosa que Dios mismo llame un impedimento, por ejemplo una marcha caracterizada por su maldad, una enseñanza errónea o la relación con cosas impuras. En cuanto se ponen otras condiciones (por ejemplo, estar conforme con ciertas verdades que no son básicas), se hace de la Cena del Señor la cena de uno mismo y se la priva de su carácter de Cena del Señor, como las Escrituras lo enseñan.

En oposición a ello, la Palabra indica muy claramente el carácter de la Cena del Señor, la que, como lo hemos visto, es la comida de comunión del Señor con los suyos. Todos los participantes en esta comunión han muerto con Cristo. Son hombres nuevos que han recibido una vida nueva, a la que las Escrituras llaman “espíritu” (Juan 3:6), y en ellos mora el Espíritu Santo. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

La Cena del Señor, pues, no se celebra según el viejo hombre. Es la Cena **del Señor**, quien murió y resucitó, y a quien Dios ha hecho Señor y Cristo (Hechos 2:36). El Señor resucitado invita a los suyos, **como sus huéspedes**, a que celebren **su** Cena. Él es quien convida y asimismo el único que ha de disponer las cosas. Una cena en la que no se le reconociese como Señor, donde los hombres arreglasen todas las cosas siguiendo sus propios criterios, no puede ser la Cena del Señor.

El carácter exclusivo de la Cena del Señor

Hemos visto que solo los verdaderos creyentes pueden participar en la Cena del Señor. En otras citas, como en 1 Corintios 5 y en la segunda epístola de Juan, se mencionan algunas cosas por las cuales ciertas personas, reconocidas como verdaderos creyentes, están impedidas para tomar parte en dicho acto. En 1 Corintios 10:18-22 el Espíritu Santo hace énfasis sobre el hecho de que las relaciones que no agradan a Dios representan un impedimento absoluto, aun cuando uno no participe personalmente en el mal.

Ya hemos visto que algunos hermanos en Corinto opinaban que los ídolos no eran más que trozos de madera o de metal, pues tan solo existe un Dios. De modo que, según ellos, no importaba si se comía de las ofrendas dadas a los ídolos o si se tomaba una comida en el templo del ídolo.

Las Escrituras, sin embargo, señalan que tales conclusiones son completamente falsas. Por lo general, los adoradores participan en algo que los distingue de los demás hombres. Para la Iglesia es la sangre y el cuerpo de Cristo. Por consiguiente, los creyentes no pueden tener comunión con algo que sería incompatible con estos símbolos de la muerte de Cristo. Las Escrituras lo dicen muy claramente; la única ofrenda, de la cual el israelita común podía comer, era la de paz (o de acción de gracias) de Levítico 3 y 7. Este relato se refiere a tal sacrificio y es de notar que precisamente este sacrificio representa la figura más perfecta de la Cena del Señor y la adoración de la Asamblea ligada con ella.

Era una ofrenda voluntaria, es decir, nadie tenía la obligación de presentarla. Pero cuando un israelita deseaba alabar y agradecer a Dios (Levítico 7:11 y siguientes) y quería traer una ofrenda, entonces valían las instrucciones divinas tocantes a lo que se debía presentar para agradar a Dios. Estaba prescrito **dónde** lo debía presentar: ante el rostro del Señor, a la entrada del tabernáculo de reunión, donde Dios moraba y el pueblo podía acercársele: junto al altar. Vemos que el servicio es inseparable del altar, es uno con él. La sangre se rociaba alrededor del altar (cap. 3:2). La grosura con los riñones eran ofrecidos en el altar después de que el israelita había ofrendado el pecho ante Dios como ofrenda mecida; Dios llama a eso “mi pan” o “mi vianda” (Números 28:2; Levítico 3:3-5, 11, 16). El sacerdote que ejecutaba el servicio junto al altar recibía la espaldilla derecha. Aarón y sus hijos recibían el pecho. El que había aportado la ofrenda podía comer la carne restante junto con todos los del pueblo que estuviesen limpios.

En Levítico 7:18-21 encontramos instrucciones importantes sobre el estado de impureza. La carne que había entrado en contacto con algo impuro debía quemarse. En el lugar al que traemos nuestra ofrenda también puede haber algo impuro, por lo cual incluso la ofrenda limpia en sí viene a contaminarse y ya no puede ser comida. Asimismo, si la persona tocaba cualquier cosa inmunda, le quedaba terminantemente prohibido comer de la ofrenda (tomar parte en ella). Eso también valía para los que personalmente no tenían ninguna impureza, pero que, a sabiendas o no, habían tocado la impureza ajena (Números 19; Levítico 5:17). El juicio era el mismo en los dos casos: “Tal persona será cortada de entre la congregación”. Cuán aplastante es el juicio de Dios

en contra de la afirmación humana: «El contacto con una enseñanza falsa o con lo moralmente injusto no contamina, siempre que uno mismo no participe activamente en tal enseñanza o en el mal».

Todavía encontramos más sobre la unión con el altar. En Levítico 7:15-18 leemos que la carne de la ofrenda de acción de gracias solo podía comerse el día en que era ofrecida a Dios (sobre el altar). La unión con el altar no debía interrumpirse; si esto sucedía, perdía el carácter de ofrenda. La ofrenda voluntaria o la ofrenda de voto se podía comer incluso un día después de ser ofrecida, porque se trataba de una mayor energía y entrega del corazón, de modo que la unión con el altar perduraba más tiempo. En Levítico 17 encontramos la prohibición expresa de sacrificar una ofrenda de acción de gracias excepto a la puerta del tabernáculo de reunión, pues la sangre se debía rociar en el altar y allí mismo se quemaba la grosura. Alguien que no obedeciera debía ser eliminado de la congregación de Israel.

En el Nuevo Testamento encontramos un lenguaje aun más claro. El Señor Jesús dice que el altar santifica la ofrenda (Mateo 23:19), de modo que el altar es más importante que la ofrenda, y la ofrenda recibe su carácter por el hecho de que entra en contacto con el altar.

La Mesa del Señor

En Malaquías 1:7, como también en Ezequiel 41:22, el altar donde se colocaba el sacrificio de acción de gracias se llamaba la “Mesa de Jehová”. Por ambas citas vemos que “mesa” y “altar” indican la misma cosa. La expresión “altar” alude más bien a la ofrenda que se colocaba en él, mientras que la palabra “mesa” se relaciona con la comida y con la comunión ligada a ella. La ofrenda de acción de gracias era una comida de comunión entre Dios y su pueblo. Dios recibía su parte, Aarón y su casa (figura de Cristo y la Iglesia) también recibían la suya e igualmente todo aquel que se hallaba limpio entre el pueblo.

Así lo encontramos en el Nuevo Testamento. Hebreos 13:10 dice:

“**Tenemos un altar, del cual no tienen derecho de comer los que sirven al tabernáculo (los que pertenecen al judaísmo).**”

En 1 Corintios 10:18-21 también se utilizan alternativamente las palabras “mesa” y “altar”.

El Espíritu Santo usa la expresión que él mismo dio al altar de acción de gracias en el Antiguo Testamento y la relaciona con la Cena del Señor y con el carácter de comunión de esta comida.

¿Qué expresiones: “Mesa del Señor”, “Cena del Señor”! Invita los suyos a su Mesa para celebrar con ellos su Cena. Naturalmente, aquí no es cuestión de la mesa de madera sobre la cual se encuentra el pan y el vino. Es la Mesa del Señor muerto y resucitado. A esta Mesa él invita a los suyos, a los que han muerto con él para que coman con él. Es una mesa espiritual, el sitio en su casa espiritual, a donde convida a los suyos para que acudan y estén con él. Allí está su Cena.

¿Podría alguien dudar todavía de que en “la Mesa del Señor” **solo hay Uno** que dispone de autoridad? ¿Es difícil comprender que solo Uno tiene facultad para determinar quién puede tener parte en esta mesa, cómo ha de ejecutarse el servicio y quién ha de ser utilizado para el servicio? Solo el Señor tiene derecho de decidirlo todo, y Él quiere dirigirlo por medio de su Espíritu. Ningún hombre tiene algo que decidir, nadie tiene que hacer algo, a menos que el Señor quiera utilizarlo.

Precisamente aquí el Espíritu Santo hace énfasis sobre el carácter exclusivo de la Cena del Señor. Uno no puede participar en la Mesa del Señor y en la mesa de los demonios. El amor es celoso. El Señor ama tanto a los suyos que por ellos entró en la muerte; sí, en la muerte de cruz, en el juicio de Dios. Los ama tanto que ahora vive por ellos para interceder a su favor (Hebreos 7:25). Los ama tanto que les tiene preparado un lugar, su Mesa, a la que los invita para que acudan a él y celebren su Cena. Cristo no puede tolerar ninguna negligencia en contra de sí mismo, en contra de los derechos de su amor y de su santa comunión. Él libertó a los suyos del poder de Satanás y del mundo. Por ellos fue hecho pecado para que el hombre según la carne fuese destruido bajo el juicio de un Dios santo y justo. ¿Cómo podría tolerar que los suyos se asociasen a Satanás o al mundo, a los principios del hombre natural? Y menos aún en **este** sitio, donde ellos están con él para recordar su maravilloso acto de amor, su entrega de sí mismo en la cruz, donde todo esto está colocado delante de ellos, mientras les da el pan partido y el vino, diciendo: “Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado; haced esto en memoria de mí... Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama” (Lucas 22:19-20).

Un corazón que ama al Señor Jesús, ¿podría ser indiferente en este lugar con respecto a sus derechos? ¿Querría actuar sin preguntar en oración: «Señor, qué quieres que yo haga, dónde está el sitio al cual me invitas, dónde está tu Mesa, dónde puedo celebrar tu Cena? Aunque un hijo de Dios se muestre indiferente, el Señor sigue siendo el mismo. Se niega a tener comunión en su Mesa con los que muestran indiferencia respecto a sus derechos. “El que no es conmigo, contra mí es” (Mateo 12:30). “¿O provocaremos a celos al Señor? ¿Somos más fuertes que él?” (1 Corintios 10:22).

¿Ya toman parte ustedes en la Mesa del Señor, el único lugar donde él acepta que se le celebre su Cena?

Con un fraternal saludo.

La adoración

Queridos hermanos:

Después de haber hablado sobre la Cena del Señor en la carta anterior, quisiera escribir algo acerca de la adoración, la cual está muy estrechamente ligada a la Cena del Señor, aunque no es lo mismo. Celebrar la Cena del Señor, como las Escrituras nos indican, nos conduce a la adoración; pero ella no es la adoración.

¿Qué es la adoración? Quizá la podríamos definir como un homenaje que se presenta a Dios en virtud de lo que él es en sí mismo y de lo que significa para quienes le adoran. La palabra hebrea que más se utiliza en el Antiguo Testamento para expresar “adoración” quiere decir literalmente «postrarse». Así se utiliza, por ejemplo, en Génesis 18:2. La palabra griega “*proskuneo*”, que a menudo se encuentra en el Nuevo Testamento, significa «prueba de honor», tanto hacia Dios como hacia los hombres.

Obviamente es el deber de cada criatura que tiene entendimiento adorar a Dios. Los ángeles lo adoran (Nehemías 9:6) y sus santos también. En el Evangelio eterno los hombres son invitados a dar honra a Dios y a adorarlo (Apocalipsis 14:7). Pronto, todo lo que hay en la tierra lo adorará (Sofonías 2:11; Zacarías 14:16; Salmo 86:9; etc.).

Pero si los ángeles adoran a Dios en verdad, porque saben quién es, los inconversos, por otra parte, pronto se postrarán delante de él porque habrán experimentado su poder en los juicios o porque querrán disfrutar de la vida bajo el señorío del Señor Jesús. Pero semejante adoración exterior no es todo lo que Dios requiere de los hombres. Él quiere la adoración del corazón, la honra que procede del amor de los hombres hacia Dios.

Ahora bien, de eso él nos ha hablado, y su Palabra nos instruye acerca del carácter, la fuerza y el verdadero lugar de la adoración. En Juan 4, por ejemplo, el Señor habla sobre ello con palabras claras y sencillas.

El verdadero lugar de adoración

La mujer samaritana dijo al Señor: “Señor, me parece que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar”.

Como tantas personas lo hacen hoy día, esta mujer buscaba solo las opiniones de los hombres: “Vosotros decís”. No habla de la voluntad de Dios en este asunto, ni siquiera se le ocurre preguntar si el Señor ha revelado su voluntad o ha escogido uno u otro sitio. Dios había señalado expre-

samente a Jerusalén como el lugar de su morada. David lo supo cuando Dios aceptó su ofrenda en la era de Ornán (1 Crónicas 21:28). Cuando Salomón empezó a edificar el templo, conocía la elección hecha por Dios respecto a ese lugar (2 Crónicas 3:1). Después que hubo terminado la construcción, Dios le aseguró que había obrado acertadamente y que su nombre permanecería allí para siempre (2 Crónicas 7:16).

Es obvio que la mujer ignoraba completamente las declaraciones de las Escrituras. Pero, ¿quién tenía la culpa de eso? Quizá su ignorancia se debía a su posición de samaritana, que había recibido por su nacimiento. Sin embargo, eso no era ninguna disculpa. Ella pretendía tener contacto con el Dios de Jacob, pero no conocía ni buscaba la revelación de sus pensamientos sobre estas cosas.

Ella se refirió a lo que sus antepasados habían hecho. Durante siglos el templo en el monte Gerizim había sido el centro de adoración de los samaritanos, pero este hecho no podía justificar la pretensión de que ese templo fuese el verdadero lugar de adoración. Era cierto que la mujer seguía las pisadas de sus antepasados al adorar de igual manera que ellos, pero así y todo quedaba la pregunta: «¿Este lugar ha sido escogido por Dios para que su pueblo se le acerque y le adore?». Una sola declaración de la Palabra de Dios: “Así dice el Señor”, destruyó todas sus ideas, sus argumentos y sentimientos. Y aún más: supongamos que verdaderamente ella ignoraba la revelación con respecto a Jerusalén; mas ¿tenía Dios la obligación de aceptar su adoración en ignorancia que traía al monte Gerizim? Sin duda alguna había muchos samaritanos que sinceramente estaban convencidos de que adoraban de manera correcta. Pero, ¿por eso se haría aceptable a Dios tal adoración? ¿Acaso la conciencia del hombre se halla por encima de las declaraciones de la Palabra de Dios? ¡De ningún modo! Por eso también el Señor Jesús rechazó rotundamente la pretensión de los samaritanos: “Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos”.

En esta conversación se nos presentan tres cosas:

1. Es peligroso y malo que el hombre imponga sus pensamientos con respecto a un tema sobre el cual Dios ya ha expresado su mandato.
2. Adorar a Dios como lo hicieron nuestros padres no nos da ni la más mínima seguridad de que lo hacemos acertadamente, como Dios mismo lo dispuso.

3. El hecho de que hagamos algo con buena conciencia no es razón para que Dios lo acepte. Lo único importante en caso de surgir una pregunta es lo que Dios ha dicho al respecto. El deber del pueblo de Dios consiste simplemente en ajustar sus pensamientos a los de Dios. “Si una persona pecare, o hiciere alguna de todas aquellas cosas que por mandamiento de Jehová no se han de hacer, **aun sin hacerlo a sabiendas**, es culpable, y llevará su pecado” (Levítico 5:17).

El Señor no sigue hablando de Jerusalén. Presenta la verdad muy claramente para luego anunciar algo nuevo. Bajo la ley Jerusalén era, en virtud de la autoridad divina, el lugar donde se debía adorar. Pero luego el Hijo de Dios vino a la tierra. “Dios fue manifestado en carne” (1 Timoteo 3:16). “El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mateo 11:27). Esto debe influir en nuestra adoración a Dios, puesto que la adoración se basa en el conocimiento de Dios.

Lo esencial del cristianismo

En Juan 4:10 el Señor Jesús da a conocer brevemente las señales de la nueva época, es decir, el período de la Iglesia.

“ Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva.

“El don de Dios”. Aquí encontramos la plena revelación de Dios. Bajo la ley, Dios no fue revelado como el que da; era el que exigía. Requería que los hombres le sirvieran y otorgaba su bendición en virtud de la obediencia a sus mandamientos. Él moraba en espesas tinieblas (Deuteronomio 4:11; 5:22-23; Salmo 18:11-12). Dios no se revelaba sino que escondía su verdadero Ser. No que la ley fuese mala, pues es santa, justa y buena (Romanos 7:12); pero el hombre era pecador y cuanto más hincapié se hacía sobre las exigencias de la ley, más visibles eran los pecados de los hombres. Si fuera verdad lo que algunos afirman, que la ley es la imagen de Dios, entonces el hombre estaría perdido, abandonado y sin remedio. Pero eso no es verdad. La ley –aunque procede de Dios– no es el mismo Dios ni la imagen de Dios. Es solo la medida moral que indica cómo un hombre pecador debe comportarse ante su Creador.

Dios es luz y amor. Cuando el hombre se halla en la profundidad de su miseria, Dios da libre y perfectamente. El Señor Jesús, quien reveló plenamente a Dios en la tierra, dijo en una ocasión: “Más bienaventurado es dar que recibir” (Hechos 20:35). ¿Faltaría Dios a lo que él mismo llama

“más bienaventurado”? Bajo la ley, Dios hubiera sido el que recibe, en tanto no quedara transgredida la ley; pero en el Evangelio siempre es el que da. Y mucho más: dio a su Hijo, lo mejor que tenía, a personas que solo merecían la condenación eterna.

En la epístola a los Hebreos, la posición de un israelita bajo la ley se opone a la de un cristiano. Para el israelita, “aún no se había manifestado el camino al Lugar Santísimo” (Hebreos 9:8). Los sacrificios que eran presentados no podían quitar ningún pecado (Hebreos 9:9; 10:4, 11). El sumo sacerdote estaba rodeado de flaquezas y también tenía que hacer sacrificio por sus propios pecados (Hebreos 5:3).

En cambio, el cristiano ha sido hecho perfecto para siempre (Hebreos 10:14); tiene una conciencia purificada (Hebreos 9:14). Posee, pues, libertad para entrar en el Lugar Santísimo, porque el velo ha sido rasgado y el camino hacia Dios está abierto. Tiene un gran sacerdote sobre la Casa de Dios, hecho perfecto para siempre (Hebreos 10:19-22; 7:28). ¡Qué dador es Dios! Pero esto solo fue posible por la bondad y la humillación del Hijo de Dios, quien vino a la tierra y sufrió hasta lo extremo por pecadores enemigos. La mujer samaritana no lo conocía; como mucho vio en él a un judío amable, pero en ningún caso pensó que él era el Señor mismo, el Dios del cielo y de la tierra, el Unigénito que está en el seno del Padre. Si tan solo hubiese captado algo de esto, le habría rogado y él le hubiera dado agua viva. Según Juan 7:39, el agua viva es figura del Espíritu Santo que mora en el creyente.

Aquí tenemos, pues, la gracia de Dios como fuente, de la que emana todo, luego la gloria de la Persona del Hijo y su presencia en humildad entre los hombres. Y, para terminar, tenemos al mismo Hijo de Dios, revestido de **su** propia gloria, quien da agua viva al alma sedienta: el Espíritu Santo. Estas cosas forman el fundamento necesario para la adoración cristiana.

El Padre busca adoradores

“Adorarán al Padre”. Eso tiene que haber llamado la atención de la mujer; debió ser algo completamente nuevo para ella. El pueblo de Israel era hijo de Dios, era su primogénito (Éxodo 4:22); los israelitas eran hijos de Jehová su Dios (Deuteronomio 14:1). Dios era el Padre de Israel y Efraín era su primogénito (Jeremías 31:9). Pero este pueblo nunca había adorado a Dios como Padre, pues “ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mateo 11:27). Esta es una parte esencial de la adoración cristiana: conocer a Dios en su relación de Padre con su pueblo, el que le adora como tal. Pero esta revelación es un asunto personal: “aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”.

El que tenga este conocimiento lo ha recibido del Hijo. “El unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18). Después del cumplimiento de su obra, Cristo introdujo a los suyos en su propia relación con el Padre: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre” (Juan 20:17). Esa es la porción del creyente, incluso del más joven. A los hijitos en la fe, el apóstol escribe: “Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre” (1 Juan 2:13; comparar con Juan 17:2-3).

El Padre **busca** adoradores. ¡Qué inmensa gracia! En Israel cada hombre **debía** subir a Jerusalén tres veces al año para adorar (Deuteronomio 16:16). En el milenio, todas las naciones de la tierra tendrán que subir año tras año a Jerusalén para adorar allí. Quien no lo haga será castigado (Zacarías 14:16-19). Pero el Padre **busca verdaderos** adoradores, aquellos para quienes esto no representa una forma exterior, sino un asunto del corazón. Para nosotros, ¿qué valor tiene lo que el Padre busca?

Adoración en espíritu y en verdad

“Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:23-24).

Aquí encontramos el carácter de la adoración cristiana. La verdadera adoración no es un culto formal, terrenal, sino que concuerda con lo que Dios es y con su completa revelación. Ningún incrédulo puede adorar de esta manera, pues solo a través del nuevo nacimiento hemos recibido la nueva vida, a la que las Escrituras llaman “espíritu”. “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Juan 3:6; Romanos 8:16). Es una adoración espiritual, según el nuevo hombre, en armonía con lo que Dios es. Pero hay creyentes que son poco espirituales. El apóstol Pablo no podía tratar a los corintios como hombres espirituales, pues eran carnales (1 Corintios 3:1-3). No estaban “en la carne”, como antes de su conversión, pero aunque habían nacido de nuevo –esto es, poseían la nueva vida, que es “espíritu”– andaban y obraban de modo carnal, como piensa el hombre natural.

El culto de Israel era terrenal, natural. Se practicaba en un lugar determinado geográficamente, en un magnífico templo. Este servicio era planeado hasta en el más mínimo detalle. El hombre, vestido con un ropaje costoso y acompañado por una música maravillosa, podía ofrecer lo más elevado y lo mejor que la tierra tenía para dar. En ello no había nada de espiritual. A un sacerdote, a un cantor o a quien traía una ofrenda ni siquiera se le exigía haber nacido de nuevo. Pero

todo esto había sido instituido por Dios mismo, pues se trataba del culto de un pueblo terrenal para un Dios que no se había revelado a ellos plenamente, sino que permanecía oculto a sus ojos (véase Salmo 18:11; Isaías 45:15).

En la cruz, sin embargo, Dios acabó con el hombre natural. Nosotros, que hemos nacido de nuevo, que hemos creído en el Señor Jesús, hemos muerto con Cristo (Romanos 6:8). Hemos de andar según la nueva vida que el Espíritu Santo ha obrado en nosotros por el nuevo nacimiento. El Espíritu Santo, que mora en nosotros, es la fuerza divina que nos capacita para llevarlo a cabo.

Nuestra adoración **tiene que ser espiritual**. Es una necesidad moral de la que no podemos librarnos. Como claramente lo dijo el Señor Jesús en el versículo 24, el Espíritu Santo es la fuerza de toda adoración cristiana.

En completo acuerdo con ello, no se nos prescribió ninguna forma o ceremonia para nuestra adoración. Eso es mucho más notable si consideramos que entre los israelitas **todo** estaba ordenado, hasta los más mínimos detalles. Ni siquiera conocemos las palabras con las que el Señor oró al instituir su Cena. No tenemos ninguna descripción de algún apóstol partiendo el pan; ningún cántico del cual sepamos que se cantaba en tiempo de los apóstoles. Tampoco hay en el Nuevo Testamento un libro con salmos cristianos. Porque únicamente hemos de adorar **por medio del Espíritu Santo** (Filipenses 3:3). Si volvemos a las formas del Antiguo Testamento, imitándolas para hacer de ellas la adoración cristiana, perdemos la marca del cristianismo, a saber, la adoración **por medio del Espíritu de Dios**.

No obstante, la adoración no debe ser solamente en espíritu, sino también “en verdad”. “¿Qué es la verdad?”, preguntó Pilato. Él no sabía que Aquel a quien tenía en frente, coronado de espinas, era la Verdad. La verdad es lo que Dios ha revelado de sí mismo, y lo ha hecho a través del Hijo. En cierto sentido Israel también adoró en verdad, ya que su culto concordaba con la revelación de Dios en aquel entonces. Pero ahora está perfectamente revelado, pues “Dios... manifestado en carne” estuvo en la tierra y, por ilimitada gracia podemos conocerle.

“ Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero (1 Juan 5:20).

Desde luego, hay crecimiento en el conocimiento de la verdad. El Espíritu de Dios obra en nosotros para conducirnos a toda verdad; pero la diferencia que por eso existe entre los creyentes es infinitamente pequeña comparada con la que hay entre un hombre no nacido de nuevo y el cre-

yente más joven. El hombre, antes de su conversión, está absolutamente incapacitado para conocer a Dios. No está más habilitado para ello que lo que está una vaca para entender una ciencia o filosofía.

Por medio del nuevo nacimiento hemos recibido una vida espiritual, y a través de ella nos encontramos en condiciones para conocer a Dios. Es la “naturaleza divina” (2 Pedro 1:4). En esta nueva vida obra el Espíritu Santo que mora en nosotros, quien también es la fuerza divina que pone esta nueva vida en contacto con Dios mismo (Juan 4:14). A los hijitos en Cristo se les dice: “Vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas. No os he escrito como si ignoraseis la verdad, sino porque la conocéis” (1 Juan 2:20-21).

Así, pues, podemos acercarnos a Dios nuestro Padre. Lo vemos y disfrutamos de él por el poder del Espíritu Santo, quien pone nuestra nueva vida en contacto con Dios mismo. Al contemplar a Dios tal como es, quedamos admirados y sentimos la necesidad de expresarlo. Cada hijo de Dios que no ha quedado estacionado ante las bendiciones recibidas, sino que ha levantado los ojos al Dador mismo, sabe por experiencia lo que esto significa. La gloria del Padre y del Hijo son tan grandes que nuestros corazones son demasiado pequeños para comprender perfectamente lo que vemos. Además, tampoco estamos en condiciones de expresar estas glorias en palabras. Pero adoramos “en espíritu”, de modo que nuestra adoración **no** está en nuestras palabras, **sino** en los sentimientos espirituales que suben de nuestros corazones. Todavía queda la pregunta:

¿Dónde debemos adorar?

Sin duda alguna, cada creyente debe adorar personalmente. ¿Cómo podemos contemplar la obra del Señor Jesús, el amor y la bondad del Padre, sin dar gracias y alabar? Pero estas cosas las tenemos juntamente con todos los hijos de Dios, lo que nos conduce espontáneamente a la adoración en común.

Somos más guiados a la adoración cuando estamos reunidos para anunciar la muerte del Señor Jesús. Tomamos de su mano el pan partido y la copa. Entonces lo vemos en la perfección de su obra y de su amor. Nuestra mirada hacia el Cordero inmolado, en el cielo, nos conducirá a cantarle y adorarlo (Apocalipsis 5).

Sí, nos reunimos para anunciar su muerte. En sí, la celebración de la Cena del Señor no es la adoración. Pero si los que la celebran son espirituales, no pueden sino dar gracias y adorar. Entonces la celebración de la Cena del Señor viene a tomar su justo lugar en la reunión de adoración.

¿Puede una persona sola ofrecer a Dios una adoración digna de él? Cuando Adán todavía no había caído, podía dar gracias a Dios por su bondad. Pero ahora Dios está plenamente revelado en el Señor Jesús. Si una adoración que llega a esa altura fuese presentada por una sola persona, esto supondría en esta persona un nivel espiritual que la colocaría casi a la altura de Aquel a quien ella adora.

En 1 Corintios 14 encontramos la adoración relacionada con la Iglesia. Allí vemos según qué principio y a través de quién Dios permite que ahora lo adoremos. Es un complemento importante de nuestro conocimiento de la voluntad de Dios. Desde el principio, el canto, las acciones de gracias y la alabanza han sido partes integrantes de la adoración. También vemos que esto no dependía de una sola persona, sino del orden y la actuación de Dios en la Iglesia (ver sobre todo los vv. 12-17). El Señor valora la adoración inteligente de su pueblo. Los suyos se reúnen con la conciencia de que el Señor es el único que tiene autoridad en medio de ellos y de que solo él puede determinar a quién quiere utilizar. El Señor ejerce esta autoridad por medio del Espíritu Santo que mora en la Asamblea. No importa que un hombre, diez o veinte efectúen el servicio, sino que sea el Espíritu Santo quien guíe o escoja a quien él quiere.

¿Conocen ustedes, personalmente y por experiencia, esta adoración? No es ningún asunto del intelecto. Como hemos visto, es la respuesta de corazones que se ocupan en el Padre –quien entregó a su Hijo unigénito para que sufriera la muerte de la cruz– y meditan en el Salvador, el Hijo de Dios, quien los amó y se dio a sí mismo por ellos.

Con saludos afectuosos, su amigo.

El servicio

Queridos amigos:

La vida de un cristiano consiste en tomar y dar. Debe ser como un lago: por uno de sus extremos el agua puede entrar y por el otro salir. Un cristiano que solo recibe pero nunca da se convierte en un místico soñador (un hombre emocional lleno de secretos). Lo contrario, pero igualmente equivocado, sucede con un cristiano que está tan ocupado en dar que no encuentra tiempo para recibir él mismo, llegando a la bancarrota espiritual.

En una de las cartas anteriores ya hice alusión a ello, a saber, que cada servicio debe tener como punto de partida el “estar a los pies del Señor Jesús”, donde lo escuchamos y tenemos comunión con él. Vimos esto en relación con la adoración, especialmente en el caso de María. Ella pudo ungir los pies del Señor Jesús con su precioso nardo y en el momento oportuno porque muy a menudo había estado sentada a sus pies; por eso conocía su persona y sus pensamientos. En cuanto a Marta, también vemos que ella le sirvió después de haber recibido de él cuando estaba preocupada.

En estas dos figuras tenemos los dos aspectos del servicio cristiano. En María se nos dirige hacia el Señor, hacia Dios; en Marta se presenta el servicio aplicado a los hombres. Así, en 1 Pedro 2:5 leemos que somos un “sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo”. Pero luego agrega que somos “real sacerdocio”, para que anunciemos las virtudes de Aquel que nos ha llamado de la oscuridad a su luz maravillosa. Ahora queremos detenernos un poco en este segundo aspecto del servicio. Ya hemos hablado sobre el primero cuando nos referimos a la Cena del Señor y a la adoración.

Cada servicio debe desempeñarse por mandato del Señor y bajo la responsabilidad ante él, esto es un gran principio en las Escrituras. Para todo creyente que reflexione, esto es muy claro. Un siervo del Señor comunica a los hombres un mensaje de parte de Dios. Por lo tanto, Dios mismo llama a sus siervos y les proporciona los dones que precisan. Ahora bien, en Efesios 4:7-12 (en relación con el Salmo 68:18) está escrito que el Señor resucitado ha recibido dones y los distribuye a los suyos. Todas las demás citas que en la Palabra tratan este punto así lo confirman.

Él llama a quien quiere

“Después subió al monte, y llamó a sí **a los que él quiso**; y vinieron a él. Y estableció a doce, **para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar**” (Marcos 3:13-14). En estos versículos se trata del llamamiento de los doce apóstoles. La misión que ellos recibieron no puede compararse

con la que el Señor da **ahora** a sus siervos. Según Mateo 10, ellos solo debían predicar a los judíos. Después de que el Señor fue rechazado por Israel y cumplió la obra de redención en la cruz, les confió la nueva misión de predicar a todo el mundo (Marcos 16:15), pero los principios de Su llamamiento son los mismos.

En Marcos 3:13-14 hallamos tres puntos importantes. Primero: el Señor llama a quien él quiere. Segundo: los llama para que estén con él. Tercero: los envía para que prediquen.

Primero, el Señor llama a sus obreros según su propia y libre voluntad. A Jeremías le dijo:

“ Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones (Jeremías 1:5).

Sobre Juan el Bautista fue dicho algo parecido, de conformidad con el mismo principio, por parte del ángel del Señor (Lucas 1:13-17). Pablo también escribe de sí mismo: “Cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles” (Gálatas 1:15-16).

Ningún hombre, ningún siervo de Dios y tampoco la Asamblea, tienen algo que ver con el llamamiento de los obreros del Señor. El Señor se ha reservado expresamente este derecho. Como lo vemos en Jeremías y en Gálatas, la preparación para estos llamamientos empieza desde antes del nacimiento del obrero y continúa hasta que el Señor se lo exprese, después de su conversión.

Estar con él

¿Para qué nos llama el Señor? ¿Acaso nos llama inmediatamente después de la conversión para hacer una gran obra? No, Él nos llama para que estemos “con él”. Una condición importante para prestar un verdadero servicio es primeramente haber estado **con él** a fin de ser instruido por él. Entre Marcos 3:13 y 6:7 (cuando el Señor envió a los discípulos a predicar) transcurrió un tiempo largo. Cuando cumplieron esta misión especial, el Señor volvió a reunirlos a solas con él. El servicio solo puede ser verdaderamente bendecido si el siervo procede de la presencia del Señor y después del servicio vuelve allí otra vez. ¿Hacemos como los apóstoles, los cuales “se juntaron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado”? (Marcos 6:30). Cuán bendito e instructivo debe haber sido para ellos ser llevados aparte por el Señor y hablar tranquilamente con él sobre todo lo que habían hecho y enseñado. Si nosotros también hiciéramos esto más a menudo, nuestro servicio resultaría más bendecido.

Ahora no podemos estar corporalmente con el Señor como lo estuvieron los discípulos, pero espiritualmente sí podemos. En Juan 14:21 Jesús dice: “El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él”. Y luego sigue en el versículo 23: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él”.

El amor hacia el Señor se manifiesta cuando guardamos sus mandamientos (ver también 1 Juan 5:3). Qué contradicción más grande cuando alguien afirma que ama al Señor pero al mismo tiempo obra contrariamente a sus mandamientos. El versículo 23 va aún más allá: si alguien ama verdaderamente al Señor Jesús, no queda satisfecho con hacer solo lo que él **manda expresamente**. Tal persona se complace en cumplir todo lo que agrada al Señor.

El amor anhela agradarle. En el Nuevo Testamento no se hallan muchos mandamientos explícitos. Pero allí el Señor revela sus pensamientos con la expectación de que esto baste a los suyos para que actúen conforme a su voluntad. Y cuando eso sucede, el Padre y el Hijo hacen morada en esta persona. De esa manera, también hoy podemos estar **con él**. Y eso es necesario para que el Señor nos haga aptos para el servicio que quiere que hagamos.

Enviado por él

En Marcos 6:7 el Señor envía a los discípulos. Los ha enseñado y por eso son aptos para el servicio que les confía. Según el juicio de los hombres, eso no era lógico, pues sabían que los apóstoles eran gente “sin letras y del vulgo” (Hechos 4:13). Y según las normas humanas, de hecho lo eran. No habían estudiado la Teología de esa época. No sabían cómo los distintos rabinos interpretaban la Biblia. El Señor los había llamado directamente, sacándolos de sus respectivos oficios. Pero ellos habían estado **con él**. Hasta sus mismos enemigos lo reconocían. Por eso el Señor podía emplearlos para el servicio más importante que hubiese. Mediante la predicación de Pedro, tres mil personas se convirtieron en un día. **Su** enseñanza y **su** comunión eran el fundamento de la nueva obra que Dios empezó aquel día: la fundación de la Iglesia del Dios viviente (Hechos 2:42).

Esto no significa que antes de ese día no hubieran hecho nada. Desde el primer día en que estuvieron con el Señor, él tuvo algo que encomendarles. Pero hacían trabajos de ayuda, de sencilla ejecución. Participaban en la fatiga y en la enemistad ocasionadas por el Evangelio (Marcos 3). Remaban cuando el Señor cruzaba el lago (Marcos 4:35-41), etc.

El Señor quiere utilizarnos desde el primer día de nuestra conversión, **si estamos con él**. Siempre hay algo que hacer si queremos trabajar para él. Podemos repartir tratados, extender invitaciones a predicaciones del Evangelio y meditaciones de la Palabra, ayudar a preparar estas reuniones, etc. Si queremos hacer algo, el Señor siempre nos dará trabajo. Pero esto supone que debemos estar dispuestos a hacer **todo** lo que él nos encargue. No debemos esperar que ya desde el principio el Señor nos confíe grandes tareas.

En Mateo 25 el Señor da a cada uno de sus siervos “conforme a su **capacidad**”. Observemos que el siervo que tenía cinco talentos o el que tenía dos negociaron, pero el que recibió uno solo no. El Señor lo llama siervo malo y perezoso. Por no haber aprovechado el único talento que tenía, este le fue quitado y dado al que había trabajado mucho con los cinco talentos. Así, este último recibió aún más. Cuanto más diligentes seamos en las pequeñas cosas que el Señor nos manda hacer (aquellas que él pone ante nosotros), tanto más puede encomendarnos obras mayores; por lo menos cuando hacemos estas pequeñas cosas verdaderamente en obediencia y dependientes de él.

Años atrás, en una región montañosa de América del Norte vivía una joven muy sencilla que solo había asistido a la escuela durante tres meses. Trabajaba y ganaba cuatro dólares. De ellos daba dos como ofrenda para la obra del Señor y los dos restantes a su padre, quien tenía una familia numerosa que alimentar. Ella era la que más daba como ofrenda de toda la región. En la noche, y a menudo hasta las primeras horas de la madrugada, hacía otro trabajo, con lo cual ganaba el dinero para vestirse.

Un siervo de Dios visitó ese lugar, y como había pocas posibilidades para el alojamiento, ella puso su reducido cuarto a su disposición. Sobre la mesa estaba su Biblia, con anotaciones en casi cada hoja. La que más le llamó la atención al visitante fue la de Marcos 16:15, donde dice: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”; al lado, con letras grandes y claras, estaba escrito: «¡Oh, si yo también pudiera hacer eso!».

Al día siguiente, él le habló sobre el tema y la joven se puso a llorar, de manera que el siervo de Dios no logró sacarle palabra. Más tarde oyó su relato. Se había convertido cuando tenía catorce años de edad. Cierta vez llegó a casa y encontró un folleto con la inscripción: «China clama por el Evangelio». Nadie sabía de dónde había venido esta hoja. Pero a partir de ese momento sus pensamientos se volcaron hacia China. Durante diez años había orado al Señor, día tras día, para que la enviara a ese país. Pero hacía poco tiempo, la joven había llegado a la conclusión de que se había equivocado, que el Señor no la había designado para ser misionera en China sino

en la cocina. Desde ese momento había orado: «Ayúdame a estar dispuesta a ser misionera en la cocina». Y el Señor había oído su oración. Durante diez años ella había anhelado cosas grandes, sin descuidar las pequeñas. Sus ofrendas daban testimonio de ello. Pero desde entonces estuvo dispuesta a hacer cosas pequeñas como testigo del Señor para brillar en el pequeño círculo de una empleada doméstica. Solamente después el Señor pudo utilizarla para una obra bendecida en China, pues el siervo de Dios tenía la convicción de haber sido enviado a ese pueblo precisamente para ayudar a la joven. Por fin ella se trasladó a China.

El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel

“ (Lucas 16:10).

La dependencia del Señor

Hemos visto que los siervos del Señor son llamados por él mismo según su propia voluntad y que solamente él los envía. ¡Pero eso no es lo único! El servicio mismo tiene que ser desempeñado en dependencia del Señor.

Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo

“ (1 Corintios 12:5).

Los siervos de Mateo 25 tienen que hacer cuentas y responder de sus actos ante el Señor. Los discípulos llegaron y “le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado” (Marcos 6:30, ver 1 Corintios 3:10 hasta cap. 4:5).

Para poder corresponder a esta responsabilidad, hemos recibido el Espíritu Santo. Este quiere guiarnos en todas las cosas para que nunca hagamos nuestra propia voluntad (Gálatas 5:17). Ese es el caso, en una medida especial, en el “servicio”. “Los que en espíritu servimos a Dios” (Filipenses 3:3; ver también Hechos 16:6-10). “Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Corintios 12:11). Así, también en nuestro servicio somos guiados por el Espíritu Santo. Pero cumplimos el servicio en la dependencia del Señor y con responsabilidad ante él.

Esto tiene mucha importancia. Primero nos da gran seguridad. Cuando un creyente se mira a sí mismo, ve tantas debilidades, y a menudo equivocaciones, que no tiene ánimo ni seguridad para hacer algo. Incluso si sabe que ha recibido un don del Señor y que ha sido llamado por él, es muy consciente de que no es capaz de dar ni una sola bendición. Así como jamás un pecador se ha

convertido por las palabras de un hombre, tampoco un creyente puede ser bendecido por palabras de hombres. ¿Cómo puede uno saber cuáles son realmente las necesidades de los hombres a quienes habla?

En cambio, cuando somos utilizados por el Espíritu Santo, siempre habrá una bendición. Él conoce las necesidades que hay en cualquier momento y sabe cómo satisfacerlas. A quienes utiliza, les da palabras espirituales para comunicar cosas espirituales (1 Corintios 2:13).

Al mismo tiempo, eso es una gran responsabilidad. Debemos estar muy atentos a la dirección del Espíritu Santo, a fin de que pueda utilizar a quien él quiere, pues solo él tiene la libertad de guiarnos, tanto personalmente como en el servicio en la iglesia.

Si pensamos que podemos determinar quién debe hacer el servicio en las asambleas, estamos en la más absoluta contradicción con las Sagradas Escrituras y menospreciamos la presencia del Espíritu Santo. Eso vale también cuando decimos que todos pueden tomar parte en el servicio o cuando limitamos este derecho a una o unas pocas personas. Solo el Espíritu Santo tiene el derecho de determinar a quién quiere emplear. Y eso significa que debemos estar dispuestos para ser utilizados por él, si él así lo quiere.

Está claro que el Espíritu Santo, en las reuniones públicas de la iglesia, usa los dones que el Señor mismo ha dado con este fin. Pero también tiene libertad para valerse de los dones más pequeños aunque los más grandes estén presentes. En lo que se refiere a la oración, a las acciones de gracias o a la proposición de himnos, los dones no entran en cuestión. Lo que a veces los hombres llaman «el don de la oración» es generalmente una manifestación de la carne. Para las peticiones y las acciones de gracias el Espíritu Santo puede servirse de cualquier hermano cuya condición espiritual sea tal que permita ser empleado.

Qué responsabilidad tan grande recae sobre **cada uno** de nosotros, los hermanos, tanto sobre el más joven como sobre el más anciano, al presentarnos en la asamblea de tal modo que el Espíritu Santo pueda emplearnos, si quiere, y que nos dejemos utilizar.

Con afectuosos saludos, su hermano al servicio del Señor.